COMUNICACIÓN

XAVIER LABORDA GIL

LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA EN DIEZ MITOS Y PROFECÍAS

EDITORIAL UOC

14 h

La historia de la lingüística en diez mitos y profecías

Xavier Laborda Gil

EDITORIAL UOC

Director de la colección Manuales (Comunicación): Lluís Pastor

Diseño de la colección: Editorial UOC
Diseño de la cubierta: Natàlia Serrano

Primera edición en lengua castellana: noviembre 2017
Primera edición digital: enero 2018

© Xavier Laborda Gil, del texto

© Editorial UOC (Oberta UOC Publishing, SL), de esta edición, 2017
Rambla del Poblenou, 156
08018 Barcelona
http://www.editorialuoc.com

Realización editorial: dâctilos

ISBN: 978-84-9180-021-7

Ninguna parte de esta publicación, incluyendo el diseño general y de la cubierta, puede ser copiada, reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación, de fotocopia o por otros métodos, sin la autorización previa por escrito de los titulares del *copyright*.

Autor

Xavier Laborda Gil

Profesor de Comunicación en la Universidad de Barcelona. En sus cursos se ofrecen discursos sobre historia y oratoria como fuente de sentido crítico y de libertad. Ha publicado, entre otros ensayos, *De Retórica: la comunicación persuasiva* (2012), *Lágrimas de cocodrilo: el discurso político* (2012), *El anzuelo de Platón* (2013), *Inteligencia comunicacional* (2014), *Abuso de influencia en la comunicación pública* (2015), *El discurso, cultura de la acción* (2016) y *Por qué ser lingüista* (2017). Es miembro del consejo de redacción de las revistas *Lingüística en la red*, *Tonos Digital*, *CLAC*, *Oralia* y *Revista de Investigaciones Lingüísticas*.

A José María, Juana, José Miguel, Sonia, Ricardo,
M. Isabel y Eulalia, por la merced del campus de Murcia,
que enseña a tener algo que desear.

Índice

Capítulo I. Maestros, sabios, editores, profetas 13
1. La catedral y el río 13
2. Cuatro tramas, cuatro personajes 15
3. Mitos y profecías 18
4. Historia y lectura de símbolos 21
Bibliografía 23

Capítulo II. Los mitos de Babel y la biblioteca de Alejandría 25
1. Ficción y realidad de dos símbolos universales 25
2. Babel, mito y lingüística 27
3. Babel, realidad histórica 30
4. La gramática de Alejandría 34
5. Leyenda del fundador 38
6. Máscaras del mito 40
Bibliografía 45

Capítulo III. Los sofistas, precursores incómodos 47
1. Tradición frente a historia 47
2. Visibilidad de la retórica 50
3. Lingüística y el contexto 55
4. Historicidad de la retórica 58
5. Frutos amargos 63
6. Lipograma, causa de desasosiego 65
Bibliografía 68

Capítulo IV. Platón y un anzuelo llamado *Crátilo* 71
1. Diálogo con el mito fundacional 71
2. Cambio al paradigma axiomático 74
3. Leroy y el guión canónico 76
4. La perspectiva filosófica 78
5. El programa de Platón 82
6. Frente a los sofistas 84
Bibliografía 87

Capítulo V. Aristóteles y el lenguaje como felicidad 89
1. Aristóteles, una anomalía de la historia de la lingüística 89
2. Figura incomparable 91
3. Teoría del signo 94
4. Teoría de la representación 97
5. Teoría de la ciudadanía 100
6. Fuentes aristotélicas 102
7. La recepción en el paradigma histórico-comparativo 105
8. La historiografía del paradigma estructuralista 110
9. La historiografía del paradigma hermenéutico 113
10. Una concepción lingüística para un entorno cívico 116
Bibliografía 119

Capítulo VI. Gracián y la prudencia en la comunicación 121
1. Filósofo al modo de la pragmática 121
2. Héroes y políticos 122
3. El arte de prudencia 125
4. La retórica de Babel 128
5. Humanista del discurso 132
Bibliografía 134

Capítulo VII. Shaw y *Pigmalión*, manifiesto teatral de la lingüística 135
1. Proclamación temprana de la lingüística 135
2. Autoridad del artista e intelectual 137
3. Oportunidad del profesor de fonética 139
4. Utilidad de la lingüística 142
5. Tradición y educación 144
6. El mito de Cenicienta 147
7. La prueba de la traducción 149
8. Manifiesto artístico e intelectual 151
Bibliografía 155

Capítulo VIII. Retórica actual en el ejemplo de Hans Küng 157
1. Modelos contemporáneos de elocuencia 157
2. Canon de acción, reflexión e intención 158
3. Vida y razones de Küng 161
4. Justificación del relato autobiográfico 164
5. La forja del orador 166
6. La faceta de profesor y rétor 170
7. Activista en la gigantomaquia 174
8. El intelectual público 179
Bibliografía 182

Capítulo IX. Maestro de lingüistas: Anthony Burgess 185
1. La búsqueda del ejemplo 185
2. Retrato del lingüista *amateur* 187
3. Confesiones de un autor mordaz 190
4. La lengua, con sencillez 193
5. Jerga de una mentalidad 197

6. Profesional de las palabras 201
Bibliografía 206

Capítulo X. Eco y el historiador profético 207
1. La búsqueda del historiador perfecto 207
2. Académico y celebridad 208
3. La historiografía, en el laberinto 211
4. Decálogo del arte 214
5. Tener algo que desear 217
Bibliografía 221

Capítulo I
Maestros, sabios, editores, profetas

1. La catedral y el río

La historia de la lingüística que aprendí como estudiante e investigador, en los años setenta y ochenta, fascinaba por su vigor intelectual. Décadas después he observado que la historia de la lingüística sorprende de nuevo por la novedad en la perspectiva y en los personajes que aporta en sus relatos. Al comparar los trabajos de aquel período estructural y generativo con el actual, de signo pragmático y hermenéutico, aprecio diferencias de raíz. Pero lo fundamental y común a ambas etapas es el esfuerzo por dar respuestas a las inquietudes de cada tiempo y paradigma.

Una enseñanza de la diversidad de épocas académicas es que la excelencia de la historia depende de una revisión periódica. Como afirma el historiador norteamericano John Lukacs (2011, pág. 13), una particularidad de la historia es su carácter revisionista.

A este principio la Ilustración lo denominó espíritu de la sospecha, es decir, una actitud informada y crítica. El revisionismo es incompatible con la idea engañosa y simplificadora de la historia como acumulación de conocimientos.

La historia como acumulación de verdades es un mito que se explica con el símbolo de la catedral. Una visión antigua e ilusoria, escribe Lukacs, sostiene «que existe una Catedral de la Historia, que los historiadores profesionales van construyendo ladrillo a ladrillo». Por supuesto, una construcción como la catedral deslumbra por diversos motivos. Hay monumentalidad y arte en su

fábrica. Un orden jerárquico y el ritual comunican convicción en el credo. Sin embargo, una vez trasladado este símbolo mítico al conocimiento histórico, resulta ilusorio y debemos descartarlo. No existe ninguna catedral de la historia ni tampoco ningún otro edificio menor o, lo que es lo mismo, ningún género subalterno. No lo hay, por lo menos, de manera permanente ni completa.

La historia es un ámbito de trabajo para mentes nómadas. Viven en el camino de la investigación y se resguardan temporalmente bajo un techo o catedral que se denomina paradigma. Un modelo de historia de este tipo compone un relato en que se presenta un recorrido a lo largo de los siglos. Es un relato sin cortes ni fin que, como un río, discurre desde las fuentes hasta la desembocadura. Literalmente es una cronología continua, desde la antigüedad hasta nuestros días. Su sentido último —una postura que está desestimada— es proclamar con su exposición que la historia revela un proceso que conduce al destino. El filósofo Michel Foucault (1980) denuncia esta concepción teleológica, según la cual los procesos históricos están abocados a un fin. «La historia no tiene sentido, pero es inteligible», señala Foucault.

El historiador interpreta la historia, porque es inteligible. Pero, como previene el filósofo ante la tentación de halagar al intelectual encumbrado y su modelo, no puede justificar un curso para vincularlo a unos antecedentes de prestigio.

El historiador hace inteligible la historia mediante las tramas, esquemas con que organiza hechos y documentos. Paul Veyne (1971, pág. 36) explica el concepto de trama como el producto de unas operaciones de selección, ordenación y narración.

El historiador escoge unas épocas y, de los correspondientes materiales, selecciona lo que considera significativo. Establece así un itinerario o, lo que es lo mismo, una trama histórica. Ningún itinerario abraza el conjunto, ni puede ser la definitiva compren-

sión de este conjunto. Se trata de una elección. Reúne acontecimientos en un campo cuya configuración puede ser apreciada de manera similar por otros historiadores o que garantiza un ámbito preciso y constructivo para la discrepancia. La trama es una realidad superior al conjunto de los hechos que aglutina, justamente porque los ordena y relaciona. Supera así los límites de una cronología estrecha e insubstancial y les otorga una interpretación.

2. Cuatro tramas, cuatro personajes

Podemos describir las tramas, lo cual es un modo abstracto de exposición, o bien representarlas como personajes. De un modo abstracto, las cuatro tramas con que hemos interpretado la historia de la lingüística son las de la lingüística de lo cívico —referida a la acción social del discurso—, la epistemología —sobre teoría del signo y grandes modelos—, la gramática —descripción de la lengua— y la hermenéutica —interpretación de los textos históricos. Pero también se puede presentar esta forma de organizar los materiales mediante cuatro personajes.

Escribir sobre la historia de la lingüística supone narrar episodios protagonizados por maestros, sabios, editores y profetas. Los discursos del historiador tratan de gramáticas, retóricas y modelos lingüísticos, pero su interés y validez brotan de las voces de autores que dieron sus trabajos a la imprenta. Brotan de la capacidad con que esas voces ofrecieron respuestas perspicaces a las inquietudes y necesidades de su comunidad. Cada una de ellas es única, pero tienen algunas similitudes entre ellas, de modo que forman grupos que encajan en un rol o una personalidad. Son las personalidades, como queda dicho, de los maestros, los sabios,

los editores y los profetas. Se corresponden con las tramas cívica, epistemológica, gramatical y hermenéutica.

El maestro se desenvuelve en la tarima, el aula o su despacho de trabajo. Fundamentalmente es un formador. Prepara a estudiantes, a candidatos para la política o a quien lo solicite con lo que en la antigüedad fue una sicagogía, es decir, un programa de estudios completo. Su instrumento es la retórica, un modelo metalingüístico de su invención que adiestra sobre el discurso. El conocimiento y uso del discurso es la clave para participar en la vida pública, ya sea la política, los negocios o la justicia. Este maestro fue el sofista griego, el rétor romano, el humanista del Renacimiento o el profesor en la actualidad. Es formador, pero también consejero, político, orador, escritor, periodista, jefe de protocolo o publicista. El estudio de la sofística, la retórica y la historia de la oratoria corresponde a la trama que representa el maestro.

El sabio trabaja en su gabinete de estudio, el laboratorio o el archivo. Es un académico y un investigador. Se distingue por la erudición y el debate público que establece entre sus correspondientes mediante la edición de sus trabajos. Se ocupa de cuestiones teóricas de su especialidad. La teoría del signo sintetiza sus desvelos porque en ella se dilucida la relación de los signos con los referentes del mundo. El sabio escudriña y dilucida en la expresión lingüística la estabilidad del conocimiento científico. Las teorías sobre paradigmas y modelos científicos interesan al sabio. Su mayor aspiración es encabezar o impulsar una corriente lingüística, como las del comparatismo, el estructuralismo, la glosemática, el generativismo o el cognitivismo. El estudio de los principios de estas corrientes y de sus inflexiones constituye la tarea del sabio.

El editor es una figura que, como la del sabio, en la historia de la lingüística ha merecido la mayor atención. Su recinto de trabajo es la biblioteca, el escritorio de copista, la imprenta y la

librería. Su metalenguaje o herramienta técnica es la gramática, una invención que ha necesitado siglos para madurar y poderse presentar en sociedad. Los oficios del editor son múltiples. En primer lugar ha sido bibliotecario, el conservador del bien cultural de los papiros, códices y libros. Luego ha desarrollado la pericia del gramático, necesaria para distinguir aciertos y errores en las versiones de obras. En un nuevo ciclo ha consumado su función como editor al hacer copias o publicar obras, para asegurar su conservación y promover conocimiento. Además de estas labores, también es traductor, crítico literario y librero. Si bien la función es publicar obras, para la lingüística tiene mayor importancia la labor gramatical. De ahí que el gramático haga a un lado al editor, hasta el punto de convertirse en el arquetipo del filólogo. Bajo el prisma del editor, son objeto de estudio de la historia de la lingüística las gramáticas y los diccionarios.

Finalmente llegamos al personaje del profeta, una figura que parece discordante con el elenco de agentes de la cultura, ya sean activistas como los sofistas, eruditos como los fundadores de corrientes o los multifacéticos editores. El profeta es el historiador también del presente y la inspiración del futuro. El historiador interpreta la historia porque concibe lo acontecido con la perspectiva de quien se anticipa a su tiempo. Como dijo el filólogo Friedrich Schlegel, allá en 1798, «el historiador es un profeta que mira hacia atrás» (Llovet, 2005, pág. 219). Así se concibe a los historiadores, visionarios comprometidos con un diálogo social, que con relatos construyen la memoria del pasado para responder a las inquietudes del presente. El profeta es historiador, narrador y crítico. Su cometido es responder de manera práctica y crítica al problema de la conciencia histórica, al problema de la magnitud y el valor de los autores y las teorías de la historia de la lingüística.

3. Mitos y profecías

La historia de la lingüística que aprendimos como estudiantes e investigadores —esto suena a repetición por error, pero tiene una intención— fascinaba por su vigor intelectual y veracidad. No nos importunó la sequedad de un estilo prolijo ni la monotonía expositiva, porque acogíamos con satisfacción el acopio de pasajes de la ciencia que, en aquel tiempo, fue el modelo de las ciencias. Es algo que conviene recordar. La lingüística era el paradigma del conocimiento y sus historiadores elaboraron una cronología continua. Con el concurso de la cronología continua se estableció su genealogía, desde los albores de la escritura hasta la actualidad. Una serie de progenitores y antecedentes ilustres jalonaban una tradición histórica que llegaba hasta el modelo presente de estudio del lenguaje.

Este guión de trabajo entraña unas dificultades que solo la discreción académica ha permitido que pasen desapercibidas. En primer lugar, es una tarea ardua establecer una cadena regular de autores a lo largo del tiempo. La causa no radica tanto en la disposición de nombres entre los que elegir sino en el tono y la calidad de sus obras. La heterogeneidad en calidad y en la orientación de las aportaciones no se justifica con el argumento de la diversidad y riqueza históricas.

Por otra parte, se ha creado con criterios controvertidos un elenco de héroes, proscritos y olvidados en los manuales de la historia de la lingüística. Algunos de los autores han llegado a las páginas bajo una aureola mítica, como sucede con Platón y su diálogo *Crátilo*, un texto que en realidad desestima lo que estudia la lingüística. Por el contrario, los sofistas y la tradición retórica aparecen con parquedad, bajo la etiqueta de corriente mendaz y estudios superficiales.

Paradójicamente, el mito como recurso de enaltecimiento del presente ha alimentado capítulos de manuales. También ha empequeñecido a otros autores, como sucede con Aristóteles, posiblemente porque su extensa producción no se ajusta a una presentación sencilla. En conjunto, la atención de las obras de referencia en historia de la lingüística se ha centrado en aquellos pasajes que derivan de las figuras del sabio y del editor, en detrimento de las del maestro y del profeta.

Los paradigmas o tramas que representan esos personajes suelen aparecer en las obras de referencia con una distribución poco compensada. En la colección de episodios de este volumen hay capítulos ilustrativos de los cuatro paradigmas y de los personajes que los simbolizan. Algunos de esos capítulos sobrevuelan varios ámbitos. Y todos ellos responden al mandato de la historiografía, que se resume en dar respuestas prácticas y críticas para promover así una conciencia histórica rigurosa. Corresponden al papel del maestro los capítulos sobre los sofistas, Gracián y Küng. Se acogen al recinto del sabio los escritos sobre Platón y Aristóteles. Participan del espíritu del editor los capítulos dedicados a Shaw y Burgess. Finalmente, en la estela del profeta aparecen los textos sobre Babel y la biblioteca de Alejandría, Eco y el historiador profético.

El reparto en el tiempo de esta selección comporta cuatro capítulos sobre la antigüedad, otro relativo a la encrucijada del siglo XVII o de la revolución científica y el resto sobre la actualidad. Es descriptivo el título del capítulo «Los mitos de Babel y la biblioteca de Alejandría», en que se presenta el crisol de relatos donde se funden leyenda y realidad. La intención del estudio es presentar aquello que hay de verídico en el mito babélico y lo que hay de narración maravillosa en torno a la biblioteca de Alejandría y la gramática de Dionisio de Tracia.

El capítulo siguiente, «Los sofistas, precursores incómodos», trata del primer episodio occidental de reflexión sobre el discurso y de su uso por la comunidad. A pesar del progreso que supuso la invención de la retórica, vigente hasta la actualidad, la lingüística se suele mostrar reacia a reconocer su precoz validez.

Sucede todo lo contrario con el diálogo platónico de *Crátilo*, celebrado por los lingüistas a pesar de que la ambigüedad sobre el valor de las palabras entrañe una crítica radical de la filología. En consecuencia, nuestro análisis se titula «Platón y un anzuelo llamado *Crátilo*».

Ensombrecido por el prestigio de su maestro, Aristóteles plantea a los historiadores una mayor dificultad interpretativa por la diversidad de su producción que trata de gramática, lógica y retórica. El capítulo correspondiente, «Aristóteles y el lenguaje como felicidad», concentra las aportaciones del Estagirita en un foco aplicado al gobierno social y a la satisfacción espiritual de las personas.

Dejamos la antigüedad clásica y pasamos a una época intermedia entre aquellos antecedentes y este tiempo presente. De una figura del Barroco trata el capítulo «Gracián y la prudencia en la comunicación», un autor descuidado por la lingüística que reúne perspicacia como filósofo y acierto como literato. Sus ensayos y máximas son un anuncio escéptico y sapiente de la pragmática.

Ya en el siglo XX, nos ocupan cuestiones de la lingüística como ciencia constituida. Esta disciplina no ha tenido publicista más afortunado que el dramaturgo Bernard Shaw en 1912, sobre lo que se discurre en «Shaw y *Pigmalión*, manifiesto teatral de la lingüística».

Los últimos tres capítulos intentan responder a la pregunta sobre quiénes pueden representar, en el siglo XX, las cualidades del mejor orador, el mejor lingüista y el mejor historiador. La

búsqueda no pretende la distinción de personalidades para elogiar su excelencia. Basta con que el examen de sus trayectorias intelectuales nos oriente sobre los ideales de la oratoria como ética discursiva, en que descuella el teólogo Hans Küng; de la lingüística como ámbito de estudio y de aplicación, lo que sucede brillantemente con el novelista y ensayista Anthony Burgess; y con la historia como atalaya de visionarios, para lo cual consideramos la figura del historiador y novelista Umberto Eco.

En la magnética personalidad de estos tres autores contemporáneos, así como de los restantes, no buscamos mitos sino símbolos de una identidad creativa que ha impulsado la cultura del giro lingüístico.

4. Historia y lectura de símbolos

En competencia con la historia de la filosofía y la historia cultural, la lingüística ha elaborado relatos extensos, en particular con inusitada dedicación desde los años sesenta del siglo pasado. Responden a una concepción catedralicia y se plasman en un formato de relato en forma de río que recorre un vasto campo temporal. La explicación de que adopte estos principios de catedral o río (o bien otros divergentes) se halla en que la historia es una representación del pasado. No existe historia sin una voz que componga un discurso narrativo de signo científico. La historia resulta de las narraciones que conciben los historiadores a la luz de un punto de vista o paradigma.

Del historiador de la lingüística se espera que sea un observador capaz de dirigir su mirada a dos objetos que no se encuentran en el mismo campo visual. Ha de contemplar el presente, esto es,

la lingüística como institución científica actual. Al mismo tiempo, debe atender a la historia del pensamiento. Esa condición de observador múltiple lo lleva a viajar en el tiempo y a emitir relatos de esa búsqueda de predecesores ilustres y de trabajos valiosos. Una tarea delicada, por la dificultad de hallar episodios que entronquen razonablemente con la ciencia contemporánea.

También puede ser una tarea satisfactoria por la invitación que implica revisar lo conocido y explorar lo nuevo. No se trata solo de relacionar los estudios sobre lengua y comunicación con la historia del pensamiento. Se trata de una empresa tan provechosa como la de hacernos una idea de nosotros mismos como lingüistas, al mismo tiempo que exploramos fenómenos de la historia. Un rasgo que distingue a la historia es la plasticidad con que permite formarse una idea de ella y, en consecuencia, de uno mismo. El don de la historia se resume en que permite hallar razones para salir de la egolatría a la especialidad propia y del egocentrismo del presente. Y la clave de su estudio es la interpretación de sus episodios como una lectura de símbolos, para trasladar a nuestra mentalidad una realidad trastocada y cifrada.[1]

1. Los capítulos recogen las siguientes publicaciones con alguna supresión de fragmentos, referencias y notas: capítulo II, «Babel y la Biblioteca, máscaras del mito en la Lingüística» (*Tonos Digital*, n.º 25, 2013); capítulo III, «Historiografía Lingüística y visibilidad de la Retórica» (*Revista de Investigación Lingüística*, n.º 8, vol. 8, 2005); capítulo IV, «Crátilo: diálogo con el mito platónico de la lingüística» (*Tonos Digital*, n.º 19, 2010); capítulo V, «Aristóteles y su concepción lingüística de un entorno cívico» (*Tonos Digital*, n.º 34, 2017); capítulo VI, inédito; capítulo VII, «El Pigmalión de Shaw, manifiesto teatral de la lingüística» (*LinRed*, n.º 10, 20-12, 2012); capítulo VIII, «Elocuencia y canon contemporáneo en la oratoria de Hans Küng» (en A. M. Bañón y otros editores (2016). *Oralidad y análisis del discurso. Homenaje a Luis Cortés Rodríguez*. Almería: Universidad de Almería, 2016); capítulo IX, «Maestro de lingüistas: Anthony Burgess, lingüista aplicado» (*Tonos Digital*, n.º 32, 2017); capítulo X, «La lingüística y el historiador perfecto» (*CLAC*, n.º 46, 2011).

Bibliografía

Foucault, Michel (1980). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta (1991).

Laborda, Xavier (2013). *El anzuelo de Platón. Cómo inventan los lingüistas su historia*. Barcelona: UOC.

Laborda, Xavier (2017). *¿Por qué ser lingüista? La historiografía bionarrativa*. Barcelona: Horsori.

Llovet, Jordi y otros (2005). *Teoría literaria y literatura comparada*. Barcelona: Ariel.

Lukacs, John (2011). *El futuro de la historia* (pág. 13). Madrid: Turner.

Veyne, Paul (1971). *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia* (pág. 36). Madrid: Alianza Editorial (1984).

Capítulo II

Los mitos de Babel y la biblioteca de Alejandría

1. Ficción y realidad de dos símbolos universales

El mito es una fuente sutil y controvertida de la historiografía. El mito de la torre de Babel ejemplifica este principio. Sostiene la tradición bíblica que hubo un tiempo en que «todo el mundo hablaba el mismo idioma» (Génesis, cap. 11). Sucedió que los habitantes de la que sería Babel se persuadieron del beneficio que traería construir una ciudad floreciente y, en su recinto, una torre que llegara hasta el cielo. «De este modo nos haremos famosos y no tendremos que dispersarnos por toda la tierra», se dijeron sus gentes. El libro del Génesis relata la contrariedad del Señor, cuya voz se escucha en este pensamiento: «Es mejor que bajemos a confundir su idioma, para que no se entiendan entre sí». De ahí que se confundieran las lenguas de los habitantes de la tierra y se dispersaran por todo el mundo. El relato concluye con una evaluación etimológica: «Por eso la ciudad se llamó Babel», esto es, confusión, la confusión de las lenguas.

Somos mitómanos y los relatos mágicos, que revelan unos orígenes inmemorables, crean una fuente poderosa de la imaginación y del conocimiento. Pero llega un momento en que el pasado pide un orden y, por consiguiente, la atención al efecto de dos emblemas fascinantes: la torre de Babel y la biblioteca de Alejandría. Estos mitos no solo aprovisionan dos pasajes primordiales, sino que acompañan el curso de la historia de la lingüística,

de modo que su simbolismo sigue muy presente hoy. Es significativo que las ilustraciones de la torre de Babel sean el motivo que aparece en tantas portadas de sus manuales y monografías. La biblioteca de Alejandría tendría una consideración similar, la de imagen de cubierta, si se dispusiera de pinturas tan imaginativas y espectaculares como las que proveyó el Renacimiento.

Torre y biblioteca, he ahí dos símbolos que representan con un éxito avasallador estadios de la civilización. La torre resume la peripecia de una proeza humana y el colapso de su empresa, que desemboca en la confusión de las lenguas, entre otros efectos calamitosos. Babel es, al mismo tiempo, el proyecto de una sociedad adámica y la ruina de una descendencia a la que se ha expulsado del paraíso. Esta parábola del bien y del mal, del antes y del ahora, es una invención bíblica que toma materiales de la historia real de Mesopotamia. La torre de Babel, considerada una construcción portentosa, existió y escandalizó a los redactores del Génesis. Fue el zigurat de Babilonia, que llevaba por nombre *Etemenanki*, 'casa del cielo y la tierra'. El provecho teológico que extrajeron los hebreos de su cautiverio en Babilonia es una lección legendaria de acierto narrativo.

A su vez, la biblioteca de Alejandría opera como antítesis de Babel. Parte de unos componentes históricos, con su fundación en el siglo III a. C. por la dinastía lágida o de los Ptolomeo. Se envuelve de una leyenda de pervivencia y de incendios fatídicos, que resulta tan imaginativa y fantasiosa como la confusión de Babel. Junto al faro de Alejandría se suele concebir un floreciente centro de documentación, sede en la que se dice que Dionisio de Tracia compuso la primera gramática de Occidente. No obstante, ninguno de estos detalles se corresponde con la realidad. Posiblemente tampoco sea real el incendio de la biblioteca llevado a cabo por las tropas de César en el siglo I a. C. y ni

mucho menos por los musulmanes del siglo VI. Lo llamativo de estos símbolos —la torre y la biblioteca— y sus relatos es la mezcla de ficción y realidad con que se fragua el imaginario histórico.

2. Babel, mito y lingüística

La utopía y la distopía, como caras inseparables de un juicio panorámico, se reúnen en el relato de Babel. La parábola resume los méritos de la audacia humana junto con los efectos de la catástrofe por su arrogancia e imprevisión. El deseo de ascender hasta las esferas celestes conlleva una pericia arquitectónica y una ambición desmesuradas. Figura en el Génesis el detalle de esa pericia. Los babilonios fueron constructores hábiles, que usaron ladrillos cocidos al fuego en lugar de piedras, y asfalto natural en lugar de mezcla. También indica la intención de su soberbia; los mesopotámicos proyectaron una torre que llegase hasta el cielo para hacerse famosos y no tener que dispersarse por toda la tierra. El resultado doloso es un fracaso social y lingüístico, según enseña la parábola. La pérdida de la lengua única conlleva la diversidad de lenguas, lo que se ha interpretado usualmente como el ingreso a un mundo de conocimientos precarios y comunicaciones frustrantes.

La universalidad del mito babélico es un prodigio cultural que no se explica solo con «la ingenua narración de la torre de Babel», como la califica V. Thomsen (1902, pág. 13), sino por los precedentes que la inspiran. El relato babélico es una fusión de mitos ajenos y propios. Probablemente deriva de otro sumerio, relativo a la equivocidad de la escritura, pero también integra el mito

hebraico de la diáspora. Por otra parte, la intención narrativa de Babel se beneficia del mito bíblico de Adán y su imposición de nombres a los animales. Precisamente la persuasión que ejerce el relato de Babel se debe a su relación con el mito adámico sobre la creación del lenguaje. Ambos forman parte de un ciclo narrativo que resulta muy sugestivo. En primer lugar aparece el mito fundacional, mediante la intervención del creador, que da nombre a los fenómenos naturales, y de Adán, que designa a los seres animados. Este mito presenta la aparición de las palabras como un acto creativo único y original, de lo cual se derivan dos implicaciones. La primera es que la denominación de las cosas es una acción connatural al hombre. El ser humano tiene la capacidad de atribuir designaciones y actúa en consecuencia. La segunda refiere que la creación del lenguaje antecede a la sociedad. Según ello, la lengua no es un instrumento que surja de una necesidad social, sino al revés, en el sentido de que su disposición abre la puerta a la dimensión social.

Justo es tener estas explicaciones míticas por una creación poética y, por consiguiente, intraducibles al pensamiento dialéctico o científico. Sin embargo, los historiadores han querido extraer de ellas algunas observaciones especulativas sobre la monogénesis del lenguaje y el paso de la lengua original a la diversidad de una sociedad políglota. De estas explicaciones míticas resulta relevante anotar su afinidad con la primera obra filosófica sobre el lenguaje, el *Crátilo* platónico. Sus respuestas coinciden de manera desconcertante con el mito bíblico. En un principio intervienen el Señor y el primer hombre de la Biblia o bien, pasando al campo de la filosofía, «el legislador en materia de las palabras» de Platón. A estas entidades de la revelación y la racionalidad corresponde el privilegio de imponer los nombres originales; sus personajes son seres sobrenaturales y enigmáticos.

Por otra parte, la función de las designaciones no es instrumental, no tiene una finalidad práctica, sino que realiza una tarea constitutiva del mundo creado; no podría ser de otro modo, puesto que en el estadio inaugural, que carece de sociedad, la comunicación no existe. Finalmente, se manifiesta la independencia de la cosa y su nombre, de modo que la cosa preexiste al nombre. Cuando aparece, el nombre substituye el gesto de señalar la cosa; la reunión de los nombres es una nomenclatura con una función subrogada, substituta. La naturalidad de las palabras no se halla en la vinculación necesaria entre cosa y vocablo, sino en la capacidad natural del hombre para crear designaciones. Dicho de otro modo, la palabra no tiene efecto sobre la cosa porque no es una fórmula esencial, pero refiere un vínculo entre la cosa y la impresión psicológica que provoca en el hablante.

La síntesis interpretativa del mito revela la prodigiosa afinidad entre relato y argumentación, entre pensamiento legendario y filosófico, entre mito y logos. La lectura del Génesis y de *Crátilo*, obras que se adscriben respectivamente a esos paradigmas, pone de manifiesto la concordancia de sus postulados: intervención seminal de un dador de nombres, creación de una única lengua, estadio asocial y, finalmente, función substitutoria del lenguaje en lugar del acto de señalar las cosas. El neoplatonismo, promovido por Proclo en el siglo V d. C., vincula con vigor el diálogo de *Crátilo* a una concepción cristiana del lenguaje. La tradición medieval ha apreciado en el *Crátilo* su afinidad teológica, porque sostiene el origen divino y la naturalidad de las palabras, dos rasgos de la lengua adámica. Afirma Platón que «ha existido un poder más grande que el del hombre, el cual dio a las cosas los primeros nombres y que, por esto, son necesariamente apropiados». Esta conjetura no podría convenir mejor al relato bíblico.

Sin embargo, ¿cómo llega a ser políglota la sociedad monolingüe? En el Génesis, capítulo 11, se ofrece como explicación el mito de Babel. La ironía surge al leer el capítulo anterior, que enumera los descendientes de Noé. Fueron Sem, Cam y Jafet quienes después del diluvio tuvieron sus propios hijos, que «se esparcieron por todas partes y formaron las naciones del mundo», en las que se hablaba diferentes lenguas. Resulta llamativo que unas líneas antes del relato de Babel se aporte una explicación contradictoria sobre la confusión de las lenguas y la diáspora. Al redactor no le pareció mal anudar dos razones incompatibles, algo que el lector no suele reprochar porque su atención está cautivada por la dramática historia de la torre.

3. Babel, realidad histórica

Como en *Crátilo*, el Génesis apela a la etimología para relacionar el topónimo y la condena divina. Utiliza la etimología para argumentar sobre el sentido del fatídico episodio. Leemos que «en aquel lugar el Señor confundió el idioma de todos los habitantes de la tierra, y de allí los dispersó por todo el mundo». A continuación el texto añade que «por eso la ciudad se llamó Babel», una explicación que no aclara nada salvo que se lea en la versión hebrea. El autor del Génesis fuerza un juego de palabras y relaciona Babel no ya con la raíz *babel* o *bbl*, sino con *balel* o *bll*, que en hebreo significa confundir o mezclar. La etimología es falsa y provoca la situación irónica de que el redactor confunda los términos, sea a propósito o por impericia, para establecer un juicio negativo de la ciudad. El término Babel deriva de Babilonia, que en acadio recibía el nombre de Babilu. Significa 'puerta de

los dioses'. Una etimología tan enfática, por fuerza relacionada con el zigurat, atestigua la grandeza de la ciudad.

Los vestigios de Babilonia se hallan junto a la ribera del Éufrates, a noventa kilómetros al sur de Bagdad. La ciudad fue el enclave más desarrollado de su época, capital imperial, en la pujante cultura urbana de Mesopotamia. El historiador griego Heródoto visitó Babilonia hacia el 460 a. C. Un poco antes Jerjes había emprendido su demolición (478 a. C.), que por fortuna quedó inconclusa. En el libro I de *Historias*, Heródoto caracterizó la capital con la denominación de «la ciudad de arcilla» y describió sucintamente su zigurat. Se hallaba en el recinto sagrado, junto al templo y las dependencias sacerdotales. En el templo de la cúspide «se encuentra un gran lecho —continúa Heródoto su exposición—, ricamente adornado, y a su lado una gran mesa de oro». Con el tiempo transcurrido hasta hoy, el expolio ha destruido el monumento y casi ha borrado todas las huellas. La población moderna de Hilleh, situada muy cerca, está construida con ladrillos extraídos de las ruinas de Babilonia.

Tras décadas de búsqueda, a principios del siglo XX el arqueólogo alemán Robert Koldewey identificó la ubicación del zigurat al que se refiere el relato de la torre de Babel. En su excavación de 1913 delimitó el perímetro y las características del edificio. Tenía una base cuadrada de noventa y un metros. En su flanco meridional se hallaban los accesos a la torre. La escalera central era una rampa perpendicular, de nueve metros de ancho y cincuenta y uno de largo, que daba acceso a las primeras terrazas; dos escaleras más de ocho metros de ancho, adosadas al mismo flanco, ascendían desde cada extremo.

Los arqueólogos han estudiado una docena de zigurats, el más antiguo de los cuales es el zigurat de Ur, mandado a erigir por el rey sumerio Ur-Nammu en el siglo XXI a. C. El más reciente

es el de Babilonia, que conoció diversas etapas de construcción, sobre las cuales dejaron escritas referencias los últimos reyes que intervinieron: Nabopolasar y su hijo, Nabucodonosor II. A este último (604-562 a. C.), que también edificó la monumental puerta de Istar, se debe la fase de culminación de la torre, con la superposición de siete pisos. La estimación es que el zigurat alcanzaba los noventa metros de altura.

La envergadura de la torre había de ser imponente, especialmente para un pueblo como el hebreo, que entre el 587 y el 539 a. C. estuvo esclavizado en Babilonia. Al desarraigo del exilio se habría de añadir el sobrecogimiento ante un régimen imperial y una cultura que podía aparecer ante sus ojos tan esplendorosa como pagana. Paradójicamente la fama de la torre de Babel se debe a su presencia en el Antiguo Testamento. La supuesta intención de los babilonios de labrarse un nombre en la historia, según cuenta el relato, no se cumplió tanto por su gesta arquitectónica como con la leyenda que difundieron sus cautivos. Los hebreos fueron liberados de los caldeos por el emperador persa Ciro II en el año 539 a. C. Como consecuencia literaria de su exilio, Babilonia fue un tema recurrente en el Antiguo Testamento, ya que apareció no solo en el Génesis, sino también en los libros de los profetas y en el Apocalipsis, bajo el dudoso título de representar un orden urbano e inmoral.

El mito bíblico, que quedaría fijado en las escrituras a la vuelta a Jerusalén, no es un discurso de resistencia, sino de censura contra una cultura tan poderosa e implacable como la que conocieron los hebreos en Babilonia. Parece una ingenuidad presentar como un proyecto revolucionario y, a la vez, fallido, lo que constituía una tradición de quince siglos en la construcción de torres escalonadas. A la pericia que pudo aportar la dilatada historia de los zigurats, entre los siglos XXI y V a. C., se ha de

añadir la que los mesopotámicos desarrollaron en la edificación de templos sobre terrazas desde el cuarto milenio. Una explicación histórica del mito de Babel podría ser la impresión que causó a los hebreos la noticia de una capital deshabitada. Se trata de la ciudad de nueva planta que Sargón II mandó edificar, Dur Sharrukin, la actual Khorsabad, en el norte de Irak. Los trabajos en palacios, templos y muralla se abandonaron a la muerte de Sargón en batalla, en el 705 a. C., y dejaron un escenario colosal y fantasmagórico que posiblemente inspiró la metáfora sobre el destino humano.

El zigurat era una torre escalonada, totalmente maciza, con un santuario en su cima y otro en la base. Además de la expresión de poder político por su monumentalidad, este tipo de construcción tenía una función cohesiva o religiosa. Simbolizaba la puerta del cielo, el lugar que los hombres han levantado para invocar el acceso de los dioses a la tierra. Al contrario de lo que afirma el Génesis, no se trataba de un gesto de rivalidad o desafío lanzado por los mesopotámicos, sino de acercamiento reverencial a la divinidad. Según la concepción local, el universo estaba habitado por los dioses, con sagas en el cielo y en las aguas primordiales que sostenían la tierra. El zigurat constituía el punto de encuentro de estos ámbitos. La construcción humana remitía a una imagen primigenia, la de la montaña como lugar sagrado e inefable. El zigurat representaba esa montaña esencial en la que se establecía el centro del mundo, donde se unían mediante una escalinata de adobe las esferas terrestre y celeste.

Las imágenes de la torre y la montaña sagrada se funden en una sola realidad, el lugar mítico cuya cima frecuentan los dioses porque se halla cerca de su morada. Para el redactor del Génesis la torre era una montaña artificial que proclamaba un credo de

idólatras. De ahí que en las escrituras se presentara como un desafío intolerable que recibió su castigo, con la confusión de lenguas, la ruina de la ciudad y la diáspora de sus habitantes.

4. La gramática de Alejandría

La sociedad políglota puede parecer una realidad fragmentaria y abrumadora, como expone el mito babélico. Figura como la consecuencia de un mal moral, que consuma la pérdida del paraíso lingüístico. Sin embargo, invirtiendo el juicio, también puede concebirse este mundo políglota como una realidad compleja que plantea retos comunicativos y que aporta recursos valiosos para la diversidad cultural y la creación de mundos (Moreno, 2008); tal es la tesis de Umberto Eco en el ensayo historiográfico de *La búsqueda de la lengua perfecta* (1993). Las posturas son claras y parecen irreconciliables. No obstante, la enseñanza de la confrontación se halla al considerar precisamente aquello que las une. En ambas posturas podemos reconocer la importancia de los signos y los símbolos para interpretar la realidad. Más concretamente, plasman la construcción cultural de significado por medio de la lengua y la narrativa.

La instancia que da explicación de esta identidad formal es el programa filológico y su metalenguaje, la gramática. El escenario de la creación de la gramática es la biblioteca de Alejandría, en el mundo helenístico. El programa filológico postula la lengua como realidad análoga, es decir, un código que está sometido a reglas y regularidades. Su objetivo es la descripción de la lengua, que históricamente se realiza mediante la clasificación de las partes de la oración, sus flexiones y la construcción sintáctica.

La teoría gramatical se inscribe en el panorama más amplio de la filología, que se ocupa de la interpretación y edición textuales.

Según la tradición, la primera gramática occidental fue obra de Dionisio de Tracia, la *Téchnē grammatiké*, a finales del siglo II a. C. La figura de Dionisio está vinculada a la legendaria biblioteca de Alejandría, en la que floreció la filología helenística durante generaciones. Los datos sobre Dionisio de Tracia son escasos e inciertos, por lo que los historiadores de la lingüística han mantenido un acalorado debate sobre su autoría de la *Téchnē grammatiké* o *Arte de la gramática*. Se le atribuye una vida longeva, aproximadamente entre 170 y 90 a. C. Aunque nació en Alejandría, el sobrenombre de Tracia podría derivar del origen paterno. Fue discípulo de Aristarco de Samotracia, el que fue director de la biblioteca entre el 160 y el 131 a. C. y uno de sus últimos eruditos.

Dionisio conoció tiempos convulsos políticamente, que conllevaron el ocaso cultural de Alejandría. A la muerte de Ptolomeo VI (145 a. C.) el régimen pasó por momentos de debilidad. El sucesor de Aristarco, al frente de la biblioteca, fue Cydas, un militar de inciertos méritos pero probada lealtad a la monarquía. Dionisio emigró a Rodas, una sede en la que se formaron gramáticos que enseñaron luego en Roma. Aquí se pierde el trazo de Dionisio, sin pistas sobre su relación con la gramática que nos ha llegado.

La *Téchnē grammatiké* es un prodigio de concisión, claridad y madurez, por lo que se la tiene justamente como fundadora del arte gramatical. Se compone de veinte secciones muy breves, que ocupan diecisiete páginas de lo que hoy correspondería a una edición de bolsillo. Arranca con la definición de la disciplina: «La gramática es el conocimiento de lo dicho sobre todo por poetas y prosistas», de la cual los comentaristas han destacado el término «conocimiento» o sus correspondientes *empeiria* y *scientia* del

original en griego y su versión latina. El interés de la definición radica en que establece una disciplina académica, que se separa de la técnica para enseñar a leer y escribir, de la que se tiene noticia desde el siglo VI a. C.

A la definición le sigue la descripción de las partes de la gramática. Son seis: lectura cuidada, explicación de las figuras poéticas, interpretación de términos raros, etimología, analogía y, en último lugar y la más importante, crítica de los poemas. Pero aquí surge un problema. La proclamación del programa filológico no se corresponde con el contenido de la *Gramática*, puesto que solo desarrolla los conceptos que han quedado fijados como puramente gramaticales. La lectura en voz alta era una actividad corriente y necesaria, que requería pericia para interpretar unos documentos gráficamente difíciles. La escritura carecía de letras minúsculas, así como de la mayoría de signos de puntuación y de espacios entre palabras y párrafos. De ahí que la primera tarea del gramático fuera enseñar a leer, con atención «al gesto, a la prosodia y a la distinción de las palabras». Para ello distingue las letras griegas, en sus variedades vocálicas y consonánticas, las sílabas y las palabras.

Al llegar a la sección de la palabra, la número once, se accede a la clave de la gramática concebida como morfología. Establece las partes de la oración y culmina así el horizonte de análisis. El gramático define la oración como «la combinación de palabras en prosa que expresa un sentido completo». A continuación distingue sus partes, las ocho partes que inauguran el canon: nombre, verbo, participio, artículo, pronombre, preposición, adverbio y conjunción. En las secciones siguientes define estas categorías léxicas con criterios semánticos y enumera sus variedades y las flexiones o «accidentes». Se completa de este modo una gramática de la palabra o morfológica que desarrolla un programa

normativo. Se sobreentiende que su aplicación es la edición de textos, a pesar de que no trate de las partes culminantes que anunciaba en su inventario inicial, como la explicación de figuras y la crítica de poemas.

Los críticos han señalado aspectos de la *Gramática* que no son apreciables en una primera lectura. Su estructura varía respecto de la que se describe en la sección inicial y puede concebirse dispuesta en cuatro áreas (Bécares, 2002, pág. 18). La primera es la lectura y la técnica de recitación. Le sigue la ortografía, que agrupa las partes de la etimología y la analogía, para corregir la escritura de los textos. La tercera área es la explicación o exégesis, que consiste en la explicación de las figuras poéticas o tropología y de términos desusados o glosografía. Concluye el programa con la edición del texto, o área crítica en la que el filólogo se pronuncia sobre la validez de una forma léxica, un verso o un pasaje.

Llama la atención que no haya acuerdo entre los historiadores sobre el término más importante de la *Gramática* de Dionisio. Se trata de «analogía», la que aparece como la quinta parte de la disciplina. Una corriente interpreta la analogía como el principio de regularidad que orienta la labor del gramático, en el sentido de concebir la lengua como una realidad compuesta por regularidades y, por lo tanto, reductible a normas de un modelo descriptivo. Esta misma corriente reconoce en la descripción de las partes de la oración el contenido que Dionisio atribuye a la analogía. Según ello, analogía equivale a morfología pero, como defienden otros historiadores, la tradición inmediatamente anterior a Dionisio señala otro sentido (Law, 2003, pág. 56). Así es, puesto que Aristófanes de Bizancio y Aristarco de Bizancio, el maestro de Dionisio, refieren la analogía a un ámbito más reducido. La conciben como condición de afinidad o comparación entre palabras, por razón de género, flexión

de caso o de derivación, coincidencia silábica o prosódica. La función de la analogía sería, pues, establecer relaciones de paradigma léxico para conmutaciones textuales. Esta concepción limitada podría ser la cabeza de puente de un proceso que conduciría a una ribera plenamente gramatical.

5. Leyenda del fundador

Las dos posturas sobre el sentido de analogía manifiestan una discordancia profunda de la historiografía. La explicación de su causa es sencilla pero muy incómoda: la autoría y la datación de la *Téchnē grammatiké* no son correctas (Law y Sluiter, 1995). A finales del siglo pasado se llegó a la conclusión de que no era una obra elaborada enteramente por Dionisio en el siglo II a. C. Posiblemente sea fruto de la intervención de diversos autores a lo largo de siglos. Las referencias más antiguas conducían a manuscritos bizantinos del siglo V y la primera edición impresa apareció en el siglo XVIII. No sorprende que los historiadores reconocieran en una obra coherente y de gran calidad la piedra angular de la gramática. Un erudito como Dionisio, formado en biblioteca de Alejandría, concordaba con el perfil del fundador. Le avalaba la tradición de dos siglos de filólogos alejandrinos, iniciada por Demetrio de Falero hacia el 295 a. C.

Si bien la invención de la gramática deslumbra cuando se distingue como la obra de un erudito prestigioso, la historia muestra rasgos de un proceso dilatado e incierto, que no encajan con este patrón legendario. La relación de contribuciones anteriores a Dionisio se inicia en el período ático, con sofistas como Protágoras

—géneros y modos verbales—, Gorgias —lexicón de términos inusuales—, Pródico —sinonimia—, Hipias —prosodia— y Antístenes —etimología. A este mismo período corresponde el análisis aristotélico que, en *De interpretatione*, trata del signo lingüístico, las partes del discurso, la metáfora y la lógica categorial. La diversidad y el acierto de los estudios lingüísticos de Aristóteles ha de incluir también su *Retórica*, el primer tratado sobre el discurso y la comunicación. A este bagaje se suman las valiosas aportaciones de los estoicos sobre el signo y la morfología.

Como sucedió con la retórica de Aristóteles, la gramática de Dionisio era heredera de una compleja tradición. La diferencia respecto a los predecesores ajenos a la biblioteca de Alejandría se halla en la finalidad de las investigaciones. Para los áticos de la sofística y el Liceo o los helenistas del estoicismo y escepticismo, el lenguaje tenía interés al vincularlo con el saber y la filosofía. A su vez, la invención de la gramática surgió como respuesta práctica a unos problemas de clasificación y edición de textos. Una de las dificultades formales, como el transcurso del tiempo había descubierto inapelablemente, fue fijar el significado de palabras, giros y versiones. Esta actividad fue el emblema de un movimiento mucho mayor, el de la extensión por el Mediterráneo del griego como lengua común o *koiné*, al servicio de la administración pública y para la distinción de las élites locales (Harris y Taylor, 1989, pág. 53).

Tales son la tradición y las circunstancias que acompañaron a Dionisio de Tracia, un heredero más afortunado por la tradición que por una institución que declinó hasta el colapso en su época. Aun coincidiendo con un fin de ciclo, no pudo hallarse un escenario más selecto que la biblioteca de Alejandría para alumbrar la *Téchnē grammatiké*. Sin embargo, esta suposición es correcta solo en parte, porque estudios recientes han cuestionado la identidad de parte de la gramática. Los historiadores atribuyen a la autoría

de Dionisio las cinco primeras secciones, en las que presenta la gramática, que ocupa una décima parte del conjunto. Es incierta la época en que se añadió las secciones siguientes, analíticas, de carácter morfológico, que puede llegar hasta el siglo V de nuestra era. Resulta inquietante que en una obra fundacional la datación esté sujeta a un lapso tan largo, de seis siglos, y que los redactores posteriores sean anónimos.

El desacuerdo sobre el papel de la analogía en la gramática, como indicábamos, se explica con la teoría de las fases de redacción de la obra. En la fase primordial, las partes de la gramática en las que figuraba la analogía constituyen una declaración de intenciones, puesto que su contenido no se cumple ni en la obra íntegra. Por otra parte, la identificación de la analogía con la morfología de las partes de la oración tiene sentido al considerar la obra al completo, una interpretación que parece impropia para el tiempo de Dionisio (Law, 2003, pág. 54). Estos factores no desmerecen el valor de la gramática, pero deforman la idea de que la primera gramática occidental surgió como modelo del programa filológico. Contradiciendo el relato altisonante, hay que reconocer que el modelo que analiza la lengua en tanto que realidad análoga, es decir, sometida a normas o regularidades, no surgió de la biblioteca. Hubo aportaciones de esta institución, pero el mérito que se le ha atribuido es un tributo reverencial.

6. Máscaras del mito

La leyenda del fundador se alimenta de otra mayor sobre la que está literalmente edificada, la biblioteca de Alejandría. La historia de la biblioteca de Alejandría forma parte de una categoría

exclusiva de relatos universales, como el de la torre de Babel, que sugestionan el imaginario colectivo por su sentido civilizador. Alejandría y Babel son semejantes por la fascinante mezcla de realidad y ficción, de la que resultan unos mitos que parecen refractarios a la crítica histórica. Tienen en común el escenario primordial de la gran ciudad, el imperio como orden político, la función institucional de los edificios y, finalmente, el destino trágico del símbolo, que sucumbe a la ambición humana o a la destrucción del fuego.

La ciudad de Alejandría fue sede de maravillas para el mundo antiguo. Al fundarla Alejandro Magno en el 330 a. C., se inmortalizó la proeza del nacimiento de una ciudad cosmopolita. La capital meridional del imperio helenístico, erigida según el modelo ático, fue símbolo de la razón y del poder. Al faro monumental, una de las siete maravillas de su era, se suman dos instituciones relacionadas, el museo y la biblioteca de Alejandría. Fueron instauradas en el 295 a. C. por Ptolomeo II, miembro de la dinastía que heredó Egipto de Alejandro Magno, donde reinaron como faraones hasta los tiempos de César y Cleoplatra VII.

A pesar de la importancia que tuvieron en la antigüedad los establecimientos del museo y la biblioteca para el conocimiento, nos ha llegado muy poca información de ellos, una carencia que han suplido los historiadores con tanta imaginación como credulidad. El museo era un edificio pequeño que albergaba a eruditos apadrinados por el rey. La biblioteca era la colección de papiros y pergaminos, almacenados en armarios o habitaciones del museo (Escolar, 2001, págs. 96-109). No era, por lo tanto, un edificio independiente ni sus fondos se hallaban en una sala, pues en la época se leía en voz alta, lo cual desaconseja la confluencia de lectores.

La tradición ha trasmitido estimaciones acríticas sobre el volumen de manuscritos que guardaba la biblioteca. Los antiguos

llegaron a barajar la exorbitante cifra de cuatrocientos mil documentos, lo cual no se sostiene si se considera la producción literaria de la época y la carestía de unos materiales tan suntuarios. Escolar (2001, pág. 132) argumenta que una cantidad razonable podría ser la de cincuenta mil rollos, que equivale a unas doce mil obras. Un fondo documental de esta magnitud es admirable y no necesita exageraciones sin medida. Sin embargo, la leyenda sobre la grandiosidad de la biblioteca, indiferente a la crítica, no solo la representa como un centro fastuoso, sino perdurable durante siglos, como si una institución que simboliza la ilustración antigua fuera imperecedera. Los hechos históricos indican que a partir del siglo II a. C., desde Ptolomeo V, la monarquía sufrió un declive, que intensificó la conquista romana en el 166 a. C. de los territorios helenos. El patronazgo de la biblioteca por el poder real fue disminuyendo, al tiempo que la función política de la biblioteca fue perdiendo su razón legitimadora.

En tiempos de Dionisio de Tracia la decadencia de la biblioteca se agudizó hasta el punto de que, como sabemos, él mismo tuvo que emigrar de Alejandría. La lista de los bibliotecarios que dirigieron la institución se agota con el nombre de Aristarco de Samotracia. Un siglo después, la guerra civil romana provocó el asalto de César al puerto de Alejandría (48 a. C.) y la quema de las naves de Ptolomeo XIII, aliado de Pompeyo. Este incendio, narrado por César en su *Guerra civil*, ha servido para alumbrar una conjetura que se ha tomado por un hecho. Visitantes como el geógrafo Estrabón, que llegó a la ciudad veinte años después de la muerte de César, escribió que el incendio se había propagado a la ciudad y que de resultas destruyó la «Gran Biblioteca». ¿Cómo si no podía explicarse la desaparición de un centro de tal importancia? La causa es plausible y tiene la fuerza de achacarse a un estadista inmortal. En vano se ha intentado contradecir la tesis del incendio,

a pesar de que los contemporáneos de César, como Cicerón, no mencionaron la ruina de la biblioteca y a pesar de la escasa inflamabilidad de los edificios de la ciudad, de piedra y argamasa.

Sin competir con la leyenda del fuego, la desaparición de la biblioteca es un enigma simple. La capitalidad imperial de Alejandro y de su sucesor, Ptolomeo I, instauró un ideal panhelénico que deslumbró por sus obras e instituciones. El museo y las bibliotecas —la principal y la de Serapis— fueron un centro de conocimiento y de exaltación real, en lo que se aprecia dos causas convergentes. El acopio y estudio de las obras griegas promovía el conocimiento de la lengua griega. El prestigio institucional propaló la grandeza del monarca. Se le presentó como bienhechor, el libertador frente a los persas, el mecenas de eruditos y filólogos. La helenización y la exaltación real fueron los propósitos a los que sirvió el museo alejandrino. En definitiva, el museo fue el instrumento para agrupar intelectuales con cuyo esfuerzo se propagó la imagen benéfica del monarca.

El gran éxito de la empresa alejandrina convirtió su biblioteca en el modelo de la antigüedad. Su recuerdo se ha convertido en un mito perenne que proclama la grandeza del espíritu y que, al mismo tiempo, advierte sobre su indefensión ante los desastres del fuego o de la barbarie. Ante este símbolo del fulgor y la fragilidad del saber, poco importa que la desaparición de la biblioteca se debiera a una consunción tan lenta y prosaica como la que pudo provocar el declive monárquico, el deterioro inexorable de los fondos y la dispersión de los sabios. Esperar que hubiera perdurado su esplendor durante siglos es una pretensión comprensible, pero merece este juicio: confundir la realidad con el deseo solo es admisible si crea una leyenda universal.

Los filólogos alejandrinos compusieron un tipo de obra muy rentable para su memoria. Fueron las listas de los autores elegi-

dos, aquel repertorio que Cicerón calificó de «clásicos» y que los ilustrados del XVIII denominaron el «canon». La biblioteca de Alejandría no fue la biblioteca de Babel, aquel laberinto del saber universal que imaginó Borges, pero redactó listas de clásicos y cuidó de sus obras con la ayuda de conceptos gramaticales. La lingüística ha identificado sus orígenes remotos en un escenario tan insigne como este, del que cualquier criatura ha oído hablar, y a Dionisio de Tracia como su fundador. En las obras de historia de la lingüística aparecen dos capítulos sin excepción. Por un lado, de la tradición bíblica se toma el mito de Babel como explicación literaria de la diversidad de las lenguas. Por el otro, se refiere a la fundación de la gramática alejandrina —aún admitiendo la ventana de seis siglos en su composición— como fruto de la razón para dar cuenta de la lengua. También, para remediar a su modo la aparente maldición de Babel.

Llama la atención la sutil combinación de mito y logos, de relato y de realidad, que se atribuyen separadamente a Babel y Alejandría. Sin embargo, es más importante lo que identifica a ambos capítulos, que es su naturaleza simbólica. Simbolizan la fundación, un escenario fulgurante que se desdobla en eros, en construcción, pero también en muerte, en confusión y perecimiento. La historia de la lingüística ha escogido para su arranque dos bloques narrativos soberbios, extraídos de sendos mitos universales.

Bibliografía

Bécares, Vicente (2002). «Introducción a Dionisio de Tracia». En: *Gramática. Comentarios antiguos*. Madrid: Gredos.

Cánfora, Luciano (1990). *La biblioteca desaparecida*. Gijón: Trea (1998).

Castro Leal, Leticia de (2008). *La Biblioteca de Alejandría*. Barcelona: Laia Libros.

Eco, **Umberto** (1993). *La búsqueda de la lengua perfecta*. Barcelona: Crítica (1994).

Eco, **Umberto**; **Carrière, Jean-Claude** (2009). *Nadie acabará con los libros*. Barcelona: Lumen (2010).

Escolar, **Hipólito** (1984). *Historia del libro*. Madrid: Pirámide.

Escolar, **Hipólito** (2001). *La biblioteca de Alejandría*. Madrid: Gredos.

Esteller, Manel (2012). «Todos venimos de África». *El Periódico*, (n.º 15-12, pág. 8).

Feiler, **Bruce** (2001). *Recorriendo la Biblia. Un viaje literario*. Barcelona: Ediciones del Bronce (2003).

Harris, Roy; **Taylor, Talbot J.** (1989). *Landmarks in Linguistic Thought I*. Londres: Routledge.

Jevenois, Pablo de (2009). *Biblioteca de Alejandría. El enigma desvelado*. Badajoz: Esquilo.

Law, Vivien (2003). *The History of Linguistics in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.

Law, Vivien; Ineke, Sluiter (eds.) (1995). *Dionysius Thrax and the Techne Grammatike*. Múnster: Nodus Publication.

Macleod, Roy; Carrière, Jean-Claude (eds.) (2000). *The Library of Alexandria*. Nueva York: I. B. Tauris.

Montero, Juan Luis (coord.) (2008). *Arqueología, historia y Biblia. De la torre de Babel al templo de Jerusalén*. Ferrol: Sociedad de Cultura Valle-Inclán.

Parrot, André (s. d.). *La torre de Babel*. Barcelona: Ediciones Garriga (1962).

Riaño, Juan José (2005). *Poetas, filósofos y bibliotecarios. Origen y naturaleza de la antigua Biblioteca de Alejandría*. Gijón: Trea.

Vicart, **Jacques** (2000). *La torre de Babel*. México: Fondo de Cultura Económica.

Capítulo III
Los sofistas, precursores incómodos

1. Tradición frente a historia

La tarea prioritaria de la historiografía es conocer cómo se elabora la representación de la historia. Para considerar el tratamiento que se da a la la retórica y el paradigma cívico, hemos examinado las obras de consulta general (dieciséis de ellas) que forman un conjunto representativo de las obras de carácter divulgativo en la materia. Se observa que la mayor parte de la producción historiográfica se elabora en el último tercio de siglo, en un período de prestigio en que la lingüística constituyó el paradigma de las ciencias. La selección incluye manuales de diversos paradigmas científicos: el historicismo comparativo (Thomsen y Arens), el estructuralismo (Leroy y Mounin) y el generativismo (Tusón y Serrano). El paradigma en el que se ubican determina sus respectivos contenidos, pues permite distinguir los objetos relevantes y establecer su interpretación. Hay, sin embargo, un nuevo paradigma: el historiográfico, según declara K. Koerner en su obra *Concise History of the Language Sciences* (1995, pág. 7-15). Koerner distingue entre la historia de la lingüística, que constituye un ámbito de recopilación de materiales, y la historiografía, que obra de un modo rigurosamente metodológico.

Koerner asevera que la historiografía es una creación reciente, a la vez que establece una separación entre la historia de la lingüística, de carácter positivista y científicamente ingenua, y la historiografía, que está regulada por principios explícitos. Es

destacable el temprano uso del término de historiografía por T. Sebeok, ya en 1975, en el volumen específico de su enciclopedia lingüística, *Historiography of Linguistics*. Pero Koerner propone una expresión diferente, al ampliar el campo de la lingüística y situar la investigación en un área mucho mayor e interdisciplinar, la de la «historia de las ciencias del lenguaje».

La «historia de las ciencias del lenguaje» que conocemos se ocupa de un metalenguaje, el de la gramática. Se trata de un metalenguaje que siglos más tarde ha eclosionado en otros metalenguajes, como son la filología y la lingüística. La gramática es la disciplina más antigua que trata del lenguaje en la tradición oriental, mientras que en Occidente la retórica tiene la condición de precursora en el estudio del discurso.

¿Qué presencia tiene la retórica en la historiografía lingüística? Para obtener una respuesta examinamos el contenido de dieciséis obras de referencia. Observamos en estos manuales que el papel que se concede a la retórica, en la historia de las ideas lingüísticas, es nulo en buena parte de las obras y solo episódico en el resto. Distinguimos tres tipos de tratamiento de las contribuciones de la retórica al estudio de la comunicación y del discurso, según sea negativo, incidental o positivo.

Es negativo, es decir, no se trata en absoluto de la retórica en Thomsen (1902), Arens (1955), Leroy (1964), Mounin (1967), Tagliavini (1969), Marcos (1990) y Cerný (1996). Es incidental, puesto que hay referencias ocasionales, en Robins (1967), Sebeok (1975), Tuson (1982), Malmberg (1991), Koerner y Asher (1995), Swiggers (1997) y en Law (2003). Finalmente, es positivo, en el sentido de que se le dedica un epígrafe o un capítulo, en Serrano (1983) y la edición de Auroux (1989).

Para sintetizar, en siete obras se desconoce o se soslaya el papel de la retórica. Un grupo similar está formado por los

manuales en que tiene una incidencia ocasional. Un tercer grupo, reducido a dos títulos, recoge algunos párrafos o páginas sobre la retórica. Es de notar que no hay obras para un cuarto grupo, que sería el de las publicaciones en que la retórica aparece tratada de un modo transversal y recurrente a lo largo de las épocas. En él se habría de presentar a la retórica como una ciencia que tiene una evolución histórica y que influye en la gramática y la dialéctica. Este grupo simplemente no existe.

En el caso de las referencias ocasionales, estas remiten a autores como Gorgias, Demóstenes, Cicerón, Quintiliano y Vives. Sin embargo, no se refieren a su producción como rétores sino como gramáticos. La mención de estos nombres está vinculada a comentarios sobre *puritas* de la lengua o corrección del estilo y de los enunciados. Por otra parte, la cantidad de las referencias depende de la extensión de los manuales. En un orden creciente de referencias, hallamos los manuales de Tusón, Malmberg y Koerner y Asher. Podemos tomar estas tres obras como hitos de su grupo.

Un libro conciso como el de Tusón recoge tres menciones a Cicerón y cuatro a Quintiliano, las cuales se ciñen al estilo de la prosa o a su influencia en autores posteriores. El título editado por Koerner y Asher se sitúa en el otro extremo, con gran cantidad de referencias a rétores, no en vano es voluminoso y además constituye la obra colectiva de cincuenta y cinco autores. Cicerón y especialmente Quintiliano son dos maestros que aparecen citados en una docena de páginas. Ello es muy poco, si se atiende a la extensión del volumen. Sin embargo, bajo esta aparente marginalidad de los rétores en Koerner y Asher se encuentra un hecho destacado. Todos los autores de capítulos sobre historia de la antigüedad europea hasta el Renacimiento citan en algún pasaje a Quintiliano. Esta presencia fugaz, pero reiterada, expresa de un modo indirecto la importancia que se

reconoce a la figura del académico y rétor latino. Con todo, su consideración se ciñe de nuevo a aportaciones sobre estilo y norma. En un lugar intermedio, cabe citar el texto de Bertil Malmberg, *Histoire de la linguistique: de Sumer à Saussure*, que es el manual más extenso de un solo autor. En él se recogen las referencias a pensadores del ámbito de la sofística y la retórica: Demóstenes, Gorgias, Sócrates, Platón, Aristóteles, Quintiliano, Cicerón y Vives. Su intención concuerda con la de las obras anteriores, pues remite al paradigma gramatical o analógico.

2. Visibilidad de la retórica

La sección de obras que destinan comentarios a la retórica cuenta como una rareza, con solo dos títulos, Serrano (1983) y Auroux (1989). El texto de Serrano, *La lingüística: su historia y desarrollo*, es un libro de bolsillo que destaca por dos aspectos: la concisión y una perspectiva global de las ideas. Una parte del capítulo de la «Antigüedad greco-latina» está dedicada a la sofística. Las breves páginas de Serrano recuerdan el carácter fundacional de la retórica en la tradición Occidental, en lo que atañe al estudio del discurso. Serrano indica que la retórica es un antecedente de la lingüística contextual y de la sintaxis. En esos estudios reconoce una perspectiva científica compleja, que aglutina «unas primeras investigaciones lingüísticas, lógicas, literarias y semióticas».

La obra editada por Sylvain Auroux (1989-2000), *Histoire des idées linguistiques*, exhibe en su título unos términos afines a la historiografía integral que postula Koerner, en el sentido de que el objetivo de la narración no se limita a una historia de la lingüística, sino que atiende a la «historia de las ideas lingüísticas». En

efecto, su contenido concuerda con ese modelo. Juega a su favor la naturaleza de obra colectiva, con la colaboración de unos veinte autores, entre ellos Françoise Desbordes. Pero además destaca por un contenido extenso, analítico y, en parte, renovador.

El primer volumen de la obra se titula «La naissance des métalangages en Orient et en Occident». Su lectura permite destacar dos rasgos relevantes. Por una parte está el factor de la superación del eurocentrismo en favor de un policentrismo, pues estudia las tradiciones occidental, árabe, semítica, india, del extremo Oriente y amerindia. Por la otra, se atiende de manera específica a aspectos extralingüísticos y a disciplinas que no forman el canon gramatical. Son los aspectos de las explicaciones mitológicas, la función de la escritura y sus prácticas lingüísticas. Las disciplinas incorporadas al canon lingüístico, la retórica y la dialéctica, que encajan en el marco del pensamiento lingüístico.

El principio con el que Auroux articula todas las fuentes, canónicas o emergentes, es el de los metalenguajes o modelos del lenguaje. La gramática es una teoría sobre el lenguaje, como lo son también la dialéctica y la retórica. De esta última trata Françoise Desbordes (1989) en un capítulo de la obra editada por Auroux, que ilustra sobre los principios básicos del arte de hablar persuasivamente. Entre estos principios hallamos los tres géneros del discurso, las cinco partes de la retórica, las diferentes causas, las partes del discurso y la nomenclatura de las figuras. La razón por la que considera valiosa la retórica aparece recogida en este fragmento (Desbordes, 1989, pág. 163):

> «Esta retórica ofrece a los investigadores de ahora un campo de estudio immenso, por la abundancia de materiales, del más alto interés, vista su calidad y diversidad».

Desbordes considera que la historia de la retórica, con sus cambios y corrientes, aporta un valor considerable a esta fuente de reflexión sobre el lenguaje, que escoge el ángulo de su relación con el auditorio. Sobre esta valoración, sin embargo, la propia Françoise Desbordes proyecta el patrón del paradigma gramatical. De ahí las dos objeciones que plantea Desbordes en su capítulo sobre retórica. Critica la ausencia de una reflexión gramatical sistemática y la desvinculación de la verdad. Veamos en qué términos se formulan los reproches.

- Ausencia de una reflexión gramatical sistemática. ¡Si al menos la retórica y el movimiento sofístico hubieran producido una gramática!, exclaman las voces conocidas. He aquí una aspiración de la lingüística que, de haberse cumplido, como reconoce Desbordes, habría deparado la rehabilitación de los sofistas. Pero se les reprocha que el estudio del discurso que hicieron no se plasmó en observaciones sistemáticas sobre el código. Añade Desbordes que los sofistas «no han examinado el lenguaje de manera sistemática y desinteresada». Para comprender su juicio conviene recordar la idea tradicional sobre el legado filosófico de los sofistas. La tradición afirma que la labor de los sofistas se centra en la formación y conducción de las personas, lo cual supone un alejamiento de una teoría general del conocimiento y una desvinculación de la verdad.
- Desvinculación de la verdad. La novedad de la sofística está en el objeto de su conocimiento, pues pasa de la realidad física y metafísica de sus predecesores a la realidad humana. Esta antropología constituye en su época un corte radical que, sin embargo, es objeto de un rechazo frontal a partir del platonismo, por su relativismo, mixtificación y demagogia. Andando el tiempo, ese juicio negativo ha permanecido invariable. Si

hubiera de resumirse en una palabra la crítica de su filosofía, cabría escoger el término de «interesada». Tal es el contexto de la expresión de Desbordes, cuando admite que los rétores no han examinado el lenguaje de modo «sistemático y desinteresado». En el comentario de Desbordes sobre la desvinculación de la verdad aparece condensada la crítica del formalismo filosófico. Es obvio que Desbordes la asume (1989, pág. 168), pues afirma lo siguiente: «Poner el acento en la persuasión en vez de la información es dar carta de naturaleza a la mentira».

La tradición nos ha familiarizado con la idea de que los rétores dan carta de naturaleza a la «mentira» y la falacia, de modo desleal para la filosofía. A pesar de que suene tan conocida, es una idea impresionante por su inconsistencia. Resulta extraño que la historiadora no se aparte de esta interpretación general, puesto que su cometido es trascender el tópico. Sin embargo, Desbordes razona sobre la causa de este gran error de la filosofía sofística. Argumenta que desplazar el foco de interés de la información sobre lo real a los móviles de la gente supone «no decir nada en claro sobre las cosas». A la luz de estas apreciaciones críticas, es comprensible que se conceda a la retórica un papel marginal en la historia de las ideas lingüísticas, como invitada frívola y venal.

El recuento de apariciones de la retórica en los manuales de historia de la lingüística arroja un balance doblemente negativo. Es negativo por la ausencia de comentarios en la mayoría de las obras consultadas. Pero también mantiene ese signo en aquellas en que sí se trata, porque su contenido se ciñe a unos tópicos culturales y aporta argumentos que confirman esta consideración marginal. Un hecho relevante es la uniformidad con que se presenta la retórica en obras de divulgación. Su criterio es que la retórica no solo pertenece al pasado, sino que está concluida.

Por fortuna, la historiografía especializada presenta una realidad muy diferente. Las obras sobre historia de la retórica brindan un panorama diverso e inquisitivo. No obstante, es infrecuente en su tratamiento una perspectiva específicamente lingüística, de ahí que se eche de menos una metodología historiográfica. Es de notar que incluso los manuales de retórica suelen dedicar una sección a su historia (Mortara, 1988; Albaladejo, 1989), una opción que resulta infrecuente en manuales de lingüística. Por otra parte, la historiografía de la retórica está más influida por inquietudes literarias y filosóficas (Romilly, 1988) que lingüísticas. Si a esta partición se añade la especialización en épocas (Murphy, 1979; López Grigera, 1994), que resulta práctica general, es razonable colegir que en el campo de la retórica hay nuevas y amplias posibilidades de estudio, desde el punto de vista de una historiografía lingüística comprehensiva.

Las investigaciones de retórica ilustran sobre el proceso histórico de los paradigmas. En el siglo V a. C., por obra de los sofistas, la retórica obtuvo su estatuto científico como teoría de los recursos para persuadir discursivamente. A su vez, de ella surgieron y se independizaron las otras artes liberales. La sistematización que introdujo Aristóteles en la retórica puso en claro el rango de la argumentación y de los tópicos para el debate. De ello surgió la especialidad de la dialéctica. A finales del siglo II a. C., con los alejandrinos, alcanzó su autonomía el ámbito discursivo de la corrección expresiva, que formaba parte de la retórica. Fue el caso del estudio de las letras o la gramática. De ahí la tripartición de las artes liberales, con sus respectivos cometidos de análisis del discurso. La retórica estudia la adecuación de los enunciados a la situación y al efecto deseado en el destinatario. La dialéctica trata de la conformidad del enunciado a la veracidad y validez argumentativa. Y la gramática se ocupa de la corrección del enunciado, en conformidad con un enunciado ideal.

La historia de la lingüística ha establecido una genealogía que no está sujeta a esta tripartición, sino a una de sus ramas, que es la gramática. En los manuales de historia de la lingüística la narración retrocede hasta unos estadios previos y primordiales. Son los de la mitología y de la escritura como fuentes de conocimiento lingüístico. De ahí suele pasarse al surgimiento de la gramática en el contexto de las artes liberales. Hasta aquí los elementos opcionales. A continuación sigue lo que se toma por materia de la lingüística, que, por definición, diverge de la retórica y de la dialéctica. Por todo ello, puede parecer una tarea superflua la inclusión de la retórica en la historia de la lingüística. Su inexistencia en la historiografía divulgativa, además de ser previsible, es conforme a los presupuestos de la ciencia lingüística. Como establece el canon, el origen de la lingüística se halla en las reflexiones sobre las partes del enunciado de Platón, Aristóteles y los estoicos, pero también y especialmente en el programa filológico que funda la *Tékhnē grammatikē* atribuida a Dionisio de Tracia. Buscar más allá de estas fuentes no solo resulta estéril, sino además una contravención al propio canon de la lingüística.

3. Lingüística y el contexto

La lingüística estructural y generativista, que se miraba en la gramática tradicional y en la gramática racionalista del siglo XVII, ha crecido y se ha diversificado en disciplinas. Junto a los componentes formales de la fonología y la morfosintaxis y al de la semántica, se ha asentado un conjunto de componentes contextuales que tratan del discurso. El análisis del discurso se interesa por la variación lingüística y por el sentido que adquieren los

enunciados en su interacción entre los hablantes. La sociolingüística, la pragmática, la etnografía del habla y la historiografía son disciplinas que forman las ramas de la lingüística contextual. Los vínculos que mantienen con conceptos de gramática y semántica indican la comunicación teorética que pueden establecer las disciplinas de la lingüística para alcanzar sus objetivos.

Las disciplinas contextuales tratan del discurso. Reciben también la denominación de ciencias del análisis del discurso, que conviene en especial a los procedimientos de la pragmática y de la etnolingüística. Las contribuciones que componen la corriente del análisis del discurso son múltiples. Recordemos algunas de ellas. Está la teoría de la enunciación de Benveniste, que identifica «el discurso como totalidad significante y como centro donde convergen enunciación, oración, uso y contexto» (Cortés y Camacho, 2003, pág. 34). También, la teoría de los actos de habla de Austin y Searle promueve la creación de los principios pragmáticos. Así mismo, Halliday y Hassan aportan una teoría de la cohesión, de modo que la textura es objeto de consideración pragmática y sintáctica. A su vez, Bajtín aporta, con la teoría de la intertextualidad, una nueva concepción de los géneros y señala la dimensión social de las interacciones verbales.

Luego, la etnografía del habla, desarrollada por Hymes y Gumperz, vincula la competencia comunicativa de los hablantes a variantes antropológicas, en sus formas culturales de vida. Labov ahonda en la concepción de que el discurso es una realidad heterogénea que está en consonancia con las variaciones sociales en que se produce. Por su parte, Grice formula el principio pragmático de cooperación para explicar los procesos que propician la interpretación idónea de los enunciados. A su vez, la cortesía verbal, que trata de las estrategias para establecer

contacto e influencia en el interlocutor, es objeto de interés por parte de Lakoff, Leech, Brown y Levinson. La interpretación de los enunciados, según la teoría de la relevancia, de Sperber y Wilson, formaliza aspectos de la inferencia y el funcionamiento de la implicatura. El análisis crítico del discurso, a partir de trabajos de Fairclough, Van Dijk y Wodak, articula aportaciones de la pragmática, la psicología cognitiva y la sociología para interpretar discursos que inciden en problemas sociales, como la discriminación y la hegemonía ideológica.

Estas son algunas de las corrientes que tratan del análisis del discurso en su contexto. En efecto, a partir de los años sesenta del siglo pasado, la lingüística ha ampliado mucho su campo de estudio y dispone de un conjunto de disciplinas aplicadas a la lingüística contextual. Sin embargo, las obras de historia de la lingüística, aún bajo los intereses formales de la lingüística estructural y la generativista, consideran la gramática como fuente exclusiva de la tradición y como único objeto doctrinal cuya historicidad resulta relevante. Hay razones que quizá expliquen esta situación de desinterés por los antecedentes del paradigma contextual. Por una parte está la relativa inmediatez de los desarrollos en análisis del discurso, con los problemas que comporta la falta de perspectiva histórica. Por la otra, cabe considerar que el desarrollo de la historiografía lingüística en los años sesenta y setenta conformó su indagación histórica a los paradigmas formalistas de su tiempo, estructuralista y generativista. En esa época, el auge y la inmersión en tales paradigmas no fue un obstáculo para escribir narraciones acordes con la teoría vigente. Una tercera razón, corolario de la anterior, es que esas obras historiográficas han confirmado un canon histórico que se resiste no ya a una reformulación sino a una somera revisión.

4. Historicidad de la retórica

La historicidad de la retórica es un fenómeno evidente y, sin embargo, permanece como una realidad casi desconocida para la historiografía lingüística. Por historicidad se entiende no solo la relación de la disciplina con un anclaje temporal —es decir, que pertenece a una época—, sino también el dinamismo y la renovación de sus modelos teóricos. La retórica no es solo la obra de los rétores clásicos, ni tampoco de los autores renacentistas que incorporaron intereses nuevos, como la retórica sagrada y la epistolar y administrativa del Renacimiento. No es solo eso, pues la retórica experimenta una evolución profunda y apasionante, desde su fundación hasta la actualidad. En el siglo XX, por citar hitos que trascienden la propia disciplina y tributa en las ciencias del lenguaje, aparece la retórica interpersonal (Burke, 1950; Ambrester y Strause, 1984), la teoría de la argumentación (Perelman y Olbrechts, 1970) y la neorretórica.

En suma, hay aportaciones antiguas y contemporáneas, junto a otras intermedias, en la historia de la retórica. A pesar de las diferencias históricas que entre ellas hay, destacan unos rasgos comunes que identifican estas modalidades en la unidad de la ciencia retórica. Así pues, la retórica puede definirse como factor de influencia, vehículo de necesidades psicológicas, y, también, como realidad interpretativa, intencional y multimodal (Ambrester y Strause, 1984). Sus cinco rasgos resumen parte de los principios que han decantado los rétores con su examen, desde la filosofía clásica hasta la psicología reciente. Para disponer de una referencia histórica, agrupamos los progresos de la retórica en cuatro campos teóricos, que son la retórica discursiva, interpersonal, cognoscitiva y narrativa.

La *retórica discursiva* o clásica está en el origen de toda reflexión sobre la función veritativa, política y estética del discurso público, y su figura central es Aristóteles. Según Aristóteles, el orador despliega unos recursos racionales, éticos y pasionales, con la finalidad de conmover y convencer a la audiencia. Si esta se compone de jueces, su argumentación debe ser el entimema o razonamiento verosímil, creíble; y el discurso pertenece, entonces, al género judicial o forense. Si la audiencia es de parlamentarios o pares, el orador defiende su posición mediante la ejemplificación, y ello caracteriza el discurso deliberativo. Si hay público que busca espectáculo, el orador elogia o censura mediante la comparación y los ejemplos, pues ello es lo propio del discurso epidíctico. Lo común a estos tres tipos de discurso es el «arte de la retórica», tal como la define Aristóteles, «la facultad de descubrir especulativamente lo que en cada tema puede ser adecuado para persuadir», al apelar a los sentimientos y la razón.

La *retórica interpersonal* trasvasa los principios del habla pública a la comunicación ordinaria. Si la retórica es una facultad analizable y exigible a un orador, ocurre que no es privativa de los profesionales de la palabra, ya que de ella participan todos los hablantes, los cuales poseen una pericia acorde a sus usos e intereses. Según Kenneth Burke (1950), «la retórica está enraizada en la función esencial del lenguaje». Ello implica que la adquisición del lenguaje da paso en el niño a una categorización lingüística del mundo y, lo que es más importante, al uso de estrategias para su adaptación e interacción en situaciones sociales cambiantes. Tal uso, a diferencia del modelo aristotélico, incluye aspectos conscientes e inconscientes, y remite a una exploración de la identidad y de las motivaciones del individuo.

A continuación sigue la *retórica cognoscitiva*. Tanto en Aristóteles como en Burke, los actos comunicativos son instrumentos con los que el hablante influye y es influido. El factor persuasivo es,

por consiguiente, central pero no único. Así lo indica Kathleen Reardon (1981), quien destaca un aspecto psicológico que está implícito en todo proceso de influencia. Se trata del principio de cooperación dialógica. Reardon dice lo siguiente:

> «La persuasión no es algo que una persona ejerza sobre otra, sino que es un medio por el cual las personas colaboran las unas con las otras en la conformación de sus versiones de la realidad».

Así, las reglas retóricas son cauces para organizar socialmente el conocimiento de la realidad, sea en lo que atañe a lo público —retórica discursiva— o a lo privado —retórica interpersonal. En suma, se focaliza la cooperación comunicativa y construcción de la realidad. Como trasfondo, se proyecta el modelo cassireriano del ser humano como animal simbólico. Un componente de la retórica cognoscitiva es la teoría de la argumentación (Perelman y Olbrechts, 1970), que se desvía de la teoría de la demostración auspiciada por la lógica formal y presenta aspectos de la interacción de los locutores y de las estrategias de aproximación y distanciamiento del enunciatario con su auditorio (Plantin, 1998; Cros, 2003; Pastor, 2008).

Finalmente, la *retórica narrativa* plantea la tesis de que el niño capta el significado de las cosas por medio de las historias. Más concretamente, según el psicolingüista Jerome Bruner (1990), el niño aprende a hablar escuchando breves narraciones, que le transmiten el sentido de las situaciones y los cánones aplicables: posible o imposible, elogiable o censurable, aconsejable o desaconsejable. También el niño se siente espoleado a aprender a hablar más y mejor para satisfacer sus necesidades de narrar historias, con las que busca reconciliar las contradicciones y los conflictos (los hechos o los juicios discordantes) con el canon y con las versiones de la realidad recibidas. Bruner señala que

la narración —más aún que la argumentación— es la forma de lenguaje o superestructura que interviene con mayor poder en el desarrollo humano, sea cual sea su ámbito. En los estadios de socialización o en los circuitos sociales de negociación de los sentidos, la narración hace frente a lo inusual o a lo conflictivo, para resituarlo dentro de un orden comunitariamente aceptable.

Este apunte sobre cuatro modalidades de la retórica recoge elementos de su trayectoria histórica, identificados mediante una caracterización en tramas o afinidades teóricas. Además de la historicidad, en estas modalidades de la retórica se plasma una constante: la figura del ser humano como criatura retórica. Lo relevante es que cada una de esas posiciones aporta al conjunto de la disciplina unos atributos de tal ser. La retórica *clásica* se interesa por el quehacer público del individuo, que pugna verbalmente según las reglas de los poderes políticos. Para conseguir ese fin con elocuencia, el orador cuenta con la formación en su arte, que consiste en el dominio de géneros y operaciones discursivas, así como de argumentos artísticos del *éthos*, *páthos* y *lógos*. Por su parte, la retórica *interpersonal* atiende a las relaciones sociales y privadas de las personas, de ahí que también se denomine retórica relacional. A su vez, la retórica *cognoscitiva*, en la línea psicológica del conocimiento compartido, desplaza el centro de acción del sujeto a lo colectivo; pues señala que, si bien la persuasión consiste en procesos de influencia entre los sujetos, en realidad el trabajo principal del uso retórico del habla revierte en la coordinación social del significado. Así, la oposición y el desgaste de fuerzas individuales articulan una parte periférica de la máquina social de cooperación dialógica y de construcción de la realidad. Por último, la retórica *narrativa* ahonda en la investigación de la comunicación desde el marco social. Entiende Bruner que el significado se construye socialmente y que los recursos se trasvasan

con la propia adquisición del habla. En particular, la narración es el marco expresivo que, hecho de agentes, secuencias, canonicidad y voz del narrador, aporta la mayor capacidad de negociación individual y colectiva de lo real.

La indagación sobre la presencia de la retórica en los estudios sobre las ciencias del lenguaje es un trabajo de este tipo. Como se concluye de la revisión de manuales de historia de la lingüística, sus contenidos corresponden exclusivamente a los enunciados epistemológico y analógico. Entendemos por enunciado epistemológico el estudio de las condiciones del discurso científico para ser receptáculo del conocimiento formalmente objetivable y universal. El enunciado analógico se ocupa del programa filológico de la descripción de la lengua, la clasificación de las partes de la oración y la construcción sintáctica. Su canon nace de los tópicos de la escritura como fuente de reflexión, el debate de la naturaleza del signo en el diálogo platónico *Crátilo*, las distinciones gramaticales de los estoicos, la invención de la gramática en la etapa helenística, y así sucesivamente sobre asuntos significativos para los enunciados epistemológico y analógico.

Este tratamiento es general en los manuales de nuestro inventario. Como consecuencia de ello, es nula o inapreciable la consideración que hacen de asuntos relevantes para el enunciado cívico o de la retórica. De las dieciséis obras examinadas, solo la narración de Desbordes hace una aportación al enunciado cívico. Para definirlo diremos que el enunciado cívico trata del habla como instrumento social de cooperación y de construcción de la realidad. Sin embargo, no solo plantea y admite las críticas de la tradición epistemológica, desde que Platón expuso su impugnación radical al pensamiento retórico, sino que se identifica con los principios epistemológicos. Como se ha indicado, Desbordes hace dos objeciones a la labor de los rétores, que se refieren a la falta de observacio-

nes sistemáticas sobre la lengua y la sustitución de la verdad por los recursos de persuasión del auditorio. En estas objeciones se cifra el juicio del enunciado analógico: la gramática es una ciencia positiva; y el juicio del enunciado epistemológico: el conocimiento se construye con principios universales sobre la veracidad y la falsedad.

5. Frutos amargos

El texto de Desbordes cobra significado a la luz de la polémica entre las posiciones formalista y retórica (Fish, 1989). Dicho en otros términos, se trata de la controversia entre epistemología y hermenéutica (Rorty, 1979). Tal controversia reúne la visión fundacional de la verdad, universal y formalmente objetivable (*homo seriosus*), y la verdad retórica, convencional, cívica y relativa, aunque también manipulable (*homo rhetoricus*). Fish realiza una síntesis admirable de la historia del pensamiento occidental en un capítulo que titula «Retórica» (1989, págs. 257-303). Aborda la pugna entre el pensamiento formalista y el pensamiento retórico. En el primero están el platonismo y el cartesianismo, los modistas metafísicos o el generativismo, todos ellos modelos esencialistas y racionalistas que merecen unas páginas destacadas en la historia. Por su parte, los sofitas, los rétores, Nietzsche, Bajtín, Barthes o los pragmatistas son autores del pensamiento retoricista, que parecen ir a la contra y por ello merecen un papel secundario y vergonzante. Fish compara la condena que recibe el pensamiento retórico con el repudio que recibe Satanás en *El Paraíso perdido* de John Milton, que aparece como manipulador y mentiroso.

Fish aprecia en este fragmento de la poesía épica del siglo XVII los argumentos tradicionales contra la retórica, unos argumentos que, por otra parte, siguen vigentes (1989, pág. 257). Su

exposición toma este pasaje como referencia simbólica sobre la función «interesada» y desafecta de la verdad que desarrolla la retórica, pues está emparentada con la belleza y la perversidad del príncipe de los diablos. Este recurso literario, que parecería llamativo en un artículo académico, resulta elocuente en el ensayo y permite a su autor hacer un recorrido por la historia del pensamiento. Al final, concluye que el protagonismo de las posturas epistemológicas en la historiografía no es una prueba de su superioridad.

En la historiografía lingüística podría parecer una provocación invocar el símil de Belial en *El Paraíso perdido*. Los rasgos de la hermosura y dulce persuasión del demonio, que encubren falsedad y mezquindad, tal vez no sugieran una analogía con la concepción general sobre la retórica. Sin embargo, la historiografía lingüística trata de las ideas afines al enunciado cívico de un modo negativo. He aquí algunas de las implicaciones que se derivan de ese tratamiento historiográfico, hasta el punto de poder cotejar los elogios y vituperios que provoca con lo que Milton predica de Satanás. En primer lugar, se desconoce o se niega el papel de la retórica en la historia de las ciencias del lenguaje. A continuación, si se atiende a la retórica, solo se considera la etapa fundacional de los sofistas. En tercer lugar, la retórica no tiene evolución histórica o bien no merece la pena conocerla. Finalmente, las disciplinas del análisis del discurso, como la pragmática y el análisis crítico, no tienen antecedentes históricos.

Estas afirmaciones reflejan una pauta de la historiografía. Sin embargo, tales suposiciones son discutibles, como rebaten los autores citados. Hemos de mencionar nuevamente a Roland Barthes, autor de una excelente síntesis histórica y teórica en «La retórica antigua» (1970), en cuya conclusión defiende la inigualable perspicacia del modelo retórico para analizar la comunicación

mediática. Por encima de la polémica entre formalistas y retoricistas, lo que cabe aducir es que resulta recomendable revisar las prácticas de la historiografía lingüística.

6. Lipograma, causa de desasosiego

La historiografía debe estar advertida contra la falacia positivista, que consiste en creer que la predicación del hecho es una copia de la realidad (Rorty, 1979). La ausencia de la retórica en sus páginas no es una copia de la realidad, sino una construcción narrativa, que está regida por el canon epistemológico y gramatical. Esa es la perspectiva histórica vigente. Por efecto de la persuasión narrativa y de la asimilación del canon, la ausencia de la retórica puede pasar desapercibida. Quizá ello produzca cierta extrañeza, una extrañeza similar a la que se experimenta ante un vacío indefinido, como sucede en los siguientes textos de una novela de Georges Perec:

> «Au plus fort du Logos, il y a un champ proscrit, tabou zonal dont aucun n'approchait, qu'aucun soupçon n'indiquait: un Trou, un Blanc, signal omis qui, jour par jour prohibait tout discours, laissait tout mon vain, brouillait la diction, abolissait la voix dans la maldiction...»
>
> *La disparition*

> «De este modo se reveló, término por término, *negro sobre negro* (surgiendo de un precepto que supone un enorme escollo, porque el que lee sin conocer su solución cree que es pueril) un escrito novelesco que, por excéntrico que fuese, en ese momento creyó suficientemente bueno.»
>
> *El secuestro*

Los fragmentos pertenecen a diferentes pasajes de la novela de Perec, *La disparition* (1969); el primero, en su versión original en francés, y el siguiente, en su traducción española (Anagrama, pág. 268). Narra la desaparición de un personaje, Tonio Vocel, de quien no se sabe si es víctima de un secuestro, está retenido, huido o ha sido asesinado. Pero esta trama esconde otra, que es un juego con las palabras y las letras. La *disparition* o el secuestro afecta a una vocal, a lo largo de toda la novela: la *e* en el texto francés y la *a* en el castellano. Los dos fragmentos escogidos refieren, de un modo elusivo, aspectos textuales, de modo que dan ciertas pistas sobre la intención ulterior de la historia: campo proscrito, agujero, espacio en blanco, signo omitido, voz abolida, escollo legal, escrito excéntrico...

El lector que no esté advertido del artificio se aplica a la aventura policial de la novela, pero nota un efecto extraño en el texto, del que no sabe dar razón. En realidad, se trata de un lipograma, pues falta deliberadamente una letra del alfabeto, y no cualquiera, pues la *e* es la más frecuente en francés y la *a* es la segunda más frecuente en español. El lipograma es un artificio de sustracción de tipo expositivo, junto con los del monovocalismo y los alfabetos reducidos. El término *lipograma* se compone de las voces griegas *leípo* ('falto de') y *grámma* ('letra'). La liponimia es la constricción que consiste en no usar una palabra. Por analogía, lipociencia es la falta deliberada de una ciencia.

La novela de Perec *La disparition* o *El secuestro* nos brinda una analogía con la desaparición de la retórica. La afinidad es obvia. Sin embargo, la supresión de una vocal en la novela produce un lipograma extenso, con lo que se crea no ya un vacío o una carencia, sino una admirable obra de ingenio literario, mientras que la invisibilidad de la retórica en la historia de la lingüística produce un lipograma científico. Es decir, un campo proscrito, etcétera. La elección lipocientífica de la historiografía tiene causas evidentes. La filiación a la gramática

aporta el grueso de las corrientes y obras que forman el universo de la historia de la lingüística. A la filiación gramatical se superpone, en un orden dominante, el enunciado epistemológico. Este ascendiente formalista dota al relato de una coherencia que resulta difícilmente compaginable, si no es incompatible, con la perspectiva retoricista.

Como un huésped inoportuno, a lo sumo la retórica recibe acomodo ocasional en el período grecolatino. Lo persigue una reputación de escasa sistematización, de oportunista que abre la puerta a la mentira y de relativista que cierra esa misma puerta al conocimiento universal. El juicio de la vertiente formalista es de tal modo aplastante que niega la posibilidad de defensa a la retórica. La imagen de Satanás, tan seductora por su belleza y su palabra persuasiva, pero que encubre la inmoralidad, es aplicable a la opinión de la retórica en la historiografía lingüística.

Para concluir, invocamos de nuevo la invención literaria, en este caso de Cicerón. Es un mito en que Cicerón defiende la moralidad de la retórica y su poder civilizador; sin embargo, su trama y significado permanecen en el olvido. Habla de un hombre grande y sabio que persuadió a sus semejantes, que «erraban por los campos como animales», para vivir en sociedad y, con la ayuda de todos, guiarse por la razón y la concordia. La inteligencia, la bondad y la elocuencia son virtudes que confluyen en la retórica, según el mito ciceroniano. El mito cuenta también como un elogio del estudio del discurso (Romilly, 1988; Fish, 1989, pág. 272). Pero el sentido de esta fábula no ha podido remover la leyenda negra de la disciplina.

La retórica no ha recuperado el paraíso perdido de la historiografía, ni aun con la promesa de una visión global hecha por la moderna historiografía. El hecho es que las disciplinas que tratan del análisis del discurso no tienen referencias propias en las obras divulgativas de historia de la lingüística. Es improbable que las hallen en nuevas obras de este tipo, si no se produce un cambio en la perspectiva histórica.

Bibliografía

Albaladejo, Tomás (1989). *Retórica*. Madrid: Síntesis.

Ambrester, Marcus; Strause, Glynis H. (1984). *A Rhetoric of Interpersonal Communication*. Prospect Heights, Illinois: Waveland Press.

Arens, Han (comp.) (1955, 1969). *La lingüística*. Madrid: Gredos.

Auroux, Sylvain (ed.) (1989-2000). *Histoire des idées linguistiques*. Liège: Margada Editeur (3 vols.).

Auroux, Sylvain (ed.) (2003): *History of Linguistics 1999. International Conference on the History of the Language Sciences*. Amsterdam: John Benjamins.

Barthes, Roland (1967). «El discurso de la historia». En: Roland Barthes. *El susurro del lenguaje* (págs. 163-177). Barcelona: Paidós (1987).

Barthes, Roland (1968): «La muerte del autor». En: Roland Barthes. *El susurro del lenguaje* (págs. 65-71). Barcelona: Paidós (1987).

Barthes, Roland (1970). «La retórica antigua. Prontuario». En: Roland Barthes. *La aventura semiológica* (págs. 85-160). Barcelona: Paidós (1990).

Bruner, Jerome (1983). *El habla del niño*. Barcelona: Paidós (1986).

Bruner, Jerome (1990). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza Editorial (1990).

Burke, Kenneth (1950). *A Rhetoric of Motives*. Nueva York: Prentice Hall.

Cerny, Jirí (1996). *Historia de la lingüística*. Cáceres: Universidad de Extremadura, 1998.

Cortés Rodríguez, Luis; Camacho Adarve, Mª Matilde (2003). *¿Qué es el análisis del discurso*. Barcelona: Octaedro.

Cros, Anna (2003). *Convencer en clase. Argumentación y discurso docente*. Barcelona: Ariel.

Desbordes, Françoise (1989). «Rhétorique». En: S. Auroux. *Histoire des idées linguistiques*. Liège: Margada Editeur.

Desbordes, Françoise; Baratin, Marc (1981). *L'analyse linguistique dans l'Antiquité classique*. París: Klincksieck.

Dijk, Teun Van (1978). *La ciencia del texto*. Barcelona: Paidós (1989).

Fish, Stanley (1989). *Práctica sin teoría: retórica y cambio en la vida institucional*. Barcelona: Destino (1992).

Koerner, Konrad (1989). *Practicing linguistic historiography*. Amsterdam: John Benjamins.

Koerner, Konrad; Asher, R. E. (eds.) (1995). *Concise History of the Language Sciences*. Oxford: Pergamon.

Law, Vivien (2003). *The History of Linguistics in Europe from Plato to 1600*. Cambridge: Cambridge University Press.

Leroy, Maurice (1964). *Las grandes corrientes de la lingüística*. México y Madrid: Fondo de Cultura Económica (1969).

López Grigera, Luisa (1994). *La retórica en la España del Siglo de Oro*. Salamanca: Universidad de Salamanca.

Malmberg, Bertil (1991). *Histoire de la linguistique: de Sumer à Saussure*. Paris: PUF.

Marcos Marín, Francisco (1990). *Introducción a la Lingüística: historia y modelos*. Madrid: Síntesis.

Mounin, Georges (1967). *Historia de la lingüística. Desde los orígenes al siglo XX*. Madrid: Gredos (1974).

Murphy, James J. (ed.) (1974). *Rhetoric in the Middle Ages. A History of Rhetorical Theory from Saint Augustine to the Renaissance*. Berkeley: University of California Press.

Murphy, James J. (1979). *La elocuencia en el Renacimiento*. Madrid: Visor (1999).

Pastor, Lluís (2008). *Retórica Exprés*. Barcelona: UOC.

Perelman, C.; Olbrechts-Tyteca, L. (1958). *Tratado de la argumentación*. Madrid: Gredos (1989).

Plantin, Cristian (1996). *La argumentación*. Barcelona: Ariel (1998).

Reardon, Kathleen K. (1981). *La persuasión en la comunicación. Teoría y contexto*, Barcelona: Paidós (1983).

Robins, Robert H. (1967). *Breve historia de la lingüística*. Madrid: Paraninfo (1974).

Romilly, **Jacqueline de** (1988). *Los grandes filósofos en al Atenas de Pericles*. Barcelona: Seix Barral (1997).

Rorty, Richard (1979). *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Madrid: Cátedra (1989).

Sebeok, Thomas E. (ed.) (1975). «Historiography of Linguistics». En: *Current Trends in Linguistics* (vol. 13). La Haya: Mouton (1968-1975).

Serrano, Sebastià (1983). *La lingüística: su historia y desarrollo*. Barcelona: Montesinos.

Swiggers, Pierre (1990). «Reflections on (Models for) Linguistic Historiography». En: Müllen (ed.). *Understanding the Historiography of Linguistics. Problems and Projects* (págs. 21-34). Münster: Nodus.

Swiggers, Pierre (1997). *Histoire de la pensée linguistique. Analyse du langage et reflexion linguistique dans la culture occidentale, de l'Antiquité au XIXe. siècle*. París: PUF.

Tagliavini, Carlo (1969). *Panorama di Storia della lingüística*. Bologna: Pàtron.

Thomsen, Wilhelm (1902). *Historia de la lingüística*. Barcelona: Labor (1945).

Tuson, Jesús (1982). *Aproximación a la historia de la lingüística*. Barcelona: Teide.

Capítulo IV

Platón y un anzuelo llamado *Crátilo*

1. Diálogo con el mito fundacional

Desde la fundación de la historia de la lingüística, el diálogo platónico *Crátilo* (Κρατυλος) ha recibido la atención de todos los historiadores. Es con seguridad una de las obras más analizadas en monografías. Los méritos de la obra justifican el éxito de su recepción. *Crátilo* es la primera obra de la historia sobre el lenguaje. Además, su autor, Platón, encabeza la relación de pensadores más influyentes de todos los tiempos. Despierta interés su asunto, que es la capacidad de los nombres para designar y conocer las cosas. También resulta afortunada la forma dialogada del texto, que da amenidad a un debate erudito y prolijo. Finalmente, por si no fueran suficientes los alicientes anteriores, la intervención del personaje de Sócrates recrea un trasfondo teatral y mítico.

La tradición que ha interpretado el *Crátilo* considera esta obra como una reflexión fundamental sobre el lenguaje. De manera general se ha señalado en ella el propósito de expresar el enigma del origen del lenguaje. De un modo más específico, es manifiesto que trata de las relaciones de las palabras y sus significados (Robins, 1967, pág. 28).

En un pasaje al final del diálogo, se plantea con claridad el asunto del diálogo del siguiente modo (435d):

> «Sócrates: Pero dime a continuación todavía una cosa: ¿cuál es, para nosotros, la función que tienen los nombres y cuál decimos que es su hermoso resultado?

Crátilo: Creo que enseñar, Sócrates. Y esto es muy simple: el que conoce los nombres, conoce también las cosas.»

Estas palabras delimitan el último episodio del debate y su razón última. La razón es discernir la capacidad de los nombres para conocer la realidad. Este enunciado es diferente del que se plantea al principio del diálogo, en los conocidos términos de naturalidad o convencionalidad de los nombres (383-384c):

«Hermógenes: ¿Quieres, entonces, que hagamos partícipe a Sócrates de nuestra conversación?"

Crátilo: Si te parece bien…

Hermógenes: Sócrates, aquí Crátilo afirma que cada uno de los seres tiene el nombre exacto por naturaleza. No que sea éste el nombre que imponen algunos llegando a un acuerdo para nombrar y asignándole una fracción de su propia lengua, sino que todos los hombres, tanto griegos como bárbaros, tienen la misma exactitud en sus nombres. […] Pues bien, Sócrates, pese a haber dialogado a menudo con éste y con muchos otros, no soy capaz de creerme que la exactitud de un nombre sea otra cosa que pacto y consenso.»

Con este ágil intercambio de palabras comienza el diálogo de los tres personajes, Crátilo, Hermógenes y Sócrates. Es el primer apunte de un dilatado debate sobre la naturaleza del lenguaje. *Crátilo* inaugura un capítulo mítico y apasionante en la historia de la lingüística. Desarrolla con múltiples detalles los argumentos del mimetismo fonético y de la etimología. Sin embargo, el debate no lleva a ninguna conclusión clara sobre la pregunta de la propiedad de los nombres. Finalmente, los participantes se despiden con el acuerdo de continuar la indagación por otras vías.

Los historiadores de la lingüística han rendido homenaje a la obra de Platón, pero el fruto de esa labor historiográfica es

coherente con la ambigüedad del diálogo. El resultado es que los juicios de los investigadores son dispares y, en algunos casos, opuestos. La polémica no se ha agotado con el transcurso de siglos y acompaña a la obra como si se tratara del designio de su grandeza conceptual y de su oportunidad histórica.

De entrada, cabe consultar las opiniones de dos obras fundamentales, las de Thomsen y Arens, porque aparecen en los inicios de la disciplina. Thomsen aporta, con una redacción sucinta, la matriz de etapas, obras y asuntos. Precisamente, el debate sobre la naturaleza del signo lingüístico en el *Crátilo* es el primer asunto teórico que recoge. Se ha observado que los autores que le han sucedido no se han formado una opinión tan crítica como la suya sobre el diálogo. «Divididas estuvieron las opiniones sobre si estas páginas de Platón-Sócrates están escritas en serio o en broma», observa Thomsen (cap. 2, pág. 21). Aclara a continuación su postura: «Se tiene más bien la impresión de que se trata sólo de parodiar, de burlarse del tono que se daba a la discusión de estos problemas en general». El juicio de Thomsen es una declaración de la incertidumbre que provoca la lectura del diálogo. Llega al convencimiento de que para Platón «se trata sólo de parodiar» unos razonamientos y «de burlarse del tono» con que abordaban la cuestión los sofistas.

Medio siglo más tarde, Hans Arens publicó una compilación de textos de la lingüística (1955), que como indicaba el subtítulo cubría «desde la antigüedad hasta nuestros días». En la presentación de fragmentos del *Crátilo*, Arens se muestra escéptico sobre el valor de sus razonamientos. Se pregunta con qué recursos lingüísticos se pretendía interpretar la realidad de las cosas. Se refiere a la etimología y al simbolismo fonético como instrumentos de la teoría naturalista del lenguaje. Sin conocimiento histórico, sin registros fiables, «¿cómo se podría llegar al significado *real*, *justo*,

verdadero de la palabra?», insiste Arens (1955, pág. 19). Concluye con un juicio severo:

> «Este rompecabezas, que ofrecía enormes posibilidades a la fantasía y a la habilidad dialéctica, persiguiendo su finalidad, dirigida a la cabalística invención de la verdad (etimología) conducía al absurdo».

En suma, Arens se muestra tan crítico como Thomsen, pero también distingue dos méritos de consolación en el diálogo. Son la «constatación de la complejidad» de las palabras y, al mismo tiempo, el hecho de que los personajes reconozcan implícitamente la incapacidad para distinguir sus elementos.

2. Cambio al paradigma axiomático

La sintonía de Thomsen y Arens responde a una afinidad más amplia, que es su participación en el paradigma histórico-comparatista. Se interesan por la evolución y la tipología de las lenguas, de ahí que en la historia antigua ni el mismo nombre de Platón es una razón suficiente para asignarle un puesto de honor. Pero un cambio de paradigma se produce a partir de los años sesenta del siglo XX. El estructuralismo y el generativismo toman el relevo en la cabecera de las investigaciones historiográficas y conciben de un modo diferente el diálogo de Platón. Lo ponen en valor porque debate sobre un principio fundamental para este paradigma axiomático, la teoría del signo lingüístico.

El historiador representativo de este nuevo período es Robert Henry Robins. En dos etapas de su obra se puede apreciar la inflexión que toma su análisis. Hallamos una postura afín aún a

los neogramáticos en su primera publicación, *Ancient & mediaeval grammatical theory in Europe* (1951). Dos párrafos bastan para comentar el diálogo, del que concluye que la controversia entre naturalidad y convención no se limitó al estudio del lenguaje, sino que «se trató como un tema filosófico» (1951, pág. 7). Para remediar la concisión con que Robins trata del diálogo, remite a la magna obra de H. Steinthal sobre la filosofía del lenguaje (1863), que tiene por una referencia magistral.

Ya en su segunda época, R. H. Robins publicó en 1967 su manual sobre historia de la lingüística, *A short History of Linguistics*. Hay muchos manuales de la disciplina, pero el de Robins ha sido el más influyente y representativo. Pues bien, la diferencia con su trabajo anterior no estriba tanto en la ampliación del período de estudio, que alcanza aquí hasta el siglo XX, sino en la perspectiva que aplica. Robins incorpora los criterios del paradigma axiomático. Sobre el tema que nos ocupa, observamos que se refiere al *Crátilo* en diversos pasajes de su manual. Lo hace con juicios contrapuestos, que manifiestan aspectos positivos y negativos. En una mención inicial destaca como positiva su especialización en «cuestiones lingüísticas, aunque en algunos aspectos de su contenido es decepcionante» (1967, pág. 25). Este enunciado resume la contradicción que padece el historiador al apreciar valores y deméritos en la obra platónica.

Sostiene Robins que el *Crátilo* es una consecuencia y también el testimonio de la controversia entre naturaleza y convención, de larga tradición en el pensamiento griego. Su efecto doctrinal fue una copiosa disquisición sobre la etimología entre los sofistas. «Esto trajo como consecuencia —señala Robins— que con toda seriedad se propusieran etimologías caprichosas, algunas de las cuales aparecen en el *Crátilo* de Platón» (1967, pág. 32). Aquí Robins aplaude la intención de Platón, que actúa «con toda serie-

dad», si bien critica que carezcan de valor sus explicaciones. En definitiva, Robins considera censurable que el debate no conduzca «a ninguna conclusión definitiva» (1967, pág. 28). Pero también valora como muy productivo el efecto de la discusión, en el sentido de que establece como asunto filosófico la naturaleza del lenguaje.

El interés de esta interpretación es notable si se contrasta con aquella tan lacónica que el mismo historiador daba en su obra anterior, la de 1951. La comparación de estas dos interpretaciones pone de relieve el cambio de paradigma en poco tiempo —tres lustros— de un mismo autor, aquel que ha llegado a ser la referencia de la lingüística. Muestra el paso del paradigma de la neogramática al del estructuralismo y ejemplifica un campo de estudio útil para el conocimiento de la doxografía histórica.

3. Leroy y el guión canónico

En un sentido similar a la segunda interpretación de Robins, se había manifestado tres años antes Maurice Leroy (1964, pág. 15). Leroy es el autor de *Las grandes corrientes de la lingüística*, con la que se inicia la saga de obras de historia de la lingüística que nacen bajo el paradigma axiomático. Ejerce una influencia notable, ya que establece las líneas de interpretación del *Crátilo*, con un guión canónico que sigue la historiografía hasta los años noventa. Para mostrarlo enunciamos los cinco rasgos de su interpretación, ilustrados con citas alusivas (Leroy, 1974, pág. 15).

Tradición sofística del debate: «La gran cuestión debatida entre los sofistas y los filósofos antiguos consiste en saber si el lenguaje ha sido creado por naturaleza o es resultado de una convención».

Naturalismo de Platón: «Sabido es cómo Platón, cuyas preferencias, indudablemente se orientaban a la teoría de la justeza natural de las palabras, volvió a presentar, después de muchos otros, el problema en su *Crátilo*».

Magnífica exposición con ausencia de conclusión: Platón «expone con virtuosismo las tesis expuestas, guardándose, sin embargo, de llegar a una conclusión neta a favor de una o de la otra».

Dificultad interpretativa y sobrevaloración de las etimologías: «Este diálogo, cuya interpretación a menudo ha parecido difícil, ha desconcertado a los modernos, que generalmente atribuyen demasiada importancia a la parte central, la que está dedicada a las etimologías».

Elogio y afinidad del estructuralismo: el diálogo esboza «algunas tesis (relación de significante y significado, arbitrariedad del signo, valor social del lenguaje) que son otras tantas posiciones esenciales de la lingüística contemporánea».

Estos cinco rasgos componen un guión que se asume en las obras posteriores a Leroy. Se admite la tradicionalidad del debate y se manifiesta que la propiedad de las palabras forma parte del espíritu de la época. Pero no se indaga en las aportaciones de presocráticos y sofistas ni, lo que es más importante, en los fines de esa búsqueda. También se sugiere la sutil querencia de Platón por la naturalidad de las palabras, como un recurso débil o secundario para interpretar el sentido del debate. Esto es lo que afecta a los dos primeros rasgos, que refieren la tradición cultural y el naturalismo platónico.

Más importante es lo que sigue, puesto que el empeño de los historiadores se centra en los tres últimos rasgos, que son el virtuosismo expositivo, la interpretación y el valor de la obra. El resultado es desigual, porque donde más se aplican los lingüistas es en la capacidad expositiva de Platón. Se ocupan del detalle de la argumentación sobre la mímesis sonora o simbolismo fonético

y sobre la etimología, pues en este campo los comentaristas se sienten en su exclusivo dominio.

El lector halla extensas explicaciones sobre los razonamientos de Sócrates a propósito de los efectos de los sonidos y de las suposiciones sobre el origen de los nombres. No obstante este esfuerzo, el resultado es desconcertante. Es difícil justificar un volumen tan considerable de ejemplos, como se aducen en el *Crátilo*, para un balance tan incierto y limitado. Todos los comentaristas coinciden en el reconocimiento de una dificultad insalvable, a saber, que el sentido del diálogo es dudoso, si bien ello no es obstáculo para que la valoración sea positiva.

También coinciden los historiadores en la declaración de la obra como referente de la lingüística, por lo que la incluyen en el canon historiográfico. Más concretamente, reconocen el interés de esa obra como primera y sobresaliente discusión sobre el signo lingüístico. Hasta aquí hemos señalado las interpretaciones de los autores que han ejercido liderazgo en la historiografía lingüística, V. Thomsen, H. Arens, R. H. Robins y M. Leroy, en los que se aprecia una correspondencia con las etapas fundacional y axiomática.

4. La perspectiva filosófica

Antes de constituir un capítulo de la lingüística, el diálogo *Crátilo* ya había sido objeto de estudio de la filosofía. El exégeta más famoso en la antigüedad es Proclo, el diádoco, que impulsó en el siglo V d. C. la influyente escuela neoplatónica. No ha de extrañar que el *Crátilo* sea el motivo central de los estudios neoplatónicos. Vinculan esta obra a una postura teológica sobre el origen divino del lenguaje.

El filósofo Proclo redactó al respecto unos escolios que han perdurado hasta nuestros días. Su texto se inicia con esta definición del tema del diálogo:

> «El objeto del *Crátilo* es mostrar la actividad fecunda de las almas en los últimos seres y la potencia asimiladora que muestran, una vez la han obtenido en esencia, a través de la corrección de los nombres».

Con sobreentendidos teológicos, en este preámbulo el redactor (Proclo, 1-5, pág. 65) se refiere al alma como entidad eterna que tiene actividad temporal. Las palabras son el instrumento de mediación entre los dos mundos del alma, el eterno y el material de cada vida. Se considera que la capacidad del alma es proyectar las formas intelectivas en la materia y cooperar en la demiurgia universal de la divinidad (Ritoré, 1992, pág. 27). En consecuencia, aduce Proclo, el objeto del *Crátilo* es examinar las propiedades manifiestas en los nombres de las cosas. La pervivencia de Proclo es merecida porque su exégesis también enseña los principios de la interpretación textual y muestra cómo conciliar el pensamiento platónico y el aristotélico de manera práctica.

El interés de los filósofos por el *Crátilo* ha continuado hasta la actualidad con un vigor inusitado. Es elocuente a este respecto el inventario de H. Cherniss (1959, págs. 75-79) de las monografías sobre el diálogo platónico aparecidas a mediados del siglo XX. Pues bien, Cherniss reseña treinta y cuatro estudios de primer orden, que se publicaron en revistas y colecciones de filosofía entre los años 1950 y 1957. Esta abundante producción es congruente con diversidad de puntos de vista entre los investigadores. A la par, proclama que el debate sobre el sentido del diálogo es apasionante porque sigue abierto. No obstante, si tomamos en consideración obras a partir del último cuarto de

siglo (Weingartner, 1973; Soulez, 1991; Barney, 2001; Dixsaut, 2003), cabe apreciar unos puntos en común muy significativos:

- El lenguaje como problema: *Crátilo* no es el único diálogo que trata del lenguaje, pero sí es el único que lo considera como problema para el conocimiento.
- El tema del debate excede al lenguaje: el lenguaje o, más concretamente, la naturaleza de las palabras no es el motivo de la discusión. Si bien este asunto aparece en primer plano, resulta un recurso para plantear cuestiones sobre el conocimiento y sobre la realidad. La obra responde, pues, a un tema anfibio o no declarado.
- La unidad de los diálogos: la interpretación de *Crátilo* no se agota en el propio diálogo. Hay necesariamente una unidad entre los diálogos, que está determinada por la época de la escritura —probablemente una de las primeras, en el caso de *Crátilo*— y por las soluciones que se aducen. La fortaleza de la tesis de la unidad se manifiesta, por un lado, en la incertidumbre que arroja una interpretación aislada y, por el otro, en el pensamiento de Platón como un ciclo que se expresa en obras concatenadas.

Estos son los tres puntos de acuerdo entre los historiadores de la filosofía. Sin embargo, ello no evita otras cuestiones controvertidas. De la cuarentena de diálogos de Platón, ¿cuáles son los que forman con *Crátilo* una unidad doctrinal? Por la época de redacción, *Crátilo* se incluye entre los escritos de transición de la juventud a la madurez. Si en la primera se ha ocupado de temas de ética, en esta otra trata del conocimiento como recuerdo o reminiscencia y de la filosofía del lenguaje. Se suele atribuir a esa época *Gorgias* , *Eutidemo* o *Crátilo*, entre otros títulos.

Pero los historiógrafos difieren no solo en la adscripción de las obras a cada una de las cuatro épocas, sino también en la vinculación de otros diálogos al *Crátilo*. Hagamos mención de las contribuciones al debate que han formulado por separado M. Dixsaut, R. Weingartner y A. Soulez. Para Monique Dixsaut (2003, pág. 52-62), la continuidad se halla en el *Eutidemo*, un diálogo de la misma época y de un sentido también ambiguo, que trata de las aporías del lenguaje. *Eutidemo* es una crítica de la erística o arte sofístico del debate como arma de imposición de una postura.

Para Rudolph Weingartner (1973) es fundamental la tesis de la unidad de los diálogos platónicos, un principio que declara en el propio título de su libro: «The Unity of the Platonic Dialogue». Aun añade en el subtítulo las obras que considera solidarias: *Crátilo*, *Protágoras* y *Parménides*. La intención de Weingartner es descubrir los efectos de la teatralidad del diálogo en tres obras disimilares. Su exposición no se atiene a una afinidad temática, sino a un proceso de creación doctrinal. En el *Crátilo* los personajes debaten sobre el lenguaje, en *Protágoras* tratan de la virtud y en *Parménides*, de la teoría del conocimiento.

Digamos finalmente que Antonia Soulez es la autora de *La grammaire philosophique chez Platon* (1991), una de las obras más sugestivas desde nuestro punto de vista. Se aparta de las discusiones sobre la retórica y el discurso, para centrarse en los aspectos formales del lenguaje. Analiza con detalle dos diálogos, el *Crátilo* y *El sofista*, que vincula de manera irrefutable. Para Soulez estas obras fundan una teoría del lenguaje. Con el *Crátilo* Platón desmantela la hipótesis de la mímesis o naturalidad de las palabras y cierra la vía de la exploración del léxico. A su vez, con *El sofista* aporta una semántica del enunciado que sitúa el debate en las categorías lógicas.

5. El programa de Platón

Los lingüistas suelen estar advertidos de las interpretaciones que se forman los filósofos sobre el diálogo de Platón. Sin duda reconocen en el análisis de los filósofos la grandeza de su perspectiva, que resulta extensa, específica, a la medida de la producción platónica. No obstante, este magisterio historiográfico resulta tan amplio y copioso que supera los propósitos de la lingüística y llega a parecer poco significativo. A esta dificultad se ha de añadir una paradoja y un dilema.

La paradoja es la siguiente. La tesis de los filósofos es que el *Crátilo* no tiene por objeto discutir sobre el lenguaje, sino sobre la dialéctica y sus herramientas —entre las cuales no se incluye la designación de las cosas, sino la atribución o formación de juicios. Ello contradice la interpretación canónica en la lingüística, que toma el diálogo por una discusión literal sobre el tema que explícitamente plantean los protagonistas. Queda en entredicho, por lo tanto, el interés de la lingüística por esta página de su historia.

Ahora bien, si se acepta la postura de la filosofía en la lingüística, se debe escoger entre dos opciones. Cabe prescindir del diálogo y suprimir este capítulo tradicional en su historiografía. Se reconocería así que el *Crátilo* es un mito. También se puede introducir un giro en el análisis lingüístico, al asumir el procedimiento contextual de la filosofía. El análisis contextual comporta, en este caso, reconocer la unidad de los diálogos platónicos y examinar con cuidado el trasfondo histórico de la sofística. En ello consiste el dilema, que plantea un escenario difícil porque cualquiera de las opciones comporta un cambio de orientación.

En la historiografía lingüística no se ha expresado aún de manera clara esta situación paradójica. No obstante, cabe distinguir cambios sutiles y significativos en las etapas recientes. Los

historiadores de los años sesenta y setenta consideraban que el *Crátilo* era una obra desconcertante, por ambigua y contradictoria. Pero también la calificaban de plenamente acertada, por el enfoque del problema del lenguaje y su relación con la realidad. A los elogios de esta etapa axiomática ha seguido otra que reconoce en el *Crátilo* un papel parcial. Cubre solo una parte de la argumentación platónica, que completa con otros de sus textos. El cambio consiste en considerar no ya el diálogo, sino el repertorio platónico del que forma parte. Con ello se perfila de nuevo un horizonte abierto, que resulta difícil de acotar e imposible de recorrer en una historia general.

La función del diálogo es congruente con la mayéutica socrática. Así, el programa de Platón consta de dos fases argumentativas. La inicial es de crítica o refutación de ideas mal concebidas —por ejemplo, la idoneidad del lenguaje como medio de conocimiento— y el consiguiente despiece de un modelo de pensamiento. A esta estrategia argumentativa se refiere Soulez (1991, pág. 36) e identifica el diálogo *Crátilo* como el que opera en la primera fase. Si consultamos una fuente prestigiosa de la lingüística como es Coseriu (1977, nota 11, pág. 23), señala que la naturalidad o convencionalidad del signo lingüístico resulta irrelevante para el enunciado científico de Platón. Estos autores coinciden en que el lenguaje es, en consecuencia, un instrumento diacrítico que faculta para distinguir las cosas, pero que no permite comprenderlas directamente.

Acaba finalmente el diálogo entre Hermógenes, Crátilo y Sócrates. Los personajes se despiden y se cierra así una confusa discusión. A pesar de las dificultades para interpretarlo, el diálogo tiene un sentido cierto. En *El sofista* Platón inicia la segunda fase del programa epistemológico. La clave del conocimiento no son los nombres sino el discurso, puesto que la verdad no se ha de

buscar en la propiedad de los nombres, sino en el movimiento de la frase. El logos permite un ejercicio de interrogación y de respuesta, de indagación sobre la realidad y el ser. Hablar con verdad no es denominar justamente, sino operar la atribución apropiada. No es pulsar el léxico, sino la sintaxis. No es disputar sobre opiniones ni frecuentar la erística, sino tratar del ser mediante la ciencia de la dialéctica.

El instrumento de la epistemología es la atribución y la predicación. Mediante *El sofista* Platón desdeña la discusión sobre el signo lingüístico. A continuación, con *Teeteto* imprime un giro hacia la lógica de las categorías. De la realidad se puede predicar que es o no es, que resulta parecida o diferente, que está en reposo o en movimiento y que es única o múltiple. Tal es el camino que abren estos diálogos críticos, ya en la última época de Platón. Ello sucede después de que el *Crátilo* haya mostrado la imposibilidad de emplear las palabras como una prueba directa de la naturaleza de las cosas. La discusión sobre el signo lingüístico —un legado de la sofística— no ha podido ocupar el lugar de la filosofía y la lógica. De este modo se completa el programa de Platón.

6. Frente a los sofistas

La historia del pensamiento distingue de modo tajante un corte doctrinal con Sócrates. Lo hace con los términos que designan las eras socrática y presocrática. Sigue de este modo el camino marcado por la interpretación de la tradición. Según esto, Platón es la gran figura de corte en el tiempo histórico y el filósofo mejor conocido de la antigüedad. La razón de la continua transmisión de Platón se explica por la adhesión doctrinal de las escuelas neopla-

tónicas y de la patrística cristiana (Dixsaut, 2003, pág. 14). Proclo, el destacado neoplatónico, tomó el *Crátilo* como punto cardinal del pensamiento platónico. Su exégesis impulsó la recepción del diálogo como discurso teológico y la cadena de transmisión ha perdurado hasta la fundación de la historia de la lingüística.

Retrocediendo en el tiempo, cabe anotar que un primer apunte sobre la naturaleza de la lengua ya aparece en Homero. Precisamente, el *Crátilo* incluye una referencia a los versos homéricos, que atribuyen el uso de denominaciones distintas a los dioses y a los hombres. En las palabras del poeta se lee la creencia en el origen divino del lenguaje. Entre la tradición homérica y el diálogo de Platón se desarrolla el prodigio de la escuela sofística. Los sofistas lograron renovar de raíz la filosofía y situar el estudio del ser humano en el centro de su proyecto, una de cuyas consecuencias fue el interés por el lenguaje. Se ocuparon de los recursos persuasivos y los géneros discursivos, así como de etimología y elementos gramaticales, con los que fundaron un movimiento de reflexión sobre el lenguaje. La sofística tuvo efectos contradictorios, porque exhibió la fragilidad del discurso y, al tiempo, proclamó la utilidad del metalenguaje de la retórica para perseguir su rectitud.

La crítica de Platón a sus coetáneos fue frontal. Juzgó el sentido de la sofística como un repliegue, una clausura en torno al discurso. Vituperó una filosofía aparentemente empequeñecida por intereses en el léxico y la sintaxis, en los argumentos verosímiles y espectaculares, en las apelaciones a relatos y las pulsiones emotivas. Como se colige de lo expuesto, en ese punto intervino la escritura platónica con el diálogo *Crátilo* para desestimar la filosofía del lenguaje. Sea mérito o demérito, se tiene a este mítico diálogo de *Crátilo* por uno de los de más difícil interpretación de la producción de Platón. Las tesis naturalista y convencionalista están perfiladas con claridad. Por su parte, la extensa exposición

de ejemplos sugiere el aprecio de Platón por la etimología. Pero el tono ambiguo y moderadamente humorístico de Sócrates sugiere al lector moderno que Platón está desacreditando la lengua como vía de conocimiento de la realidad.

En la antigüedad se entendió el debate de *Crátilo* en su literalidad. También se ha entendido así en buena parte de los estudios de lingüística. La historiografía lingüística pugna por superar el anacronismo de su lectura aislada y literal. La dificultad estriba en que Platón es el autor del mito fundacional de la lingüística. El capítulo de *Crátilo* en los manuales satisface la aspiración de contar con la contribución del filósofo más influyente de todos los tiempos. Por añadidura, permite establecer una línea divisoria entre las fuentes literarias de la antigüedad y la reflexión filosófica, entre mito y logos.

Se ha vinculado el debate cratiliano a la teoría del signo lingüístico o, generalizando, la Grecia clásica al estructuralismo. En definitiva, se ha identificado la tradición filosófica con el paradigma de la lingüística axiomática. La consecuencia es que se ha acogido y celebrado el legado platónico erróneamente, sin atender a su contexto ni propósito. Sin embargo, su valía es patente. Se halla en la unidad de los diálogos y en la ironía del programa platónico. Esta complejidad deslumbra, hasta el punto de que cuesta apreciar cómo excede del ámbito del lenguaje y cómo eclipsa el legado de la sofística. Veremos si, por fin, los lingüistas se liberan del anzuelo que con tanto arte aparejó Platón.

Bibliografía

Arens, Hans (comp.) (1955). *La lingüística: sus textos y su evolución desde la antigüedad hasta nuestros días*. Madrid: Gredos (1976).

Barney, Rachel (2001). *Names and nature in Plato's Cratylu*. Londres: Routledge.

Barthes, Roland (1967). «El discurso de la historia». En: Roland Barthes. *El susurro del lenguaje* (págs. 163-177). Barcelona: Paidós (1987).

Cherniss, Harold (1959). «Plato (1950-1957)». *Lustrum*, 4 (págs. 5-308).

Coseriu, Eugenio (1972). *Die Geschichte der Sprachphilosophie von der Antike bis zur Gegenwart: eine* ***Übersicht.*** Tubinga: G. Narr (1972).

Coseriu, Eugenio (1977). *Tradición y novedad en la ciencia del lenguaje: estudios de historia de la lingüística,* Madrid: Gredos (1977).

Dixsaut, Monique (2003). *Platon: le désir de comprendre***.** París: Libraire philosophique J. Vrin.

Leroy, Maurice (1964). *Las grandes corrientes de la lingüística*. México y Madrid: Fondo de Cultura Económica (1969).

Leroy, Maurice (1966). «Etimologie et linguistique chez Platon». *Butlletin de la clase de lettres* (n.º 14, págs. 121-152).

Platón (ca. 360 a. C.). *Crátilo*, en *Diálogos. Obra completa en 9 volúmenes. Volumen II: Gorgias. Menéxeno. Eutidemo. Menón. Crátilo*. Traducción e introducción de J. L. Calvo (págs. 358-455). Madrid: Editorial Gredos (2003).

Proclo (ca. siglo V). *Lecturas del Crátilo de Platón*. Madrid: Akal (1999).

Ritoré Ponce, Joaquín (1992). *La Teoría del nombre en el neoplatonismo tardío: traducción y análisis de los escolios XVI, XVII y LI del Comentario al Crátilo de Proclo***.** Cádiz: Universidad de Cádiz.

Robins, Robert H. (1951). *Ancient & mediaeval grammatical theory in Europe, with particular reference to modern linguistic doctrine*. Port Washington (N. Y.): Kennikat Press.

Robins, Robert H. (1967). *Breve historia de la lingüística*. Madrid: Paraninfo (1974).

Soulez, Antonia (1991). *La Grammaire philosophique chez Platon***.** París: PUF.

Steinthal, Heymann (1863). *Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römern mit besonderer Rücksicht auf die Logik*. Berlín: F. Dümmler's Verlagsbuchhandlung.

Thomsen, Wilhelm (1902). *Historia de la Lingüística*. Madrid: Labor (1945).

Weingartner, Rudolf H. (1973). *The Unity of the Platonic dialogue: the Cratylus, the Protagoras, the Parmenides***.** Indianápolis (N. Y.): The Bobbs-Merril Company.

Capítulo V

Aristóteles y el lenguaje como felicidad

1. Aristóteles, una anomalía de la historia de la lingüística

Los historiadores de la lingüística han incluido, sin excepción, la figura del filósofo Aristóteles (384-322 a. C.) en el relato que componen los manuales de la historia de la lingüística. Es evidente la conveniencia de su inclusión en el repertorio de autores que han hecho contribuciones magistrales sobre el lenguaje. Las obras generales o manuales de historia de la lingüística suelen ofrecer una exposición atenta a los episodios que se suceden desde el mundo clásico hasta la actualidad, generalmente presentadas como un continuo. Representan, para ser precisos, una continuidad de discontinuidades que enhebra «la continuidad de la teoría lingüística occidental desde los tiempos más primitivos hasta la actualidad», como describe Robins (1968, pág. 14).

En el guión histórico, si nos atenemos a los autores de la antigüedad, aparecen Platón, Aristóteles, los estoicos, Dionisio de Tracia, Varrón, Apolonio Díscolo, Donato y Prisciano, entre otros nombres, tratados con el detalle que cada historiador considera conveniente. Esta relación de autores articula dos etapas doctrinales, puesto que Platón, Aristóteles y los estoicos analizan los aspectos dialécticos del discurso, mientras que los siguientes —Dionisio de Tracia, Varrón, etc.— se ocupan de los rasgos gramaticales. Los estudios de los primeros alimentan un paradigma epistemológico o del signo lingüístico y, los otros, el paradigma analógico o gra-

matical. Esta matización conceptual nos alerta sobre la aparente continuidad de las ideas lingüísticas. Y nos persuaden del interés de conocer cómo se ha tratado la figura de Aristóteles en manuales de las diversas etapas en que se ha escrito la historia de la lingüística. Este examen ilustra sobre la concepción que de Aristóteles tienen los siguientes historiadores. En orden de aparición, estos son W. Thomsen (1902) y H. Arens (1955), que pertenecen a la etapa inicial de la historia de la lingüística. Luego están M. Leroy (1964) y R. H. Robins (1967), que mantienen una clara afinidad entre sí. Finalmente, en una tercera etapa, son relevantes los nombres de R. Harris, T. J. Taylor (1989) y V. Law (2003).

Las exposiciones de estos autores forman un archivo historiográfico significativo e interesante por dos razones. En primer lugar, revela un aspecto de la historia de la lingüística como proceso de interpretación de las fuentes primarias. Su lectura permite apreciar el cambio de opinión que se produce en el transcurso de las etapas en que se ha escrito la historia.

En segundo lugar, el análisis del archivo sobre Aristóteles permite considerar el conocimiento y la valoración que ha tenido la lingüística de esta figura universal de la filosofía. La cuestión que surge de un balance de este tipo es una paradoja. El reconocimiento que se rinde a un filósofo tan celebrado encubre, sin embargo, un conocimiento poco satisfactorio sobre su aportación a las ciencias del lenguaje. El estudio de obras generales de historia de la lingüística puede demostrar que en ocasiones la descripción del pensamiento de Aristóteles se ha sostenido sobre tópicos de escasa entidad o en una lectura apresurada y parcial de sus obras. De confirmarse esta hipótesis, el estudio de Aristóteles no solo puede cambiar la perspectiva con que se le ha considerado, en ocasiones de manera contradictoria, sino también ser útil para revisar aspectos más amplios de la historiografía de la lingüística.

2. Figura incomparable

La referencia a Aristóteles como una figura incomparable, tal como se expresa en el epígrafe, no constituye tanto un elogio, innecesario porque es de conocimiento general, cuanto la observación de que su obra tiene unas características singulares que le sitúan fuera del orden general de autores de que trata la lingüística. El reconocimiento de su categoría nos advierte de la particular diligencia que conviene adoptar para relacionar su pensamiento con la historia de la lingüística. A pesar de ello, es posible que la lingüística le haya dedicado un tratamiento desatento y apresurado, como si su contribución fuera una más entre los clásicos que incluye en su repertorio.

El tratado de Werner Jaeger (1923) que se titula *Aristóteles* es una fuente imprescindible para conocer la dimensión del filósofo peripatético desde una perspectiva filológica. En él Jaeger relaciona la biografía del pensador con su obra, para presentarla no ya como un sistema cerrado sino como un proyecto dinámico de pensamiento. Le interesa al helenista alemán captar el desarrollo intelectual de Aristóteles, un proceso fascinante que ilustra sobre la vitalidad de la ciencia. Aristóteles (384-322 a. C.), de quien se sabe que ingresó en la Academia de Platón a los diecisiete años, había nacido en Estagira, una localidad de la Calcídica o Macedonia. De su padre, que era médico, se le ha supuesto —con la ayuda de la imaginación— una influencia en su inclinación experimental. Lo cierto es que a causa de la temprana muerte del padre y la madre quedó a cargo de Próxeno de Atarneo, un familiar que se ocupó de su formación retórica y de su traslado a Atenas para seguir las enseñanzas de Platón. Lo que impresiona a Jaeger es que Aristóteles permaneciera veinte años junto a Platón y que en ese período tan dilatado de formación viviera una transformación de la que surgió

un sistema propio, original y trascendente. El recorrido por ese proceso permite establecer a Jaeger un perfil alejado de la imagen estática y rígida que difundió la escolástica en la baja edad media y, actuando a la contra del aristotelismo, de nuevo propaló a partir del siglo XVII la filosofía de la ciencia.

A la muerte de Platón, Aristóteles contaba casi cuarenta años. Dejó la Academia y Atenas para instalarse en la ciudad de Misia, donde ejerció de consejero del gobernante, y luego en la isla de Lesbos. La llamada de Filipo II para que fuera el preceptor de su hijo Alejandro le ocupó durante siete años, hasta el ascenso al poder de su pupilo en el 338 a. C. Si bien sus enseñanzas no disuadieron a Alejandro de su designio imperialista ni le inclinaron hacia la vida intelectual, ese período como mentor supuso para Aristóteles la oportunidad de madurar su proyecto filosófico. A su vuelta a Atenas, convertido en un hombre influyente y acomodado, abrió escuela. Su centro educativo estaba cerca del templo de Apolo Licia, por lo que se llamó Liceo. En el Liceo desarrolló a lo largo de trece años, hasta el 323 a. C., su propio camino de enseñanza y de investigaciones empíricas. Murió un año después de cerrar el Liceo, lejos de Atenas, de donde había huido por la política contra los macedonios tras la muerte de Alejandro Magno. La pérdida de Aristóteles coincide con el inexorable declive de la polis y el inicio del helenismo.

Según Jaeger, la fidelidad a su maestro es la clave del largo y fructífero proceso de maduración del modelo aristotélico. Jaeger (1923, pág. 21) escribe lo siguiente a propósito del prodigioso periplo intelectual que recorrió Aristóteles:

> «Había aceptado las doctrinas de Platón con toda su alma, y el esfuerzo hecho para descubrir su propia relación con ellas llenó su vida entera y es la clave del desarrollo de su espíritu».

Comenzó asimilando e imitando a Platón, y acabó construyendo un modelo completamente distinto. Un proceso tan largo e intenso deparó a Aristóteles por primera vez en la historia, tal como apunta Jaeger, una visión de su posición en la historia del pensamiento. Obtuvo referencias de los filósofos presocráticos, pero fundamentalmente concibió su ubicación en correspondencia y, al mismo tiempo, como contraste con las figuras de Sócrates y Platón.

A la singularidad de esa perspectiva histórica se añade la multiplicidad de ciencias que crea o desarrolla. La fecundidad de Aristóteles se extiende a la política, la ética, la metafísica, la física, la astronomía, la biología, la lógica, la retórica y la poética. La mera relación de ramas del saber no basta para expresar que mediante la conexión entre ellas el Estagirita plasmó una contextualización del conocimiento. En definitiva, proyectó esas disciplinas sobre el horizonte común de la filosofía de la ciencia. Entre las especialidades que cultivó no figura ninguna afecta al lenguaje, si nos atenemos al contenido principal de sus obras. Ninguna de ellas desarrolla un tratado sobre el lenguaje, por lo cual se ha considerado que su trabajo era escasamente relevante para la lingüística. Un juicio así revela un conocimiento superficial de su obra, fruto de un ejercicio negligente de la labor de historiador.

El estudio de la obra aristotélica muestra dos razones para rebatir la postura que refiere un Aristóteles menor para la lingüística. Por un lado, muchas de sus obras destinan parte de su extensión a tratar del lenguaje, como sucede en la *Poética*, la *Retórica*, *Sobre la interpretación*, *Categorías* o *Acerca del alma*. Es más, según un punto de vista filológico, las tres primeras obras citadas pertenecerían de pleno a un grupo de tratados sobre el lenguaje. Por otra parte, como segunda razón, la

interpretación conjunta de estos tratados permite señalar una concepción lingüística de Aristóteles, que se dispone en tres niveles:

- teoría del signo,
- teoría de la representación,
- teoría de la ciudadanía.

La teoría del signo, que atañe al dominio de la lengua, expone la tesis convencionalista del signo y desarrolla los conceptos de análisis gramatical. Por su parte, la teoría de la representación, centrada en el análisis de las nociones de enunciado, silogismo y categorías lógicas, se ocupa de la filosofía del conocimiento. De estos dos niveles ha tratado la historiografía lingüística. Nuestro propósito es añadir un tercero, referido a la acción social de la persuasión y de la estética literaria como experiencia catártica, es decir, a la teoría de la vida ciudadana, la de las personas en sus interacciones públicas.

3. Teoría del signo

El tratado *Sobre la interpretación* se abre con una tesis original. Establece el principio de que el signo lingüístico funciona como una convención que reúne de manera arbitraria sonido y significado. «Lo que hay en el sonido son símbolos de las afecciones que hay en el alma», es decir, los significados, «y la escritura es símbolo de lo que hay en el sonido». Aristóteles sostiene con claridad la postura de que el signo lingüístico significa por convención. Este pronunciamiento, que contrasta con la ambi-

güedad del diálogo platónico *Crátilo*, es original y productivo, porque de él deriva un análisis de los componentes gramaticales. Por otra parte, disuelve las dudas que podía haber sembrado la postura de Platón sobre el escaso discernimiento de los clásicos, que parecían sordos ante la prueba de las lenguas para rebatir la naturalidad del signo.

Es sabido que la discusión que alienta Platón sobre *phýsis* o *nomos*, naturalidad o convención del signo lingüístico, obedece a una discusión mayéutica para desestimar la lengua como objeto de estudio. Aun así, la tentación de tomar al pie de la letra el mencionado debate ha oscurecido, a los ojos de la crítica, unas ideas que Aristóteles expone con meridiana claridad. «Así como las letras no son las mismas para todos, tampoco los sonidos son los mismos», sigue diciendo en *Sobre la interpretación*. Visto esto, al filósofo le importa señalar la identidad del pensamiento, de modo que si la variación lingüística afecta a la imagen sonora o gráfica de las palabras, no sucede así con las representaciones mentales:

> «Aquello de lo que estas cosas —sonidos o letras— son signos primordialmente, las afecciones del alma son las mismas para todos, y aquellas de las que estas son semejantes, las cosas, también son las mismas».

Con este enunciado el filósofo distingue entre lo que es diverso en las comunidades, esto es, el signo y su realización material, y lo que es común a todos, es decir, la representación y el conocimiento.

La consecuencia teórica del convencionalismo es que se concibe la lengua como un fenómeno de regularidades, que se estudia de manera analógica, es decir, por semejanzas y diferencias. El modelo analógico genera el conocimiento gramatical de las par-

tes del discurso. En el capítulo vigésimo de la *Poética*, Aristóteles enuncia los términos del estudio gramatical al referirse a las partes de la elocución. Esas partes son «elemento, sílaba, conjunción, nombre, verbo, artículo, caso y enunciación». Estos conceptos revelan la lucidez gramatical de Aristóteles y anuncian la disciplina de que es heredera la lingüística.

Por elemento entiende la unidad más simple que es el sonido o la «voz indivisible», en que distingue el sonido vocal, el semivocal o consonántico plenamente sonoro —como sigma, la fricativa alveolar— y el mudo o consonante que suena en compañía de vocal —como gamma, la oclusiva velar sonora. Al elemento o sonido primario le sigue la combinación sonora de la sílaba. A continuación distingue la conjunción y el artículo que son partes de la elocución sin significado léxico pero complementan la enunciación. A su vez, el nombre es «una voz convencional significativa y sin idea de tiempo», mientras que el verbo es «voz significativa con idea de tiempo». Por su parte, el caso, que se da tanto en el nombre como en el verbo, significa relación, singularidad o pluralidad.

Concluye la relación de las partes de la elocución con la unidad mayor, la enunciación. Es una producción discursiva, equivalente a la frase, como la proposición *Cleón camina*. También puede ser simplemente *Cleón*, porque «no toda enunciación consta de verbo y nombre». Es oportuno destacar que según Aristóteles la enunciación cubre tres funciones referenciales: posicional, atributiva y relacional. La función posicional, en *Cleón camina*, designa una realidad inmediata y en tiempo presente, un aquí y ahora existencial del sujeto. La función atributiva, en esa misma frase, significa que Cleón es caminante, de modo que vincula el sujeto a otra cosa, la de caminante. La última función relaciona y clausura los elementos en una unidad independiente sintácticamente y significativa por sí sola.

4. Teoría de la representación

La teoría de la representación supone pasar del ámbito de la lengua, diverso y regido por la convencionalidad del signo y la organización analógica de sus elementos, al del conocimiento, que es universal y mantiene una relación natural con la realidad. El principio que delimita los dos ámbitos, el de la lengua y del pensamiento, manifiesta que las palabras, a diferencia del discurso, no se adhieren al ser sino al significado. Las palabras significan, pero no se corresponden necesariamente con la veracidad ni la falsedad. En sintonía con la tesis que Platón defiende implícitamente en *Crátilo*, las palabras no son las depositarias de una verdad sino que lo es el discurso. En efecto, el discurso se adhiere al ser y manifiesta si algo es o no es, porque en un enunciado hay «composición», como indica Aristóteles. Es decir, que la verdad o falsedad se da si hay atribución o predicación de un término respecto de otro.

Las palabras *hombre* o *blanco*, argumenta el filósofo en *Sobre la interpretación*, significan un animal racional y un color, respectivamente, pero no son verdaderos ni falsos porque no se les «añade nada más», una afirmación que extiende a cualquier nombre o verbo. Un ejemplo que Aristóteles toma de la tradición inmediata, el ciervo-cabrío, una idea fantasiosa de animal, muestra los matices de esta distinción entre significar y representar la realidad. «El ciervo-cabrío significa algo, pero no es verdadero ni falso, a menos que se añada el ser o el no ser», escribe en el primer epígrafe de *Sobre la significación* (16a, págs. 17-18). El matiz de este ejemplo se cifra en que la denominación, incluso en el caso de una fantasía —como también lo sería el unicornio—, no conduce al conocimiento por sí sola. Necesita el enunciado, en el que se dice algo de un sujeto o de la realidad que designa.

El grueso de *Sobre la interpretación* está dedicado al enunciado y a sus clases. En total, a esta tarea se destina veintiuno de sus veinticuatro epígrafes. En esta extensa parte el lector halla distinciones lingüísticas de corte pragmático y dialéctico, un tipo de contenido que los historiadores de la lingüística no suelen reconocer como propio. Aristóteles presenta y analiza ahí el concepto de enunciado, en cuya definición se aprecia su vinculación a la representación.

> «Enunciado es un sonido significativo, cualquiera de cuyas partes es significativa por separado como enunciación, pero no como afirmación. Digo que *hombre*, por ejemplo, significa algo, pero no que sea o que no sea, aunque sería una afirmación o una negación si se añadiera algo» (16b, págs. 27-30).

El discurso se adhiere al ser, a la realidad, mediante los enunciados asertivos, aquellos que afirman o niegan algo de un sujeto. Esta teoría de la proposición está encaminada al conocimiento dialéctico de la realidad. En el grado más simple, el filósofo distingue entre estas variedades enunciativas de la afirmación y la negación:

> «Una afirmación es la aserción de algo unido a algo, y una negación es la aserción de algo separado de algo».

A ellas añade las aserciones de contradicción y de contrariedad. Las aserciones contradictorias son proposiciones que, al oponerse, se invalidan, mientras que las de contrariedad expresan una oposición particular.

De estos tipos de enunciado se extraen juicios sobre la veracidad o la falsedad de sus aserciones. Ahora bien, advierte Aristóteles, no todo enunciado es asertivo. Cita el ejemplo de la plegaria, que «es un enunciado, pero no es verdadero ni falso».

Con esa distinción apunta a lo que, pasados los siglos, se conoce pragmáticamente por juegos del lenguaje y actos de habla; en el ejemplo de la plegaria, el locutor realiza un acto directivo o expresivo, según se tome como petición o emotividad religiosa, pero no produce un acto representativo. Aristóteles separa de la dialéctica estos enunciados no veritativos o realizativos, puesto que los reserva para la *Retórica*, en su extenso libro tercero, y la *Poética*, entre los capítulos 20 y 23.

Los tratados de lógica aristotélicos cubren el análisis del discurso que tiene por objeto conocer proposiciones verdaderas. En concreto, la teoría del enunciado en *Sobre la interpretación* y las categorías lógicas en *Categorías*. Estas obras se atienen al principio de que el discurso está supeditado al ser, a la unidad. El ser es el garante de que no se afirme y se niegue una misma proposición. Desde el punto de vista de la lógica, afirmar y negar algo inmeditamente es inaceptable, como lo es que un atributo pertenezca y no pertenezca, a la vez y en idénticas circunstancias, a un mismo sujeto. Ontológicamente es imposible que se diga que una cosa es y no es. Con ello se establece que tras el discurso está la unidad. Y, tras la unidad, el ser.

En definitiva, el modelo del análisis lingüístico que realiza Aristóteles se puede enunciar del siguiente modo: la función del discurso, que no puede reclamar un estatuto de protagonista o ámbito final del análisis filosófico, es realizar un cometido instrumental. En lo que atañe a la dialéctica, el lenguaje es el instrumento que da paso a la aparición del ser, a la representación de la substancia. A su vez, la sustancia es la unidad ontológica que trasciende y supervisa el lenguaje.

Dicho de otro modo, el lenguaje es la vía que conduce al ser, a la realidad ontológica. Es una vía, un instrumento que habla de múltiples maneras del ser, según se desprende de la teoría de las

categorías. Se enuncia el ser de modo categorial como sustancia, cantidad, calidad, relación, posición, lugar, tiempo y acción, porque es multiforme. Ante la dificultad de expresar el ser, al lenguaje le corresponde un papel voluntarioso, el de perspicaz explorador de la realidad.

5. Teoría de la ciudadanía

La exposición sobre la teoría de la representación se refiere a la dialéctica y la construcción del conocimiento científico. Pero el conocimiento no concluye ahí, puesto que también surge de la creación social —como refiere la retórica— y la creación literaria —de la que trata la poética—, dos ámbitos fundamentales de producción social del discurso. La retórica constituye un metalenguaje de la persuasión que distingue tres tipos de discursos públicos o suasorios, el judicial, el epidíctico y el deliberativo. La alocución judicial, que se refiere a hechos del pasado, defiende o acusa a unos agentes mediante una argumentación sobre lo justo o injusto que va dirigida a un tribunal. En la alocución epidíctica o espectacular el orador asume la función de elogiar o censurar un asunto, a partir de lo que se considera bello, agradable o instructivo, para merecer la atención y la adhesión de una audiencia. La alocución deliberativa apela a una comunidad de iguales, como son los miembros de un Parlamento o de una hermandad, para persuadirles de que tomen un acuerdo en virtud de su utilidad pública o comunitaria.

A la distinción discursiva que introduce la retórica, con sus conceptos sobre las partes de una alocución y sus recursos de amplificación temática, se añaden las tres causas de la persuasión.

Se refieren a la sugestión de sentimientos o *pathos*, la firmeza de los argumentos o *logos*, y la credibilidad del orador o *ethos*. Aristóteles se inclina por las dos últimas causas, de las que extrae el concepto de *entimema*, la argumentación verosímil y adecuada a la ocasión, y los valores éticos de la prudencia, la veracidad y la benevolencia. Estos principios discursivos son afines a la perspectiva pragmática y cognitiva del lenguaje, en el sentido de que ofrecen interpretaciones de la actividad comunicativa a partir de unos enunciados teóricos textualmente breves y conceptualmente abiertos.

La vida ciudadana tiene un perfil político, que se desarrolla en auditorios diversos, como el tribunal, la fiesta oratoria, la concurrencia mercantil, el debate político y la sesión parlamentaria. La retórica incluye conocimientos de la lengua, la argumentación, la psicología, el protocolo, la estrategia y la controversia. En el modelo iniciado por los sofistas y modulado por Aristóteles, la retórica no es solo un programa de formación personal y un sistema educativo público. Además de técnica y de invención de recursos formales, proclama un plan ideológico, una concepción del ciudadano. Proclama el derecho de hablar en público o isonomía, al amparo de unas condiciones jurídicas de igualdad ante la ley y de unas normas que velen por la limpieza de la intervención. También proclama el derecho a formarse para conseguir una igualdad de oportunidades o *isegoria* en la acción pública. La educación o *paideia* no es un recurso para el ornato personal sino una condición para la concurrencia y un instrumento institucional de la movilidad social.

De manera correlativa a la retórica, la *Poética* estudia los géneros literarios del teatro y de la narración. En ella Aristóteles discurre sobre los efectos de la experiencia estética en la comunidad de los espectadores y en la purificación interior que le ofrece la asistencia a las actuaciones teatrales o la recitación de relatos

legendarios. El horizonte político de estas obras de Aristóteles se asienta en la convicción de dos principios inaugurados por la sofística. El primero es la supremacía del discurso sobre la fuerza. Las contiendas o debates socialmente constructivos e influyentes son discursivos. En cada alocución se ha de dejar un espacio mental al adversario, mediante el examen de los contrarios, como recomienda Aristóteles para elaborar una argumentación capaz. Esa presencia simbólica del otro, de la alteridad, en la exposición propia es esperanzadora, además de hacer más capaz la argumentación. Y el segundo principio se refiere a la necesidad de que el discurso sea de dominio público. Este requisito, opuesto al secreto y la arbitrariedad del poder, se refiere tanto a la acción comunicativa como a su valor simbólico, es decir, que esté disponible para la comunidad y que el conocimiento que entraña no se detraiga del conjunto social.

6. Fuentes aristotélicas

Un modelo teorético como el aristotélico no admite comparación con la de ningún otro filósofo de la antigüedad. Vemos algunas de sus características, referidas a las obras en que aparecen.

1) *Retórica*. La retórica es un metalenguaje sobre la comunicación pública, que trata de los géneros judicial, epidíctico y deliberativo. El mecanismo primario del discurso retórico es el entimema, un silogismo abreviado que parte de tópicos o afirmaciones parciales. El principio de la comunicación retórica es la verosimilitud, la argumentación que se vale de lo creíble porque parece verdadero. La finalidad de la retórica es examinar la forta-

leza del razonamiento ante una audiencia, para persuadir sobre la justicia, la belleza y la utilidad de cualquier asunto. Los valores de justicia, belleza discursiva y utilidad social corresponden, respectivamente, a los géneros judicial, epidíctico y deliberativo.

Si bien la persuasión es la clave fundamental de la *Retórica*, tradicionalmente llama la atención del lingüista el libro III de esta obra, que versa sobe la elocución. De ella destaca Aristóteles la acción o pronunciación, la claridad elocutiva, la selección de las palabras, la metáfora, los epítetos, la corrección y la variedad del estilo, ya incurra en la frialdad expresiva o en su contrario, la pomposidad, que se vale de imágenes o apela al patetismo. Este libro III desgrana otros aspectos discursivos, que se refieren al ritmo y la organización de la alocución, en una estructura seguida o periódica —por módulos—, como el exordio y el epílogo, y los recursos de amplificación, que se usan en la exposición y la narración. De este extenso esquema llama la atención que la metáfora y la analogía aparezcan de manera reiterada, en diversos apartados, insistencia que indica la importancia referencial y elocutiva que Aristóteles asigna a estos tropos.

2) *Organon*. El *Organon*, compendio formado por seis tratados de lógica, desarrolla la dialéctica, ciencia correlativa de la retórica. Aristóteles concibe ambas en estrecha comunicación, ya que «tratan de cosas que en cierto modo son de conocimiento común a todos y no corresponden a ninguna ciencia en particular» (*Retórica* I, 1354a). Esta definición desmiente la idea erudita e inabordable de la dialéctica, una postura que se reitera en los *Tópicos*. Sostiene Aristóteles que la dialéctica es útil para tres fines, «para ejercitarse, para las conversaciones y para los conocimientos de filosofía» (*Tópicos* I, 101 a 22). Los tratados del *Organon* son los siguientes:

- *Categorías*. Refiere aquello que se puede predicar de un sujeto, que es entidad, cantidad, calidad, relación, lugar, tiempo, posesión, actividad y pasividad. Estas categorías de lo real traslucen puntos en común con las categorías léxicas de la técnica gramatical que se desarrolla siglos más tarde.
- *Tópicos*. Aporta esquemas para la argumentación y refutación sobre cualquier tipo de asunto.
- *Sobre las refutaciones sofísticas*. Se especializa en el desenmascaramiento de las falacias o paralogismos.
- *Sobre la interpretación*. Expone un compendio lingüístico original y crítico con la tradición platónica. Establece la posición convencionalista del lenguaje y da paso al análisis gramatical de la proposición, con un voluminoso conjunto de términos: nombre, verbo, enunciado, aserción, afirmación y negación. Las explicaciones de *Sobre la interpretación* son las lecciones que conducen a los *Analíticos*.
- *Analíticos primeros*. Desarrolla el conocido —tan explotado por la escolástica— andamiaje de los silogismos.
- *Analíticos segundos*. Establece patrones para la demostración de argumentos y tesis.

3) *Poética*. En la *Poética* se trata del arte como fuente de exploración estética de la realidad y de purificación interior de los espectadores. El texto que ha perdurado estudia la tragedia y la epopeya como géneros poéticos de la representación y de la narración. La caracterización de los géneros adelanta los trabajos sobre el contexto y las modalidades discursivas de la lingüística del texto. El capítulo 20, que está dedicado a la elocución, pergeña el primer tratado gramatical. Al inicio Aristóteles anuncia su contenido:

> «Las partes de toda elocución son éstas: elementos, sílaba, conjunción, nombre, verbo, artículo, caso y enunciación».

Define estos conceptos primordiales de la gramática y se extiende a continuación, en el capítulo 21, sobre los efectos de la significación metafórica y, en el siguiente, sobre «la excelencia de la elocución», es decir, sobre los efectos estilísticos y normativos de la expresión. La *Poética* constituye una extensión de la *Retórica*, en el campo de la estética y la evocación de los sentimientos.

4) *Acerca del alma*. El tratado *Acerca del alma* se ocupa de los seres vivos y sus capacidades mentales y perceptivas. En el capítulo octavo del libro II se trata del sonido y de la voz, considerados en su producción y audición.

5) *Ética eudemia*. La teoría ética, desarrollada en *Ética eudemia*, presenta la felicidad como el bien supremo. Aristóteles atribuye a la acción —libro I, capitulo 8— la fuente de la felicidad, de lo que se infiere que el conocimiento y la comunicación son las fuentes principales de la felicidad, porque son actividades de indagación teorética, influencia social y relaciones personales que no están sujetas a la fortuna.

7. La recepción en el paradigma histórico-comparativo

Una vez esbozadas las ideas de Aristóteles sobre el lenguaje, importa conocer cómo ha valorado la historia de la lingüística su obra. El canon de la historiografía establece que el origen de la lingüística se halla en las reflexiones sobre las partes del enunciado de Platón, Aristóteles y los estoicos, pero también y especial-

mente en el programa filológico que funda la *Tékhnē grammatikē*, atribuida a Dionisio de Tracia en el siglo I a. C. Esta relación surge de una tradición historiográfica que se ha desarrollado a lo largo del siglo XX en tres etapas.

La etapa fundacional, asociada al comparatista Thomsen (1902), aporta la matriz de etapas, obras y asuntos. Le sigue otra de profusa actividad, la estructural, a partir de los años sesenta con el esplendor de la lingüística estructural y generativista como paradigma de las ciencias. Esta se ocupa de ampliar y también matizar el repertorio de obras que la etapa anterior ha inventariado (Leroy, 1964; Robins, 1967). Y le ha sucedido una tercera, la hermenéutica, que refina la metodología y se abre a una perspectiva de contextualización del pensamiento lingüístico. Su propósito es combinar los logros del programa filológico y del historiográfico como especialidad de la narrativa verídica.

Veamos en primer lugar la interpretación de la obra de Aristóteles en la etapa fundacional de la lingüística. Wilhelm Thomsen se ocupa brevemente de la obra de Aristóteles en *Historia de la Lingüística* (1902, págs. 24-25). Su interés se centra en dos aspectos, que son el signo lingüístico y las partes de la oración. Con ello atiende a dos perspectivas o paradigmas de la historiografía lingüística, el epistemológico o el signo lingüístico y el filológico o la descripción de la lengua. Es evidente que el afán sintético de Thomsen no solo reduce la perspectiva de la aportación aristotélica sino que compone un índice temático perdurable en la historia de la lingüística. Reduce la perspectiva, que sí era diversa y rica en el maestro de Thomsen, el filósofo del lenguaje Heymann Steinthal (1863, págs. 183-271). El discurso de Thomsen, constreñido por el plan de una exposición general, pues va de la antigüedad clásica al historicismo del siglo XIX, prescinde del paradigma de la retórica o del estudio del discur-

so en su acción política. Además de este adelgazamiento de la perspectiva, da cuenta de la teoría del signo de Aristóteles, de carácter convencional, y que a pesar de su originalidad y claridad sin parangón aparece como una mera tentativa en su tiempo y como un saber común en el nuestro. Varios siglos separan aquella tesis convencional en Aristóteles del signo de los gramáticos alejandrinos, entre los que intermedia de manera contradictoria el naturalismo de los estoicos. Thomsen describe la asunción del convencionalismo como una evolución que eclosiona con el traspaso que hacen los filósofos a los gramáticos de la cuestión de la analogía y la anomalía.

> «De los filósofos pasó la cuestión a los gramáticos propiamente tales, por quienes fue examinada y tratada con gran celo, y frente a la anomalía se alzó por la parte contraria como principio que señorea la lengua la analogía o tendencia niveladora» (Thomsen, 1902, pág. 31).

La concisión de Thomsen le lleva a dilucidar el carácter del signo lingüístico en una frase:

> «En la polémica sobre si el lenguaje procede de fisis o no, parece que sienta que las palabras reciben su significado por convenio» (Thomsen, 1902, pág. 24).

No se compadece esta titubeante afirmación del pensamiento aristotélico, que es claramente convencionalista al respeto del signo lingüístico. El extraordinario adelanto del Estagirita respecto de los alejandrinos y de la lingüística estructuralista se asume condescendientemente como una coincidencia que no merece comentarios. A Thomsen le interesa de Aristóteles las distinciones de las partes del discurso que establece, que son las del nombre, el verbo y las partículas o conjunciones, artículos y pronombres. Al compara-

tista le inquieta la doble adscripción de estos términos, que tanto se refieren a lo filológico como a la lógica, de modo que en este segundo ámbito se corresponden con los conceptos de sujeto, predicado y elementos de cohesión. En la cadena de maduración de la conciencia filológica, Thomsen anota ciertas distinciones que están presentes en la obra de Aristóteles. Son las nociones de caso, para lo que considera las flexiones de los nombres, y los tres géneros, masculino, femenino y neutro, que distingue de manera original según las desinencias del nominativo.

En esos escuetos términos podemos resumir la glosa que hace W. Thomsen de la filosofía del lenguaje de Aristóteles. Medio siglo después, el análisis que hace Robert Henry Robins en *Ancient & mediaeval grammatical theory in Europe* (1951, págs. 19-24) no difiere del guión que aportó el fundador de la historia de la lingüística. Robins hace un meticuloso repaso de las especificaciones gramaticales de Aristóteles, relativas a las partes del discurso del nombre, el verbo y la conjunción. Reconoce que los apuntes gramaticales del filósofo griego carecen de unidad, puesto que aparecen dispersas en su ingente obra, pero considera que en la contribución de Aristóteles se halla el «epítome de sus predecesores» (Robins, 1951, pág. 19). A esta condición de síntesis de su tiempo, que le priva del reconocimiento de una personalidad singular, Robins añade un elogio relevante. Distingue en sus comentarios gramaticales cierta afinidad con la lingüística por los matices del análisis aristotélico. No obstante ello, «su método gramatical estaba supeditado al método lógico», objeta Robins (1951, pág. 23), un juicio incontestable, pero también improcedente porque por aquel entonces no se vislumbraba el conocimiento gramatical como un saber científico. Y añade a esa crítica la observación de la fragmentación y heterogeneidad de los apuntes aristotélicos.

> «En su tratamiento disperso de cuestiones gramaticales en sus múltiples obras —escribe Robins— hay una mezcla y superposición de una clasificación intralingüística o formal y otra extralingüística o nocional» (Robins, 1951, pág. 23).

Estas limitaciones, como manifiesta Robins en su conclusión sobre Aristóteles, dificultan la tarea del historiador para captar con claridad su concepción gramatical.

El enfoque de Robins consiste, como indica el colofón del título de su libro de 1951, *With particular reference to modern linguistic doctrine*, en relacionar la historia del pensamiento con la lingüística estructural. El balance de su búsqueda en la obra aristotélica es poco halagador. Cuatro años después, aparece la voluminosa compilación de textos sobre historia de la lingüística de Hans Arens, *La lingüística: sus textos y su evolución desde la antigüedad hasta nuestros días* (1955). El mérito de Arens radica, además de elaborar la selección, en comentarlos con concisión y en ampliar el contenido en la edición de 1969*:* los trabajos de Robins y Arens tienen en común, a diferencia del ensayo propedéutico de Thomsen, la libertad material para tratar de Aristóteles. A pesar de ello, el espacio que le dedican es escaso, un rasgo que se corresponde con el valor que le atribuyen.

Arens (1955, págs. 26-31) recoge el fragmento de la *Poética* en que describe los elementos de la elocución, que son los sonidos, la sílaba, el nombre, el verbo y la palabra de enlace o conjuntiva. El compilador observa que en esos apuntes Aristóteles «no consideró la lengua ni mucho menos como gramático». Su propósito, como reconoce Arens, se centró en la lógica y la poética, dos ámbitos que supeditan lo lingüístico a la argumentación y a la comunicación, respectivamente. Desde el punto de vista de la lógica, el lenguaje es discurso, «forma verbal del juicio como expresión del pensamiento», constituida por sujeto, predicado

y conjunciones (Arens, 1955, pág. 26). Y desde el punto de vista de la poética, el lenguaje es variación estilística mediante géneros y recursos literarios. Como sea que Arens no considera relevante para su compilación la contribución del Estagirita en lógica, poética y retórica, su conclusión es escueta y negativa: «Aristóteles representa un avance muy pobre con respecto a Platón» (Arens, 1955, pág. 31). Parece razonable observar que el prestigio de Aristóteles en la historia de la filosofía no se corresponde en absoluto con el papel que Arens le reconoce en la historia de la lingüística.

8. La historiografía del paradigma estructuralista

El esplendor de la lingüística estructural de los años sesenta del siglo XX conlleva el interés por su historia. Los numerosos manuales de historia de la lingüística que aparecen por entonces asumen exclusivamente la perspectiva estructuralista, aquella que ya apuntaba R. H. Robins —bajo el influjo de su maestro, John Firtth— en su estudio de 1951 sobre la antigüedad. Esas obras cubren la totalidad de la historia, generalmente desde Grecia hasta el generativismo. Un recorrido temporal tan extenso produce el efecto de un flujo histórico del pensamiento que progresa desde la filosofía clásica hasta el paradigma estructuralista. Tal como define ese proceso Robins, la historia de la lingüística es «una continuidad de discontinuidades».

El extenso elenco de autores que se incluye en esos manuales exige un tratamiento sucinto y simplificador, en particular de las épocas anteriores al siglo XIX. Un efecto del afán por elaborar una historia general de la lingüística es la valoración positiva de

autores y obras mencionadas. Ahí se produce una novedad digna de atención. Así sucede con Aristóteles, como se aprecia por ejemplo en *Las grandes corrientes de la lingüística*, de Maurice Leroy (1964). Esta obra, llamativamente descompensada en la distribución de los períodos, trata todo lo que precede a la filología decimonónica con una brevedad reñida con la diligencia.

En lo que se refiere a Aristóteles, M. Leroy considera que su pensamiento es una inflexión en la historia. «Las investigaciones de Aristóteles habrían de guiar las reflexiones sobre el lenguaje hacia otra vía», asevera Leroy (1964, pág. 15), en referencia al debate platónico sobre los nombres. Leroy no solo reconoce a Aristóteles ese mérito, sino que le atribuye otro no menor, que es el de iniciar la constitución de la gramática. Además de la concepción convencional del signo, Aristóteles es «el primero en intentar un análisis preciso de la estructura lingüística». Este juicio elogioso arrincona aquel otro de la historiografía precedente que consistía en lamentar la escasa originalidad de Aristóteles y el desacierto en la elección de su objetivo científico.

La tesis de Leroy imprime un giro radical al canon historiográfico. Recupera la figura de Aristóteles pero le atribuye un papel en solitario poco realista, ya que debería incluir la considerable labor de los sofistas, según les reconoce la tradición. Protágoras, sobre el nombre y los modos verbales; Gorgias, sobre el léxico; Prodico, sobre la sinonimia; Hipias, sobre prosodia; Antístenes, sobre etimología y definición de las palabras. En defensa de Leroy cabe decir que de los estudios sofísticos sobre aspectos gramaticales y léxicos tan solo ha llegado hasta nosotros la noticia de esas actividades pero no las obras.

Es conveniente conocer la justificación de la tesis de Leroy sobre la valía de Aristóteles.

> «La gramática general no es para él más que una parte o un concepto de la lógica formal, pero su afán de elaborar —como aplicación de la teoría de las proposiciones y de los juicios— una teoría de la frase, la distinción de las categorías gramaticales, coloca a Aristóteles y a los aristotélicos al comienzo de una larga tradición» (Leroy, 1964, pág. 16).

En defensa de su opinión, añade el historiador que esa larga tradición se caracteriza por la percepción de los datos lingüísticos y por el vocabulario que han elaborado con ese propósito. Más aún, para confirmar su razonamiento, Leroy aduce como prueba de la importancia empírica y metalingüística del aristotelismo el hecho de que esos rasgos «se han impuesto hasta fecha muy reciente y aún hoy pesan no poco sobre la pedagogía y la metodología de nuestros estudios». Un alegato tan elogioso, que incluye tanto el acierto gramatical del Estagirita como la dilatada influencia que ha conseguido, podría provocar la incredulidad si se tiene en cuenta la displicencia con que le juzgaban los historiadores precedentes. A nuevos tiempos, nuevos valores.

En consonancia con la postura de Leroy, el propio R. H. Robins, que aportó el ensayo sobre la antigüedad y el medievo en 1951, cambia de opinión sobre Aristóteles en su canónico manual de 1967, *Breve historia de la lingüística*. Reitera que la doctrina lingüística de Aristóteles aparece de manera incidental en sus obras de lógica y retórica, lo cual dificulta fijarla con detalle y exactitud. A pesar de ello, Robins (1967, pág. 25) también afirma lo siguiente:

> «Las líneas lingüísticas de Aristóteles son bastante claras, y puede observarse que su obra marca un avance sobre las posiciones alcanzadas por Platón».

En consecuencia, queda establecida la idea canónica de que Aristóteles aporta una doctrina lingüística, que es original puesto que supone un progreso respecto del pensamiento precedente. En esta afirmación se resume la postura de la historiografía estructuralista, con M. Leroy y R. H Robins como responsables del canon.

9. La historiografía del paradigma hermenéutico

Esta tercera y contemporánea etapa historiográfica, que se inicia en la década de los años noventa, hace hincapié en la especialización temática de sus estudios y en la metodología de la investigación hermenéutica. El cambio que comporta esta etapa es doble, pues se manifiesta en la extensión y en la perspectiva con que se encara el interés de la obra aristotélica para la lingüística. Vivien Law (2003), en *The History of Linguistics in Europe from Plato to 1600*, aporta una visión cultural de la historia de la lingüística que le permite describir un horizonte amplio y más comprehensivo de la figura de Aristóteles. Law distribuye su exposición en cuatro partes que consisten, en primer lugar, en una presentación de la filosofía aristotélica y, a continuación, en el comentario de todos los ámbitos en que desarrolla nociones lingüísticas: la dialéctica, la retórica y la poética (Law, 2003, págs. 23-33).

La introducción de Law sigue el patrón de su maestro, R. H. Robins, que acostumbraba a ofrecer unas referencias culturales para situar en su contexto al autor y la obra específicos. Este procedimiento evita la brusquedad de iniciar la exposición *in medias res* o sin los preámbulos recomendables. Con ese recurso de progresión temática hace honor a la intención

de practicar una historiografía interesada por la historia de las ideas. Law compone un marco general con un apunte biográfico de Aristóteles, del que destaca su personalidad empírica y analítica, que impregna toda su obra. Law vincula ese talante investigador a la noción aristotélica de dinamismo, de fuerza generadora de cambios. Por esa razón habla del entramado de causas —formales, materiales, eficientes y finales— que determinan los procesos de la filosofía aristotélica.

Bajo esta cúpula teórica, para Aristóteles el lenguaje constituye un instrumento de pensamiento, comunicación y sensibilidad estética. Y se despliegan los correspondientes metalenguajes, que son instrumentos de análisis pero también y fundamentalmente guías de la producción lingüística. Así, la dialéctica, que ofrece las pautas formales del razonamiento, se desarrolla en el *Organon*, la compilación de tratados aristotélicos de lógica (*Categorías*, *Sobre la interpretación*, *Analíticos primeros*, *Analíticos segundos*, *Tópicos*, *Sobre las refutaciones*). De este conjunto Law extrae la tesis de que el convencionalismo de Aristóteles no es una mera elección entre signo por naturaleza o convención, sino que deriva de la concepción racional de la realidad. El filósofo concibe la realidad como la articulación de cuatro componentes, que son las cosas, las impresiones sobre esas cosas, los signos lingüísticos de tipo oral y los signos escritos. A los dos primeros componentes les atribuye una condición natural y a los lingüísticos —la palabra dicha o escrita— una condición arbitraria.

Por su parte, el metalenguaje de la *Retórica* cumple la función de desarrollar el pensamiento en el campo de la probabilidad y de la persuasión en entornos sociales. El comentario a este respecto de Law es breve y destaca solo dos aspectos. El primero es la proyección psicológica que Aristóteles traza de la comunicación retórica. La consecuencia es la inclusión de la personalidad y de

las emociones en la producción retórica. Y el otro aspecto es el estudio del estilo, que Aristóteles desarrolla en la tercera parte de la *Retórica*. Concluye este apartado señalando que el concepto supremo de la estilística es la metáfora.

El tercer y último instrumento teórico es la *Poética*. Sobre esta obra Law destaca la función catártica de la literatura y las variedades que implican los géneros. De los componentes de trama, caracteres, pensamiento y dicción, a la historiadora le interesa la dicción por ser la propiamente lingüística, pues refiere la naturaleza del signo lingüístico y los elementos fónicos y proposicionales del discurso.

El punto de vista de Law no es insólito, puesto que lo comparte con otros autores. Se puede reconocer buena parte del guión de Law en el capítulo de Roy Harris y Talbot J. Taylor, «Aristotle on metaphor» (1989-1997, págs. 20-35). Forma parte del libro de estos autores, *Landmarks in Linguistic Thought I: The Western Tradition from Socrates to Saussure*, un manual de historia de la lingüística original por la concepción y de primorosa redacción.

La originalidad de Harris y Taylor se manifiesta en dos aspectos. Uno de ellos consiste en dedicar todo un capítulo a Aristóteles, una elección con que distinguen a este filósofo. El segundo aspecto de la originalidad, si se compara con otros manuales, es el estilo ensayístico de la obra. El propio título del capítulo que comentamos, «Aristotle on metaphor», asume una licencia expresiva, la figura de la sinécdoque, pues destaca en él la metáfora como su objeto de análisis cuando en realidad es una parte del texto, que en esencia trata del signo lingüístico.

La exposición de Roy Harris y Talbot J. Taylor sobre la concepción aristotélica de la metáfora en un ensayo excelente por la brillante argumentación que exponen. Eligen la metáfora para destacar la complejidad que entraña la teoría convencionalista

del signo. Previamente se ocupan de relacionar la teoría del signo con el conjunto de la filosofía aristotélica. Concretamente, sostienen que la elaboración de ese marco general, que conduce a un modelo del conocimiento, precisa como paso previo de una teoría del signo. En la cúspide de las cuestiones de lenguaje, se sitúa la metáfora, un descubrimiento original de Aristóteles, que mantiene hoy día toda la capacidad de fascinación. Un acierto del filósofo es la clara definición que ofrece de la metáfora en la *Poética*. Esta consiste en «dar un nombre a una cosa que pertenece a otra». Pero la metáfora, a los ojos de los comentaristas Harris y Taylor, entraña una complejidad significativa, puesto que este tropo construye un segundo nivel de significación, que se superpone a la arbitrariedad literal del signo lingüístico.

10. Una concepción lingüística para un entorno cívico

La recepción que ha tenido la obra de Aristóteles en obras de referencia de la historia de la lingüística ha sido diversa. Si bien en todas las etapas historiográficas se ha tenido en cuenta al filósofo de Estagira, la apreciación de su figura ha resultado cambiante por efecto de la ronda de paradigmas en torno a la que ha girado. Recogemos en cuatro apartados los rasgos de la historiografía de manuales de lingüística sobre Aristóteles.

1) Filosofía del lenguaje. En la época anterior a esas etapas de la historia de la lingüística, bajo el signo de la filosofía del lenguaje, Heymann Steinthal ya había dedicado buena parte de su atención a Aristóteles en su tratado de 1863 sobre la antigüedad.

Flanqueado por los capítulos relativos a Platón y los estoicos, de la contribución asertiva se examina la exposición sobre los elementos del lenguaje y, en menor medida, los corolarios estilísticos de la retórica y la poética.

2) Gramática comparada. La creación de la historia de la lingüística, un mérito que corresponde a Wilhelm Thomsen por su ensayo de 1902, imprime un giro a lo expuesto hasta entonces. La idea de especialidad que logra establecer comporta una ampliación grande del arco temporal, ya que va de la antigüedad a la actualidad. Un programa tan nuevo y extenso cuenta con el recurso de un relato continuo, que conduce con verosímil naturalidad desde un pasado lejano a una ciencia que emerge con ímpetu. No obstante, ese relato adolece de un análisis somero y, por otra parte, presenta saltos y discontinuidades que difuminan la idea de un curso histórico de reflexión sobre el lenguaje. En W. Thomsen y H. Arens, el análisis de la figura de Aristóteles concluye con un juicio negativo. Estos autores consideran que su contribución sobre el lenguaje es dispersa, escasa y de poco interés. La decepción ante el Estagirita tiene bastante en común con la opinión que les merece también a Thomsen y Arens el diálogo platónico *Crátilo*.

3) Estructuralismo. R. H. Robins ilustra sobre la naturaleza cambiante de la perspectiva histórica, como se aprecia al examinar sus obras de 1951 y 1967. En la primera, *Ancient & mediaeval grammatical theory in Europe*, mantiene el juicio condescendiente que corresponde a la etapa comparatista. En la década siguiente, con la eclosión del paradigma estructural y generativista, Robins expone en *Breve historia de la lingüística* un análisis similar al de su obra anterior, pero que no obstante le lleva a reconocer la originalidad e influencia de Aristóteles en la tradición gramatical. Poco antes, Maurice Leroy ha dado la

pauta para esta interpretación. Lo que tienen en común estos historiadores en los predecesores de la etapa comparatista es la limitación de sus comentarios a los pasajes estrictamente gramaticales de Aristóteles.

4) Hermenéutica. Se aprecia un notable cambio de perspectiva con las aportaciones de R. Harris, T. J. Taylor y V. Law. Una mayor atención y una intención particular de análisis, con la metáfora en Harris y Taylor o la asunción de una figura polifacética en Law, imprimen un giro en la interpretación lingüística de Aristóteles. Sus interpretaciones relacionan la obra de Aristóteles con la gramática, pero también con la semiótica, la semántica y la pragmática.

La historia de la lingüística es un ejemplo claro de la condición dinámica del conocimiento. Muestra páginas de displicente interpretación porque describe a Aristóteles como una figura superflua. También ilustra sobre el modo cambiante de sus juicios, a la luz de los paradigmas de cada época, como son la gramática comparada, el estructuralismo y la historiografía hermenéutica. Ante los historiadores se ofrece un campo de investigación que tiene muchos alicientes, como sucede con la personalidad y la obra de Aristóteles.

El estudio integral de la obra de Aristóteles puede revelar hasta qué punto fue un visionario de la reflexión lingüística, puesta al servicio no ya de la gramática ni la lingüística —impensables entonces—, sino de una función cívica. Al servicio de la vida política, el bien común, el ejercicio de la justicia y el espectáculo de la palabra. La divisa que nos inspira la obra de Aristóteles pone en el centro de la mirada algo tan importante como su obra, y es su personalidad. Respetemos la norma con la mayor variedad individual, dice la divisa.

Bibliografía

Arens, Hans (1955-1969). *La lingüística: sus textos y su evolución desde la antigüedad hasta nuestros días*. Madrid: Gredos (1976).

Aristóteles. *Retórica*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales (1990).

Aristóteles. *Poética*. Madrid: Gredos (1974).

Aristóteles. *Tratados de lógica (Organon)*. Madrid: Gredos (1988).

Aristóteles. *Sobre la interpretación*. En: Aristóteles. *Tratados de lógica (Organon*, vol. 2). Madrid: Gredos (1988).

Aristóteles. *Acerca del alma*. Madrid: Gredos (2010).

Aristóteles. Ética *eudemia*. Madrid: Alhambra (1985).

Cauquelin, Anne (1990). *Aristote: Le langage*. París: Presses Universitaires de France.

Harris, Roy; Taylor, Talbot J. (1989-1997). *Landmarks in Linguistic Thought I: The Western Tradition from Socrates to Saussure*. Londres: Routledge.

Householder, Fred W. (1995). «Aristotle and the Stoics on Language». En: R. Harris y T. J. Taylor. *Landmarks in Linguistic Thought II: The Western Tradition in the Twentieth Century* (págs. 93-99). Londres: Routledge (1995).

Jaeger, Werner (1923). *Aristóteles*. Madrid: Fondo de Cultura Económica (1995).

Koerner, Konrad; Asher, R. E. (eds.) (1995). *Concise History of the Language Sciences*. Oxford: Pergamon.

Law, Vivien (2003). *The History of Linguistics in Europe from Plato to 1600*. Cambridge: Cambridge University Press.

Leroy, Maurice (1964). *Las grandes corrientes de la lingüística*. México y Madrid: Fondo de Cultura Económica (1969).

Malmberg, Bertil (1991). *Histoire de la linguistique: de Sumer à Saussure*. París: PUF.

Robins, Robert H. (1951). *Ancient & mediaeval grammatical theory in Europe, with particular reference to modern linguistic doctrine*. Port Washington (N. Y.): Kennikat Press.

Robins, Robert H. (1967-1997). *Breve historia de la lingüística*. Madrid: Paraninfo (1974).

Steinthal, Heymann (1863). *Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römern: mit besonderer Rücksicht auf die Logik / von H. Steinthal*. Berlín: F. Dümmler's Verlagsbuchhandlung.

Thomsen, Wilhelm (1902). *Historia de la Lingüística*. Madrid: Labor (1945).

Capítulo VI

Gracián y la prudencia en la comunicación

1. Filósofo al modo de la pragmática

Un olvido llamativo e injustificado en las historias de la lingüística se cierne sobre la figura de Baltasar Gracián. Este humanista del Barroco, que destaca como ensayista, filósofo y literato, es incompatible con las etiquetas usadas para clasificar a los clásicos. La dificultad para definir a Gracián no radica en la diversidad de géneros en que trabaja sino en el sentido singular y original de su producción. Se ha comparado en calidad su novela alegórica *El Criticón* (1651-1657) con *El Quijote*. Y si esta obra cervantina es la más universal de las españolas, otra de Gracián, *Oráculo manual y arte de prudencia* (1647), la sigue inmediatamente en éxito de traducciones y de ediciones con un tiraje admirable. La atención que dedicó el filósofo A. Schopenhauer a este compendio de aforismos informa del interés de Gracián, en cuyo pensamiento escéptico se reconoce la semilla de vanguardias del pensamiento existencial, el pragmatismo filosófico y la lingüística del discurso. Es elocuente al respecto su máxima sobre el camino de la persona que, para ser feliz, ha de adquirir «un saber práctico de todas las cosas corrientes» y, entre las principales, el dominio de la conversación.

Gracián reúne la rara condición de ser hombre de su tiempo y, a la vez, el visionario de una nueva conciencia, en la que se reconoce unas ideas precursoras, proféticas. Nació con el siglo XVII, en 1601, en Belmonte de Gracián, junto a la ciudad zaragozana de Calatayud. Allí recibió formación de los jesuitas y más tarde profesó en esa

misma congregación ignaciana, hasta su muerte en Tarazona el 1658. Enseñó filosofía moral en centros de la Compañía de Jesús de Valencia, Gandía, Tarragona y Zaragoza. Fue confesor y predicador de nobles, una experiencia que le llevó a desengañarse del poder cortesano pero que también le brindó el mecenazgo del gentilhombre Lastanosa, una ayuda crucial para su carrera como escritor.

El repertorio de obras que Gracián publicó proclama un espíritu de rebeldía poco común, una osadía arriesgada. Hay que considerar que dio a la imprenta su obra sin el preceptivo permiso de sus superiores. El recurso de firmar con el nombre de su hermano Lorenzo no ocultó la identidad del autor ni le libró de unas medidas disciplinarias severas. Por otra parte, salvo en *El Comulgatorio* (1655), trató en sus libros de asuntos ajenos a la religión y sin sujetarlos a una perspectiva teocrática. Esa dedicación a obras laicas le granjeó el resentimiento y los vituperios de miembros de su comunidad. Los informes que emitían los superiores de la congregación lo describen como una personalidad fuerte, capaz de sentimientos desbordados y poco propicios a la unción y humildad jerárquica. Los hechos de su vida confirman este perfil de tonos firmes y contrastados. Resulta curiosa una reunión de factores tan contrapuestos puesto que, no obstante estar impregnado de esos rasgos de intemperancia, Gracián aboga a lo largo de su obra por la prudencia en la política y en la vida privada.

2. Héroes y políticos

La invocación de Gracián por el historiador de la lingüística no se justifica por alguna obra determinada porque ninguna de ellas trata de modo exclusivo del lenguaje o el discurso. Se justifi-

ca por el conjunto de su producción, en que desarrolla conceptos de filosofía moral aplicados a la formación de la persona. Estos conceptos, llevados a nuestro tiempo, son afines a cuestiones de pragmática, puesto que se ocupan del comportamiento comunicativo y de los efectos que tiene la interpretación de los discursos. La concepción graciana está vinculada a una dimensión práctica de la vida y, en concreto, a las manifestaciones y las relaciones que se enhebran con la conversación.

De la media docena de títulos laicos de Gracián, destacan tres obras por su proximidad o acuerdo con intereses de la lingüística. *Oráculo manual y arte de prudencia* (1647) es un compendio de aforismos comentados en que el autor plasma una retórica original y netamente práctica. En *Agudeza y arte de ingenio* (1648) el jesuita resume la teoría estética del barroco y desarrolla los aspectos retóricos de la elocución. La tercera obra de esta selección, *El Criticón* (1651-1657), se aparta de la prosa didáctica y aporta una extensa novela de signo alegórico sobre la peregrinación de la persona en la vida.

Estas tres obras, junto con otras tantas más de Gracián, entroncan con la retórica clásica. Enlazan con aquella tradición clásica porque la retórica aportó no ya solo un modelo integral de educación, sino también y aún algo más poderoso, que fue la proclamación de un principio original y revolucionario. Fue el principio de la educación como fuente de cambio personal y de liberación de un estado original, el que se recibe por nacimiento y entorno inmediato, sobre el que se interviene con la instrucción. El conjunto de escritos de Gracián refieren, con enfoques cambiantes, el asunto del programa de estudios que ha de seguir el aprendiz. Su planteamiento evita una prolija descripción de materias y contenidos. Participa de un espíritu que resulta moderno a nuestros contemporáneos

porque establece principios para la reflexión y la toma de decisiones prácticas. Son principios basados en la virtud, en la capacidad intelectiva y en las cualidades morales del prudente, el discreto y el ingenioso.

El jesuita aragonés se estrena como autor con *El Héroe* (1637) y *El Político* (1640), dos libros sobre las virtudes del dirigente. Sobre un horizonte de teoría política, Gracián proyecta un compendio de sentencias morales que orientan sobre el comportamiento de los hombres distinguidos. Estos escritos continúan el mensaje de los clásicos sobre la rectitud de los gobernantes. Se inspiran en el antiguo *Panegírico* de Plinio el Joven, en homenaje de Trajano, y el renacentista *El Príncipe* de Maquiavelo. *El Héroe* y *El Político* surgen de un ambiente estimulante para Gracián bajo la protección del erudito Lastanosa, en Huesca, y del duque de Nochera en Madrid.

La ambición literaria de sus inicios anima a Gracián a sintetizar los ideales de la tradición sobre la educación del príncipe y de los nobles. Plasma el modelo moral de la aristocracia, pero no de sangre sino intelectual. Su discurso adquiere singularidad gracias a un estilo que hace una apología de la brevedad y de la singularidad expresiva. Estos rasgos anuncian la retórica con que Gracián desarrolla el resto de su obra y da forma a la vez a una concepción original y profundamente escéptica. «Escribo breve por tu mucho entender; corto, por mi poco pensar», dice al inicio de *El héroe* halagando al lector y mostrándose humilde, en un juego retórico de contraposiciones: la inteligencia del lector ilustrado frente a la modestia del autor.

Los capítulos son «primores» o razones con que describe las buenas cualidades del hombre principal. El primor primero refiere «que el héroe platique incompehensibilidades de caudal», es decir, que manifieste su conocimiento, pero evitando ser claro

sobre su capacidad y voluntad. El filósofo aclara esta máxima con una analogía entre la personalidad y un río caudaloso.

> «Formidable fue un río hasta que se le halló vado, y venerado un varón hasta que se le conoció término a su capacidad».

Para que se asimile mejor el consejo, en el siguiente primor se insiste con otra fórmula: «cifrar la voluntad», es decir, disimular, no declarar las intenciones o ser un varón callado. Pero no todo se resume en contención y laconismo, puesto que Gracián recomienda en otros primores la simpatía y los gestos de benevolencia para congraciarse con la gente.

3. El arte de prudencia

El desengaño de su estancia en la corte y la vuelta a la docencia en centros de la Compañía de Jesús da paso a una etapa de revisión. Introduce un cambio de rumbo hacia gustos más personales y registros nuevos. Como consecuencia publica *El Discreto* (1646) y *Oráculo manual y arte de prudencia* (1647). La cercanía temporal de las ediciones se explica por el hecho de que los contenidos de esas obras son afines. Sin embargo, la manera de exponer esas mismas ideas da lugar a unos trabajos que producen en el lector la paradójica impresión de tener ante sí objetos disimilares que comparten un aire de familia.

En *El Discreto* hay un discurso expositivo. Sus argumentos van acompañados de ejemplos de personajes históricos y sucesos memoriosos, con los que dispone una apología convencional. Por su parte, en *Oráculo manual y arte de prudencia* el patrón aforístico

condensa las enseñanzas en sentencias fulminantes y explicaciones escuetas. El éxito de esta obra ha sido extraordinario. Ha atraído la atención de filósofos, en especial de Arthur Schopenhauer, y es un título vivo en numerosas lenguas hoy en día.

El Discreto se compone de veinticinco «realces» o notas sobre la discreción, una cualidad necesaria en la vida de la corte. Los capítulos son realces, mientras que en el libro precedente eran primores y en *El Criticón*, crisis. Como en las obras anteriores los ejemplos de personajes que aporta el autor muestran aspectos del discreto. Hay un cambio sustancial en esta obra, puesto que amplía el rango de personas a los que se dirige. No es el héroe de la inteligencia ni el político en el poder, sino aquel que vive en sociedad, sometido a sus exigencias y a la vez favorecido por las oportunidades que se le ofrecen. El discreto tiene sensatez para formar juicio y tacto para hablar u obrar. Está constituido por una personalidad interior y por su manifestación exterior. Lo interior atañe a la intelección de lo que es prudente. Lo exterior consiste en la capacidad para expresarse con agudeza y oportunidad.

Una preferencia estética del Barroco es la variación y la reunión de contrastes. Se contrapone lo interior a lo exterior —como acabamos de ver—, lo verdadero a lo falso y lo visible a lo oculto. Concibiendo la experiencia como una pugna por superar esas oposiciones, se puede enmendar las malas elecciones y enderezar la conducta prudente. El arte del discurso es educativo y regenerador. La vida humana «comienza por la naturaleza y acaba de perfeccionarse con el arte», asevera un realce que contrapone esos dos extremos, lo dado al nacer y lo construido en la última madurez, tras una vida provechosa.

El principio transformador de la educación, la *paideia* sofística, empuja en esa dirección halagüeña. El discurso gobierna el progreso y equilibra nuestro comportamiento en múltiples situacio-

nes. Advierte sobre la necesidad de ser «hombre de buena elección», de atender a lo que es relevante y actuar en consecuencia. Para ello Gracián destaca que hay que «tener buenos repentes», saber improvisar o reaccionar. Así mismo, añade que hay que alternar el tono de la comunicación, para «no estar siempre de burlas» sino con la circunspección que corresponda.

Una parte de los consejos que Gracián destina al hombre discreto aparecen también en el *Oráculo manual y arte de prudencia*. Aun con todo, las diferencias son considerables. En *El discreto* hay una exposición dirigida, a modo de lección, con un orden progresivo de las recomendaciones que da a entender un sentido determinado del mensaje. En *Oráculo manual* el lector obtiene un discurso abierto, carente de un orden o jerarquía de principios y que está expresado en términos que pueden ser sutilmente ambivalentes. La obra, además de breve, está despojada de alusiones históricas y ejemplos que encaucen el sentido de los aforismos. Además, se puede leer de corrido los trescientes aforismos que la componen o bien abriendo una página al azar. Incluso la consulta de un mismo aforismo puede conducir en cada ocasión a interpretaciones distintas, según la circunstancia del lector.

Un indicio de la diferencia radical entre estas dos obras se observa en la imposibilidad de resumir *Oráculo manual y arte de prudencia*. Lo impide su composición fragmentaria, una concisión llevada a las puertas de la ambivalencia, la ausencia de progresión temática y la presencia de puntos de vista contradictorios. Estos rasgos, tan innovadores en lo formal y audaces conceptualmente, anticipan aspectos de la literatura contemporánea. Si la intención surge del autor, la libertad interpretativa recae en el lector. La disposición de los aforismos no obliga tampoco a seguir el orden de su numeración, una orientación que por otra parte no anotó la mano del autor.

4. La retórica de Babel

En *Oráculo manual y arte de prudencia* Gracián substituye la discreción por la virtud de la prudencia. Le atribuye un sentido algo más amplio, a la vez que recuerda el mundo clásico de la ética aristotélica. Señala sensatez en el raciocinio y cautela en el comportamiento. Aboga por el conocimiento y el sentido práctico en las reacciones, lo que es paralelo a la competencia y la actuación comunicativas de la pragmática. Precisamente, la divisa de Gracián afirma que la virtud no se halla en la sabiduría sino en la hermandad entre esta y un saber práctico, esto es, en la prudencia. Y he aquí un aviso para todos: su posesión es condición para la felicidad.

Numerosos aforismos se refieren a la comunicación, sea en las facetas de la preparación, la acción o la interpretación. En congruencia con el espíritu del *Oráculo manual*, es decir, el consejero a nuestra disposición —como indica el título—, esas sentencias reflejan visiones o aproximaciones diversas e independientes al comportamiento comunicativo. Un aforismo tan lacónico como un titular, «la realidad y el modo» (número 14), trata de la importancia que tiene el modo, es decir, el registro, el género y el tenor que se use. Su comentario dice que «no basta la sustancia, requiérese también la circunstancia», en lo que el principio pragmático de la relevancia abunda siglos después. Sé pertinente, sugiere la pragmática, según sean el contexto y la finalidad de la acción comunicativa. No basta la veracidad en algunas ocasiones, porque lo que corresponda es ser pertinente o adecuado a las circunstancias. Leemos lo que sigue de la explicación graciana de ese aforismo:

> «Todo lo gasta un mal modo, hasta la justicia y razón. El bueno todo lo suple: dora el *no*, endulza la verdad y afeita [maquilla] la misma vejez.

> Tiene gran parte en las cosas y es tahúr [jugador tramposo] el modillo [modo]. Un bel portarse es la gala del vivir, desempeña singularmente todo buen término» [aforismo 14].

La contraposición que establece entre la realidad y el modo pone de manifiesto muy teatralmente, por cierto, la importancia de la actuación comunicativa. Su poder es portentoso porque el mal modo arruina la riqueza de lo justo y razonable. Por el contrario, uno bueno hace soportables la contrariedad de una negativa o la indigencia de la vejez. «Ser hombre de agradable y jugosa conversación» (aforismo o af. 22) está relacionado con el máximo valor de Gracián, que es «tener un saber práctico de todas las cosas corrientes». A su parecer, el discreto tiene una buena reserva de frases ingeniosas y sabe emplearlas en el momento adecuado. Todo ello le lleva a concluir que «más le valió a algunos la sabiduría que se comunica en el trato social que todos los conocimientos académicos».

«Sentir con los menos y hablar con los más» (af. 43) encabeza unas explicaciones suculentas sobre el peligro de disentir, de hablar en público y de manifestar uno sus sentimientos. «Nunca exagerar» (af. 41) resume un consejo sobre la elocución —no usar superlativos—, para proteger la imagen que da el orador —escasez de conocimiento y gusto— y evitar el riesgo de no ser entendido. «Usar, y no abusar, de las segundas intenciones» (af. 45) remite explícitamente al mandato de la retórica de no mostrar los artificios que usa el orador. El comunicador malicioso despierta recelos y el que no reflexiona sobre su comportamiento pierde la ventaja al actuar. «Ser buen entendedor» (af. 25) señala una condición de la perfección de las acciones, que dependen de la seguridad con que adivinan y realizan las personas su actuación verbal. El prudente debe saber entender las verdades que se revelan en la conversación, porque «las que más nos importan vienen siempre a medio decir».

La constatación graciana de que el mundo es hostil lo persuade de que la persona ha de enfrentarse a él con un saber práctico. La vida y, por extensión, la comunicación oral es un escenario de esfuerzo en el que uno puede conocerse a sí mismo. Valerse de la conversación es todo un arte para estar en contacto de modo airoso con los demás.

> «Si la prudencia es necesaria para escribir una carta, que es una conversación pensada de antemano y por escrito, ¡mucho más en la conversación ordinaria donde uno se examina de discreción de modo precipitado!» (af. 148).

Si uno quiere que le conozcan ha de hablar. Ahora bien, como advierte Gracián, hay que corregir algunos defectos. Una charla distendida u «holgada como la ropa» es para los amigos, pero no cuando se está entre personas de respeto porque «hay que ajustarse al carácter e inteligencia» de los interlocutores. También es perjudicial parecer un gramático, como los que censuran palabras o buscan una corrección notoria en las frases, porque la gente se aparta de los pedantes. Según la retórica de Gracián, «al hablar importa más la discreción que la elocuencia» (af. 148).

De estos consejos se desprende que la versatilidad, la contención expresiva y la estrategia son tres habilidades del buen conversador. Hay que «saber usar la verdad» (af. 210), que no puede dejar de decirse y, sin embargo, sí se ha modular o dorar, en especial si es amarga. Según como se cuente, «con una misma verdad uno adula y otro incomoda». Por ello, si se está ante un buen entendedor, es preferible hablar con ejemplos del pasado o con pocas palabras. También forma parte de la estrategia dar un giro espectacular a la comunicación al «manejar los asuntos con expectación» (af. 2). Gracián recomienda no usar

la franqueza para darse a entender ni jugar a juego descubierto. En cambio, cierto misterio, el anuncio de la novedad o un silencio recatado provocan veneración. En vez de hacer pública una decisión, «es mejor imitar el proceder divino para mantener a los hombres atentos y vigilantes». Entre una dosis grande o pequeña de agrado, se escoge la menor porque, al dejar con la miel en los labios, se palia un deseo, pero no se sacia. Al «dejar con hambre a los demás» (af. 299) la felicidad difícil de conseguir se disfruta el doble.

Como colofón, el autor de *Oráculo manual y arte de prudencia* sintetiza su modelo retórico de múltiples consejos en una afirmación. A la pregunta de qué cosas obran el prodigio del acierto, responde con estas tres: «rico ingenio, juicio profundo y un buen gusto» (af. 298). El ingenio estimula los dones de la imaginación, la agudeza y la originalidad. El juicio es la fuerza del entendimiento. A su vez, el gusto «da sal a la vida» y surge del conocimiento práctico del mundo y de la inclinación de sus gentes. Concluye la obra ensalzando al individuo virtuoso:

> «En una palabra, virtuoso, pues lo resume todo» (af. 300).

La virtud obra prodigios porque hace al hombre «prudente, discreto, sagaz, cuerdo, sabio, valeroso, moderado, íntegro, feliz, digno de aplauso, verdadero». Para Gracián tantas cualidades forman a la perfección la personalidad y dan pie a la felicidad. Con esta máxima y las que le han precedido siembra el filósofo las semillas de una retórica de Babel, original, fragmentada, congruente, diversa y abierta a la interpretación del lector en su circunstancia. Es una retórica vinculada a un conocimiento práctico, aplicado al oficio de vivir.

5. Humanista del discurso

Gracián recurre a una atractiva alegoría de la vida en sus últimas obras, en concreto, *El discreto*, *Oráculo manual*… y *El Critición*. Narra la peregrinación del hombre por las tres edades de la juventud, la madurez y la vejez, en un viaje de formación y progreso personal. La persona recorre cada una de estas edades con un tipo específico de conversación. En la juventud dialoga con los muertos, es decir, mediante el estudio de los libros, en los que atiende a las voces de filósofos y literatos, esto es, la tradición cultural. En la madurez conversa con sus coetáneos, en un debate socrático que le debe acercar al espíritu de su tiempo y le emplaza a aplicar lo que ha aprendido en los textos. Finalmente, en la vejez se habla con uno mismo como un filósofo consumado, en lo cual se cifra el sentido de la felicidad.

El aforismo «saber repartir su vida con sabiduría» (af. 229) recoge esa alegoría, que vale también como síntesis del pensamiento de Gracián, el filósofo advierte contra la despreocupación, que nos hace indefensos ante los acontecimientos. La previsión no solo nos permite elegir, en vez de estar a merced de cómo vengan las cosas, sino que nos procura fuerzas si se reparte el viaje de la vida hacia la erudición entre tres posadas o estaciones. Saber repartir la vida con sabiduría consiste en abarcarla en tres jornadas.

> «La primera jornada de la hermosa vida debe gastarse en hablar con los muertos: nacemos para entender y entendernos y los libros nos hacen fielmente personas. La segunda jornada debe emplearse en los vivos: ver y guardar todo lo bueno del mundo. (…) La tercera jornada debe ser para sí mismo: filosofar es la última felicidad» [af. 229].

El recurso literario de la alegoría de la vida ilustra con un ejemplo sugestivo y emblemático sobre lo que contiene otra obra graciana, *Agudeza y arte de ingenio* (1648), un frondoso tratado de

poética y retórica de la elocución. Presenta la historia del hombre en tres jornadas de un periplo variado hacia la sabiduría mediante el enigma de hablar primero con los muertos, luego con los vivos y finalmente consigo mismo. El relato recoge, con el laconismo y la agudeza que distinguen a Gracián, el manifiesto de un humanismo que privilegia el discurso como fuente de entendimiento. Ese manifiesto propone un programa de estudios que va asociado a un modelo ético y a una postura filosófica. El humanismo renacentista recibe con Gracián un impulso y al mismo tiempo un giro hacia la centralidad del discurso como ámbito de discernimiento y de construcción de la vida social.

Bibliografía

Andreu Celma, José María (1998). *Gracián y el arte de vivir*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.

Aubrun, Charles V. y otros (1958). *Homenaje a Gracián*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.

Batllori, Miguel; Peralta, Ceferino (1969). *Baltasar Gracián en su vida y en sus obras*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.

Egido, Aurora (2001). *Humanidades y dignidad del hombre en Baltasar Gracián*. Salamanca: Universidad de Salamanca.

Egido, Aurora (2014). *La búsqueda de la inmortalidad en las obras de Baltasar Gracián*. Madrid: Real Academia Española.

Egido, Aurora; Marín, María Carmen (coord.) (2001). *Baltasar Gracián. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.

Gracián, Baltasar (1637). *El héroe*. Palma de Mallorca: Olañeta Editor (2001).

Gracián, Baltasar (1646, 1647). *El discreto. Oráculo manual y arte de prudencia*. Barcelona: Debolsillo (2004).

Gracián, Baltasar (1647). *El arte de la prudencia. Oráculo manual*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy (1993).

Gracián, Baltasar (1651-57). *El Criticón*. Madrid: Espasa Calpe (1998).

Gracián, Baltasar (2001). *Obras completas*. Madrid: Espasa.

Moraleja, Alonso (1996). «Gracián hoy». *El Basilisco* (n.º 21, págs. 22-26).

Capítulo VII

Shaw y *Pigmalión*, manifiesto teatral de la lingüística

1. Proclamación temprana de la lingüística

La comedia *Pigmalión* de Shaw y la personalidad del propio dramaturgo representan, de manera sugestiva y actual, el paradigma gramatical. Con los recursos de su obra y de su vida, Shaw revoluciona el modelo usual del gramático, puesto que da forma orgánica a la erudición filológica, el empirismo lingüístico y la aplicación de disciplinas como la logopedia o la planificación lingüística.

Bernard Shaw estrenó en 1913 la famosa comedia *Pigmalión*, una obra sobre los efectos de la formación personal que ha trascendido el mundo teatral y se ha convertido en un episodio del imaginario contemporáneo. Shaw se inspiró en el mito clásico de Pigmalión, el artista chipriota que se enamora de la escultura que ha realizado, Galatea. En la leyenda, Pigmalión vive el prodigio de que su creación cobre vida y pueda esposarla. En la versión contemporánea, el dramaturgo irlandés imprimió un giro al relato recogido por Ovidio en *Las metamorfosis*. Shaw construyó una trama didáctica, que prescinde de los elementos románticos e ilumina las relaciones de la lengua y la sociedad.

Los protagonistas del *Pigmalión* shawiano son dos personajes del Londres de principios del siglo XX: el lingüista Higgins y la vendedora Eliza. Los separa la condición social y sus secuelas económicas y culturales. El profesor Henry Higgins, de la burguesía más distinguida, es un fonetista entusiasta de su disciplina.

Eliza Doolittle es una vivaz florista del Londres humilde, que aspira a mejorar su manera de hablar para conseguir un trabajo mejor y ascender socialmente. Al inicio de la trama, el profesor Higgins apuesta a su colega, el coronel Pickering, que puede enseñar a Eliza la variedad educada del inglés. El aprendizaje resulta productivo y la joven pasa satisfactoriamente la prueba de desclasamiento en una fiesta de la buena sociedad. No obstante, este éxito comporta para Eliza una crisis de identidad, que debe superar por sí misma. A su vez, el padre de Elisa, un basurero con un don para la retórica, vive también los efectos de un cambio de condición social, al recibir una herencia inesperada. La comedia muestra la paradoja de la inadaptación social que se deriva de factores positivos como el aprendizaje, cuando solo es técnico, o el enriquecimiento repentino.

El encuentro de estos personajes origina una obra vitalista y risueña sobre los conflictos entre maestro y pupila, así como sobre los efectos transformadores de la educación. La comedia ilustra sobre las condiciones sociales que regulan el estatus y los registros lingüísticos. *Pigmalión* es una contribución original, que refleja aspectos del ideario shawiano como el socialismo, el progreso científico y el espíritu crítico de un indomable reformista. Respecto de su intención, el elogio de la figura del profesor Higgins cuenta como la proclamación de la ciencia lingüística más temprana de su historia. Establece las expectativas de una ciencia experimental y aplicada, capaz de educar de un modo radical y provechoso socialmente.

La trama de Shaw es un apólogo, un cuento moral sobre la relación del lenguaje y la realidad. Muestra que «el conocimiento de una lengua estándar o culta es un requisito para el progreso social» (Boix, 2006, pág. 56). También hace una apología de la labor de los lingüistas, entre los que destaca la figura de Henry

Sweet, miembro de la Philological Society y autor de obras sobre fonética (1877) y el inglés hablado (1890). Este elogio entusiasta de la lingüística es un reconocimiento artístico de primer orden por cuatro motivos. Se refieren a la autoridad, la oportunidad, la utilidad y la tradición del proyecto lingüístico.

En primer lugar, destaca la autoridad del patrocinador, Shaw, que reúne las facetas de crítico musical, orador político y dramaturgo galardonado con el Nobel. A su vez, la oportunidad es su clarividencia al anticiparse a la eclosión de la lingüística europea y americana del siglo XX. A continuación, sobresale del panegírico de Shaw su carácter práctico, esto es, la naturaleza aplicada de la lingüística a la educación dialectal en las variedades que corresponda; en este caso, la variedad alta o culturalmente prestigiosa. Finalmente, la proclama de Shaw confluye en el ideal sofista y milenario del proyecto educativo, puesto que afirma la condición dúctil del ser humano y su capacidad de cambio mediante la educación.

2. Autoridad del artista e intelectual

La personalidad de Bernard Shaw (1856-1950) es polifacética y extraordinaria. De ella han dado cuenta numerosos biógrafos, entre los cuales está su sarcástico amigo J. K. Chesterton. El propio Shaw, que fue un polígrafo incansable, compuso su semblanza personal (1949). Su infancia en el Dublín natal y la juventud en Londres, tras la separación matrimonial de sus padres, reflejan episodios de una formación atípica. Las dificultades económicas truncaron su ingreso en la universidad, pero se nutrió de la afición musical de su madre y la pasión propia por la literatura y la ciencia. Su afán crítico y una expresión mordaz le permitieron

ejercer con brillantez como periodista musical. Sus artículos eran «una mezcla de payasadas y críticas genuinas», declara el propio Shaw (1949, pág. 57), que resultaron un éxito y constituyeron la escuela del gran escritor.

Impresionado por el teatro de Ibsen, se lanzó a la composición dramática con una estética vanguardista. Sus obras se caracterizaban por la confrontación dialéctica de personajes, a propósito de asuntos controvertidos, como la prostitución, la moral victoriana o la teoría de la evolución. Utilizó personajes históricos para replantear cuestiones sobre el poder, en dramas como *César y Cleopatra* (1901) o *Santa Juana* (1923). La crítica que se ha hecho de su producción como teatro de ideas es una simplificación que manifiesta la exigencia conceptual de sus textos. La confrontación de personajes antitéticos es un recurso que le permite sortear perspectivas maniqueas, para contemplar un nuevo panorama moral.

Fue legendaria la capacidad oratoria de Shaw, que destacó como político socialista, en debates y campañas civiles. Hay una clara continuidad entre el intelectual comprometido políticamente y el artista. Sus ensayos y novelas son una prolongación literaria de sus dones dialécticos, al servicio de un ideal de progreso social. A ese ímpetu conceptual sin parangón se añade el rasgo del ritmo, fruto de su educación musical. Su dominio del ritmo y el ingenio verbal confieren a las comedias y los dramas un desarrollo que resulta intenso y brillante. No en vano se ha considerado a Shaw, ya en vida del autor, de la categoría del propio Shakespeare. La distinción es merecida, pues su extensa obra aporta elementos renovadores en contenidos y una viveza expresiva que le identifica. Fue Premio Nobel de literatura (1925) y recibió un Óscar por el guión cinematográfico de *Pigmalión* (1938). En sus obras aplicó la técnica de la discusión

como eje dialéctico entre personajes que simbolizaban modelos. Desarrolló un teatro que aspiraba a avivar las inquietudes de la audiencia. Proyectando todo ello a la actualidad, se aprecia la vigencia de su legado, por su influencia en tendencias del teatro moderno, de carácter épico y surrealista.

3. Oportunidad del profesor de fonética

Shaw escribió la comedia *Pigmalión* en 1912 y, como prueba ante la crítica, estrenó con éxito al año siguiente en Viena y Berlín, en versión alemana. Su presentación en Londres se produjo en 1914, con la participación tempestuosa del autor como director de actores. La inspiración se halla en la idea, que le interesaba desde hacía tiempo, de enfrentar en el escenario a un caballero y una mujer pobre. El juego de contrastes de posición, edad, sexo y cultura se explota con maestría en *Pigmalión*, en la relación de maestro y discípula. Un ingrediente fundamental es la lengua y los aspectos que estudia la lingüística, a saber, las variedades dialectales, la pronunciación, los sonidos paralingüísticos, las elecciones léxicas, la cortesía pragmática.

El interés de Shaw por la lengua y la educación recorre buena parte de su trayectoria intelectual. Sus escritos sobre la lengua se inician en 1900, con unas notas de dialectología del inglés insular y americano (Shaw, 1963). Ya en esta época se forjó el propósito de reformar la ortografía y de promover la aplicación de un alfabeto de nuevo diseño. Chesterton escribe en 1909:

> «Llevado por el diablillo loco de la modernidad, se encontró junto a los que desean tener una ortografía fonética».

Chesterton desdeña la manía de «abrumar al mundo con incansables explicaciones de mal gusto, acerca de cuánto más fácil sería para los niños o para los visitantes de comercio extranjeros que *height* se escribiese *hite*». Algunos especialistas evitan la sorna de Chesterton, pero coinciden sutilmente con su juicio. El fonetista Daniel Jones (1946, pág. 160), de la universidad de Londres, se guarda su opinión sobre la conveniencia de la reforma ortográfica y remite al campo de la estadística para formarse un criterio sobre la utilidad económica de la misma.

La causa de la reforma ortográfica no tuvo éxito, pero fue la condición necesaria para que Shaw escribiera la comedia *Pigmalión* y su prefacio, «Un profesor de fonética». El prefacio es una pieza que suele escamotearse en las ediciones actuales. No obstante, es una pieza muy informativa, que merecería aparecer también en las antologías de la historia de la lingüística. En él argumenta sobre la importancia de la fonética, a la vez que glosa la labor de los fonetistas británicos más destacados, entre los cuales figura Sweet.

En la trama teatral se representa el habla *cockney*, dialecto popular de Londres que utilizan Eliza y su padre. El nudo dramático consiste en superar la limitación dialectal de la protagonista, con la ayuda del profesor Henry Higgins, para que aprenda una variante estándar. Eliza desea ascender socialmente y trabajar en una floristería, en vez de malvivir como vendedora ambulante, para lo cual necesita mejorar su dicción.

> «Me han dicho —reconoce Eliza— que mi tipo no les disgustaba, pero que mi manera de hablar no era bastante fina» (Broutá, 1930).

Su idea del profesor es que se trata de alguien que «enseña a hablar». Descubrirá que Higgins es un apasionado de la fonética,

pero indiferente a las cuestiones sentimentales. Así caracteriza Shaw al personaje en el epílogo, un texto que redactó tardíamente para aclarar que el final abierto de la obra no conduce a un matrimonio de los protagonistas.

Fue inútil el intento de desmentir el final romántico que sugerían las películas (1938, 1964) y el musical para el teatro *My Fair Lady* (1956). El público es más propenso al mito galante de Pigmalión, porque incluye otro tan emotivo como el de Cenicienta. Para Shaw el profesor de fonética es el centro de la acción porque, aun reconociendo la viveza de la pupila, en él reside el motor del cambio, que es la capacitación científica y técnica del lingüista. Ello es coherente con el asunto de la obra, que se ciñe a la relación entre clase social, poder y habla. Las limitaciones de un «código restringido», como podría identificar décadas después el sociolingüista B. Bernstein, no deberían ser inmutables. La tesis shawiana es que la fonética puede ser una fuerza liberadora.

Así lo establece Shaw en el prefacio, al tiempo que manifiesta su preocupación por las necesidades educativas en materia lingüística, en la variante supradialectal del estándar. Afirma rotundamente que «los ingleses no tienen respeto por su idioma» y que no hay esperanza de que lo enseñen bien a sus niños. La causa técnica es una ortografía enrevesada, que a su parecer padece el agravante de «un antiguo y ajeno alfabeto del cual solo las consonantes —y no todas ellas— tienen correspondencia con su pronunciación». Como resultado, Shaw declara que los ingleses se desprecian por las diferencias dialectales que tienen. Ello le induce a proponer como héroe al profesor de fonética. Shaw proclama lo siguiente al respecto:

> «El reformador que tanto necesitamos es un entusiasta muy vigoroso de ahí que lo haya convertido en el héroe de una comedia popular».

En la obra, Higgins es un prodigio de energía, conocimiento y pedagogía, adornado también de rasgos personales dispares como simpatía, engreimiento y curiosidad ante las novedades.

4. Utilidad de la lingüística

El interés de Shaw por la fonética va asociado a la reforma del alfabeto latino y las modalidades de transcripción. Siente un gran reconocimiento por Alexander Melville Bell, autor del modelo del lenguaje de signos o gestual (Shaw, 1949, pág. 49), y por Isaac Pitman (1813-1897), creador de un sistema de transcripción taquigráfica. También admira el trabajo del fonetista Henry Sweet (1845-1812) y la poesía de Robert Bridges (1844-1930). La combinación idealizada de estos personajes proyecta la figura del profesor Higgins. De un modo simplista, la tradición ha considerado a Higgins como el retrato literario de Sweet. Se trata de un tópico erróneo, como señalara explícitamente Shaw en su prefacio. La suposición quizá se deba a que, a diferencia de sus coetáneos, ha perdurado la memoria de Sweet por sus obras sobre el inglés antiguo. La semblanza que hace Shaw de un Sweet intratable no le convierte en un modelo de maestro, por excelente que fuera su ciencia.

Habrá que confiar plenamente en el criterio de Shaw sobre Sweet, cuando lo calificaba como el mejor fonetista pero el menos indicado para las relaciones sociales. Sobre el aspecto científico, la confirmación llega de la mano de un lingüista de la valía de Roman Jakobson (1966), quien ha reconocido a Sweet como pionero de la fonología moderna por su sistema de transcripción amplia (1966, págs. 129-132). La disyuntiva entre las transcripciones detalladas,

sometidas a las variaciones sonoras, y las genéricas, más atentas a los elementos significativos, es un debate de la época de Sweet, que desconocía el concepto de fonema.

Los apuntes de fonética que Shaw plasma en *Pigmalión* reflejan un estadio de la lingüística anterior al de Sweet. Un colega del profesor Higgins es el coronel Pickering, dialectólogo de lenguas de la India. Cuando Higgins le muestra el laboratorio de fonética y sus archivos sonoros, Pickering exclama admirado:

> «Estaba orgulloso por saber pronunciar veinticuatro vocales distintas, pero me considero vencido por las ciento treinta de usted».

Acto seguido hace una afirmación que en su momento parece un elogio, pero que hoy resulta una crítica de sentido común: «En muchos casos no percibo la más ligera diferencia entre ellas». Con toda la razón, el personaje se muestra incapaz de distinguir diferencias redundantes. La lingüística dirá más adelante, en términos de Jakobson, que lo importante no es el sonido en sí mismo, sino en sus propiedades distintivas, como establece la fonología.

El resultado de la implicación de Shaw en la difusión de la lingüística no podía ser más afortunado. La obra es un anuncio explícito de la lingüística y de su papel en la emancipación social. Es una obra «intensa y deliberadamente didáctica», sostiene Shaw en el prefacio, con el hándicap de un asunto tan poco interesante como el adiestramiento de la dicción. Sin embargo, resulta una comedia artística que obtiene un éxito internacional. La fonética moderna asume la propuesta de Shaw con ciertos matices. El interés de aprender una nueva pronunciación de la propia lengua es indiscutible, si no se asocia a una clase social determinada, porque así se asimila un estándar multifuncional. Por otra parte, el adiestramiento fonético puede ser provechoso para pronunciar

una lengua extranjera de un modo más inteligible y para utilizar rasgos pragmáticamente inclusivos.

Es llamativo el hecho de que Shaw mantuviera durante toda su vida tal interés en la lengua. Hizo campaña por la reforma de la ortografía inglesa y participó de un movimiento asociativo muy interesante. En Francia el lingüista Paul Passy (1859-1940) lideró una petición similar y contribuyó a establecer el alfabeto fonético internacional. Shaw quiso proyectar su voluntad indefinidamente e instituyó un legado para que los lingüistas idearan un alfabeto fonético del inglés, pero el proyecto resultó baldío.

5. Tradición y educación

La gran novedad de la lingüística que anuncia Shaw deslumbra por diversos motivos. En primer lugar hallamos la exhibición de conocimientos que tienen el fonetista y dialectólogo sobre las lenguas y la sociedad; por el habla identifican la procedencia geográfica de otros personajes, con una aproximación de hasta unas pocas calles, si son del viejo Londres. A ese capital científico se añade el despliegue de aparatos y de registros sonoros. El espectador no solo accede al laboratorio del lingüista, sino que puede contemplar cómo aplica este las técnicas de adiestramiento a su alumna.

La lucidez de Shaw queda patente en dos rasgos de la nueva ciencia que apadrina ante su público: la experimentación y el carácter aplicado. La lingüística es una ciencia experimental, tal como se aprecia por la recogida de datos del profesor Higgins, que hace trabajo de campo en zonas de habla *cockney* y también recibe informantes en su estudio. El progreso de la ciencia no solo va asociado a un empirismo productivo, sino que con técnicas de

adiestramiento lingüístico revierte a la sociedad sus conocimientos. En concreto, Shaw exhibe la utilidad de una lingüística que forma en cuestiones de estilo y de reeducación verbal, es decir, lo que décadas después se conocerá como la especialidad de la logopedia.

El desencadenante de la historia de *Pigmalión* es precisamente la naturaleza aplicada de la lingüística, que expresa el profesor Higgins con toda convicción mediante una apuesta. «¿Ve usted a esa muchacha con su lenguaje canallesco?», pregunta Higgins al coronel Pickering, refiriéndose a Eliza. Y prosigue así: «Si fuera cosa de apuesta, yo me comprometería a hacerla pasar por una duquesa». Es un reto nuevo para Higgins, que tiene por ocupación educar a nuevos ricos en las maneras de la buena sociedad. «Con lo que me pagan prosigo mis estudios científicos en fonética y lingüística», apostilla el profesor sobre el rendimiento de su ocupación. La florista oye esos comentarios y, atraída por un objetivo seductor, siente el deseo de mejorar su registro lingüístico. La motivación no es estética, sino instrumental, la de conseguir movilidad social. Ello es congruente con la lingüística y su antecedente más antiguo, la retórica. Higgins es un maestro de retórica, puesto al día con los recursos de la fonética. Domina los fundamentos del arte de hablar en público y de los principios para educar.

La tradición de *Pigmalión* se cifra en la actividad docente del protagonista. Su promesa de cambio profundo de los alumnos, en este caso, la transformación de una florista pobre en una aristócrata, se sustenta en progresos de la lingüística, pero también y esencialmente en la revolución que supuso el mensaje sofístico en la Grecia clásica y su apología de la educación. La sofística aportó novedades fundamentales a la vida social que son efectivas en la actualidad. Una de ellas es la centralidad del discurso en la organización social, en sus vertientes educativa, política y filosófica; con la palabra se educa, se hace política y se reflexiona

dialécticamente sobre la realidad. La otra novedad es el carácter instrumental del conocimiento, de la retórica como arte del comportamiento, que tiene una función práctica.

La comedia *Pigmalión* se nutre de la tradición sofística, en su convicción sobre la formación de la persona. Su mérito se cifra en la presentación de las técnicas nuevas de la lingüística. Son técnicas que aportan una formación específica, más rápida y eficiente. Las figuras de los fonetistas coetáneos de Shaw y, en especial, de Sweet, son la fuente de esa vertiente científica, pero hay otras influencias en la vida de Shaw que remiten con claridad a la función tradicional del rétor.

Las fuentes con que Shaw perfila la personalidad del profesor Higgins están vinculadas a su biografía intelectual y proceden de ámbitos del canto, la declamación y la oratoria. Una influencia fundamental en la educación del dramaturgo fue el profesor de canto George John Vandaleur Lee. No solo era autor de un método original de técnica vocal, sino un heterodoxo en gustos musicales. Lee estuvo íntimamente relacionado con la familia de Shaw y fue un modelo para el escritor. Otro músico, el cantante de ópera Richard Deck, le enseñó un método original de declamación, que consistía en aprender a pronunciar de nuevo todos los sonidos del habla. De ahí que Shaw recomendara a los oradores las «lecciones de elocución de algún maestro fonéticamente competente» (1949, pág. 86). Shaw practicó el alfabeto como un cantor ejercita las escalas y fue uno de los oradores más activos de su tiempo, al que acompañaron la polémica y el respeto.

La personalidad del profesor Higgins está moldeada con estas influencias vitales y reflexivas. Son una amalgama del carácter del autor y de personajes de su entorno, como Alexander Bell, autor del *Declamador Normal*, «el hombre más majestuoso e imponente que jamás vivió en este u otro planeta», que fue profesor de

declamación en su escuela (Shaw, 1949, pág. 49). También estaba en su entorno la figura de Frank Harris, periodista con el que colaboró Shaw, quien tenía:

> «la moral, los modales y la conversación de un bucanero, combinados con una voz y una elocución que le conferían una imponente distinción personal» (Shaw, 1949, pág. 58).

El propio Shaw fue un profesor y planificador lingüístico, si se considera su intervención en la vida pública. El novedoso campo de la radio cuenta como ejemplo de una faceta que compartió con su personaje, el profesor Higgins. Shaw presidió el comité asesor de la BBC, la corporación pública de radiodifusión, en materia de lengua (Jones, 1946, pág. 158). Dicho comité elaboró guías de estilo para publicidad y programas dramáticos.

6. El mito de Cenicienta

La trama teatral presenta los progresos de la educación, pero también conduce a un conflicto personal. Tras meses de intensa dedicación, el adiestramiento verbal y de buenas maneras de Eliza resulta un éxito.

> «¡Menuda tarea la mía —exclama Higgins— con dedicarme a reformar sus vocales y consonantes, y con observar sus labios, sus dientes, su lengua y…, lo que es más complicado…, su alma».

Una prueba delicada es el dominio de la conversación, que exige hallar el tono y los temas apropiados. El proceso remodela también

las habilidades sociales de la alumna, pero Eliza se siente desconcertada ante la conciencia múltiple que ha desarrollado porque le asalta un interrogante sobre su futuro. Le angustia la posibilidad de quedar desarraigada, al retornar con las maneras de una aristócrata a su condición de florista callejera. Este conflicto de identidad es significativo porque se produce cuando la historia parecía resuelta y, por consiguiente, imprime un giro inesperado al argumento.

El mérito formal de abrir un nuevo episodio, que ocupa la última mitad de la obra, es congruente con un tratamiento complejo de lo que implica la educación. ¿Qué ventajas puede deparar a Eliza el experimento del profesor Higgins? El adiestramiento conduce a la alumna a un conflicto de identidad, con lo que lo enfrenta a unos efectos que el formador no había previsto. Al llegar a esta situación, el espectador comprueba que la excelencia del profesor de fonética se ha empequeñecido, al ampliarse la perspectiva a su tarea de educador. Su perfeccionismo queda en entredicho por el egocentrismo y la falta de empatía que le caracterizan. La solución que ofrece Higgins es casar a Eliza con un buen pretendiente, a lo que replica ella dolida que «yo vendía flores, pero no me vendo a mí misma». El profesor, incapaz de reconocer sus limitaciones, se enfurece y lamenta haber descuidado sus estudios al ocuparse de «una chicuela del arroyo, deslenguada y sin corazón».

La crisis de identidad obra en Eliza una maduración admirable. Deja el papel de alumna y se transforma en mujer, de modo que experimenta una emancipación personal. Un reflejo de este logro es el juicio certero que Eliza hace sobre las relaciones sociales y la educación:

> «Fuera de las cosas que cualquiera pueda aprender en un periquete, el vestir, el modo de hablar, etcétera, la diferencia entre una dama y una mujer del arroyo no está tanto en cómo se porta, sino en cómo la tratan».

El maestro es incorregible y trata a la joven como un sujeto paciente, su «obra maestra», sin tenerla en consideración como persona. Sucede, sin embargo, que la obra, la criatura, es independiente de su creador y atesora unos valores que el profesor no imaginaba, como el legítimo deseo de respeto y afecto. Ello pone en evidencia la personalidad unidimensional, secamente profesional del profesor. La obra concluye con la despedida de Eliza, que deja la casa del profesor para independizarse y ganarse la vida, quizá, como logopeda y profesora de modales.

El desenlace de la obra rehúye el romanticismo. En el final original el profesor y la alumna no se emparejan sentimentalmente, pero sí establecen una vinculación dialéctica duradera. Sin embargo, en las versiones cinematográficas y en la adaptación del musical, los guionistas han alterado el plan de Shaw al insinuar el inicio de una relación sentimental. El apólogo de Pigmalión se convierte así en la historia de Cenicienta, es decir, *My Fair Lady*, la humilde doncella que se libera de sus ataduras sociales y halla un galán principesco.

7. La prueba de la traducción

La promoción de la lingüística que realiza Shaw trasciende el contenido de la comedia *Pigmalión*, en el sentido de que es una obra que requiere mucha pericia lingüística en su manejo. Plantea una prueba muy difícil a los traductores o, si se representa en inglés, a los adaptadores a un público ajeno al entorno original. El traductor puede responder de diversas maneras a la confrontación de dialectos sociales y geográficos del Londres de principios del siglo XX. Si opta por reflejar de modo explícito las diferencias verbales de

los personajes, ha de liberarse de la literalidad del original. Hallar la equivalencia funcional de los dialectos es una elección laboriosa y arriesgada (Boix, 2006). Sus recursos son la transgresión de la trascripción y de la norma lingüística. Esta es la opción de la traducción al castellano de Julio Broutá, que adapta los diálogos de Eliza a un habla popular sin marcas geográficas, si bien introduce algunos americanismos en el estándar de la clase alta.

Considerando la actividad de la traducción de modo amplio, cabe distinguir en sus extremos una opción que desvirtúa el original, con una literalidad poco comprensible, y aquella otra que asume el riesgo de potenciar la interpretación de la obra con una adaptación artística. En el primer caso está el uso de los *verba dicendi* o la indicación, marginal y genérica, de que el personaje habla en un determinado dialecto. En un lugar intermedio se sitúa la traducción de las expresiones a la lengua meta, la de la nueva versión, pero reproduciendo de modo fiel las circunstancias del original. En el otro extremo está la adaptación completa, tanto de texto como de ambientación, que puede suponer cambios geográficos y de época.

Si el Pigmalión de Shaw trata de las relaciones entre lengua y sociedad, sus traducciones son una proyección singular de esa relación. Las cuestiones formales que plantea la traducción son muy exigentes, pero no se comprenden sin incluir el comercio que tiene con factores empresariales y económicos. La traducción castellana disponible es de Julio Broutá, traductor habitual de Shaw, que data de los años treinta y está desfasada. En catalán hay dos traducciones que adaptan el original de un modo funcional a épocas diversas. La versión de Joan Oliver (1957) recrea la historia en la Barcelona de los años cincuenta, en tiempos de posguerra, mientras que la de Xavier Bru de Sala (1997) se retrotrae a los años diez, la época original de la comedia de Shaw.

Ambas adaptaciones son excelentes, ya que proporcionan un material valioso para la reflexión sociolingüística, con variedades del catalán determinadas por razones históricas y políticas, como las migraciones o la prohibición durante la dictadura franquista de su enseñanza formal.

8. Manifiesto artístico e intelectual

Después de considerar características de las traducciones, desembocamos en la opinión del sociolingüista Francesc Vallverdú, que juzga intraducible la comedia *Pigmalión*. Vallverdú (1986, pág. 6) no se refiere tanto a la dificultad de recrear los dialectos y registros londinenses como a la «filosofía lingüística» que está oculta en la obra, incluso para el propio autor. Si Shaw criticaba en el prefacio el mal aprendizaje y uso del inglés, implícitamente señalaba la correlación de la lengua y las diferencias sociales. La cuestión subyacente de la obra, que quizá pasó desapercibida al propio autor por considerarla natural, no es la calidad de las prácticas verbales, sino la lengua como expresión de rango social. Dicho de otro modo, el asunto de la historia es la rígida estratificación de clases y los efectos de identificación y selección que operan mediante el lenguaje.

Shaw es un reformador que señala el problema de los dialectos sociales y presenta la fonética como disciplina idónea para reeducar a hablantes de la variedad baja. En vez de apelar a una utopía social, su sentido práctico lo lleva a centrarse en la lengua para atenuar las fronteras entre clases. Se podría objetar que su pretensión es ingenua, pues el dominio del supradialecto unitario no implica igualdad social. Un aprendizaje lingüístico deja a un

lado aspectos tan importantes como los valores y las pautas de comportamiento. A propósito de estas diferencias, se consiguen unos efectos cómicos que cuentan como una crítica social. Así, cuando el padre de Eliza se presenta en casa de Higgins para reclamar un pago por lo que cree que es una relación ignominiosa, el profesor lo afea por ser capaz de vender el honor de su hija. A ello Doolittle le responde con franqueza que sus medios no le permiten tener miramientos. Y aún añade que «tampoco tendría usted moralidad si fuera tan pobre como yo». Por consiguiente, la moral es relativa a la clase social y, para modificar la escala de valores personales, se requiere un aprendizaje y unas condiciones que no puede suministrar un curso de lengua y buenas maneras.

El autor reconoce en el epílogo que Eliza no tiene la educación necesaria para vivir como una dama. Su paso de un sector social a otro es superficial y precario. La aculturación que experimenta desorienta a la joven. Ese proceso podría haberla perjudicado si no hubiera contado con el tesón para progresar en su crecimiento personal. La feliz formación de Eliza se debe a que su maduración psicológica le confiere la pericia necesaria para enfrentarse al profesor y ganarse su respeto. Así consigue modificar el comportamiento de un erudito que se ha mostrado arrogante e insensible. Así pues, *Pigmalión* concluye como una obra satírica y aleccionadora sobre la metamorfosis, la que se produce tanto en el espíritu de la alumna como del maestro.

La tesis shawiana que postula la historia es que «el control del destino de las personas está determinado por el control del código lingüístico de los sectores dominantes» (Boix, 2006, pág. 60). El dramaturgo sostiene que nuestra identidad está vinculada a nuestra forma de hablar, por lo que si se logra modificar los rasgos orales se modifica la identidad. La preocupación de Shaw por las barreras diastráticas de la lengua inglesa ha perdido parte de

su razón con el transcurso del tiempo. No hay hoy en día tantas diferencias dialectales y la preferencia por un estándar no marcado muestra una evolución mesocrática. La actualidad del mensaje de Shaw se cifra en la importancia de los registros y en la utilidad de una gama amplia de hábitos discursivos. Precisamente, aquí entra en juego el motivo general de la comedia, que es la confianza en la educación.

Shaw apela al principio de realidad para promover los valores de la educación. La apología de la lingüística que proclama su comedia *Pigamlión* constituye un manifiesto esperanzado sobre la movilidad social. La historia del progreso de una joven pobre es un artificio emocionante para interesar al público por la realidad de la lengua y sus variantes sociales. Lo prodigioso de su mensaje es que no solo anuncia con una anticipación extraordinaria el futuro de la lingüística, sino que lo hace con dos instrumentos fundamentales. Se vale del arte dramático como una fuente fascinante de acción social y aplica, también, un conocimiento preciso de las funciones de la incipiente lingüística.

El tópico de que el profesor Higgins es el correlato del fonetista H. Sweet resulta una simplificación inaceptable. El propio Shaw desmiente la supuesta identidad no solo en el prefacio de *Pigmalión*, sino con su fascinante biografía, rica en influencias intelectuales, actividades profesionales y producciones literarias. La figura del profesor Higgins excede la fonética, pues se implica en cuestiones de sociolingüística, oratoria y educación. En definitiva, el programa de Higgins es fruto no ya de unas técnicas lingüísticas, sino de un ideario ilustrado y ferozmente crítico.

Bernard Shaw publicita con su obra más famosa un manifiesto, intelectual y artístico, de la lingüística como ciencia empírica y social. Un fenómeno de este tipo es único en la historia de la lingüística. La razón de esta concurrencia de factores se halla en

la personalidad desmesurada e inverosímil de Shaw. Es un autor que se adelanta a su tiempo con una producción magna e iconoclasta, que renueva el programa clásico de la dialéctica, de la discusión entre personajes como procedimiento para buscar verdades, utilidad y belleza. La historia ha deparado la ironía de que *Pigmalión,* la obra más ligera de Shaw, sea la más popular y que con ella se haya compuesto el alegato visionario de la lingüística. Con su obra y su propia vida, Shaw trasciende el ideal humanista del gramático, asentado en la biblioteca alejandrina o renacentista, y representa el modelo más dinámico y capaz del paradigma analógico o gramatical. Es orador político, literato de vanguardia, educador entusiasta, reformador y promotor de la lingüística

Bibliografía

Bentley, Eric (1957). *Bernard Shaw*. Londres: Metheun & Co (1967).

Bernstein, Basil (1974). *Class, Codes and Control*. Londres: Routledge.

Boix, Emili (2006). «Els Pigmalions catalans de Joan Oliver i Xavier Bru de Sala: dues aportacions separades per quaranta anys». *Els Marges* (n.º 78, pág. 56-80).

Broutá, Julio (1930?). *Pigmalión* (traducción de la obra de B. Shaw). Barcelona: Bruguera (1983).

Chesterton, Gilbert K. (1909). *George Bernard Shaw*. Sevilla: Renacimiento (2010).

Crompton, Louis (1969). *Shaw the Dramatist*. Londres: George Allen & Unwin (1971).

Grene, Nicholas (1984). *Bernard Shaw. A Critical View*. Londres: Macmillan.

Henderson, Archibald (1932a). *Bernard Shaw: Playboy and Prophet*. Nueva York: Appleton.

Henderson, Archibald (1932b). *George Bernard Shaw: Man of the Century*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts (1956).

Jakobson, Roman (1966). «Henry Sweet's Paths Toward Phonemics». En: Charles Ernest Bazelll (ed.). *In Memory of J. R. Firth* (págs. 242-254). Londres: Longman; traducción castellana de Guillermo Antonio Villegas, «Henry Sweet, pionero de la fonología moderna». En: *Thesaurus* (tomo 33, n.º 1, 1978, págs.127-139).

Jones, Daniel (1946). «G. B. S. and Phonetics». En: S. Winsten (págs. 158-160).

Lerner, Alan Jay (1956). *My Fair Lady: a musical play in two acts based on Pygmalion by Bernard Shaw*. Middlesex: Penguin Books (1981).

Oliver, Joan (1957). *Pigmalió* (adaptación y traducción de la obra de B. Shaw). Barcelona: Edicions 62 (1986, 2006).

Pygmalion [película cinematográfica]. Dirigida por Anthony Asquith y Leslie Howard (1938) y por George Cukor (1964).

Sala, Xavier Bru de (1997). *Pigmalió* (adaptación y traducción de la obra de B. Shaw). Barcelona: Edicions de la Magrana (1997).

Shaw, Bernard (1912, 1941). *Pygmalion*. Harlow: Longman (1983). Edición castellana: *Pigmalión* (traducción de Julio Broutá, 1930?). Barcelona: Bruguera (1983). Ediciones catalanas: *Pigmalió* (traducción de Joan Oliver). Barcelona: Nereida (1957) y Barcelona: Edicions 62 (1986, 2006); *Pigmalió* (traducción de Xavier Bru de Sala). Barcelona: Edicions de la Magrana (1997).

Shaw, Bernard (1949). *Dieciséis esbozos de mí mismo*. Barcelona: Península (2002).

Shaw, Bernard (1963). *On Language*. A. Tauner (ed.). Nueva York: Philophical Library.

Sweet, Henry (1876). *Sweet's Anglo-Saxon Reader in Prose and Verse*. Oxford: Oxford University Press (1986).

Vallverdú, Francesc (1986). «Pròleg». En: B. Shaw. *Pigmalió* (traducción de J. Oliver, págs. 5-8).

Wainger, Bertrand M. (1930). «Henry Sweet: Shaw's Pygmalion». En: *Studies in Philology* (vol. 27, n.º 4, págs. 558-572).

Winsten, S. (ed.) (1946). *G. B. S. 90. Aspects of Bernard Shaw's Life and Work*. Londres: Hutchinson.

Capítulo VIII

Retórica actual en el ejemplo de Hans Küng

1. Modelos contemporáneos de elocuencia

La historia de la elocuencia requiere solicitud de los investigadores para explorar un ámbito prometedor. Una característica llamativa de la oratoria es que los estudiosos suelan ocuparse, por lo general, de períodos alejados de nuestro tiempo. Se explica esta elección temporal por dos razones: la preferencia que gozan las fuentes clásicas y renacentistas y, por otra parte, la conveniencia de una perspectiva histórica consolidada.

Los estudios de oratoria adoran la tradición. Esta elección temporal es mucho más que la preferencia de una parte. Constituye la manifestación del punto de vista de la historiografía lingüística. Su canon reconoce las fuentes clásicas y teoréticas, pero descuida lo contemporáneo y aquello que implica aplicaciones de la teoría. Por consiguiente, no solo desconoce las contribuciones de sus oradores y rétores actuales sino que desdeña las causas históricas que nutren su función social.

Para explorar el campo exterior de este canon restringido nos hemos propuesto esbozar un episodio de la historia de la elocuencia contemporánea. La pregunta que nos hemos hecho es la siguiente. ¿Qué orador puede representar un modelo de comunicación pública? En este planteamiento se reúnen dos elementos: el ejemplo y la reflexión. El orador elegido tiene el valor de un ejemplo, de una muestra valiosa, personal y específica de cómo aplica su talento comunicativo. Su mérito consiste en que la efi-

ciente práctica discursiva se perfila sobre un trasfondo reflexivo en torno a la oratoria, sus recursos y su finalidad social.

Si la época moderna es extraordinaria, como acredita el fecundo Renacimiento español, no desmerecen las contribuciones de la época contemporánea. La industrialización y los medios de comunicación dan cobijo a desarrollos y experiencias oratorios. Hemos argumentado en otro lugar sobre el modelo que aporta Mark Twain (1835-1910) a la elocuencia en la segunda mitad del siglo XIX, mediante un modelo que combina humorismo, fabulación y sátira moral (Laborda, 2013, págs. 117-123). A su vez, en la primera mitad del siglo XX descuella la figura de Ramón Gómez de la Serna (1888-1963), literato de la imagen poética al servicio de un mensaje original y risueño (Laborda, 2014, págs. 142-148). Estos oradores atesoran actuaciones y reflexiones magistrales sobre el arte de hablar (Twain, 1897, 1917; Gómez de la Serna 1948). Twain y Gómez de la Serna son ejemplos memorables que, por su creatividad y valor social, alcanzan la categoría de modelo.

2. Canon de acción, reflexión e intención

¿Qué orador podría representar un ejemplo sobresaliente de la elocuencia en la segunda mitad del siglo XX? Como anuncia el título general, la personalidad y la obra del profesor suizo y teólogo católico Hans Küng nos han persuadido de su idoneidad. No es nuestra intención afirmar que sea el mayor orador de su tiempo, porque es preferible rehuir la competición en un panorama pletórico de figuras. Solo sostenemos que merece que se considere con atención la labor oratoria de Hans Küng y su correspondencia con un canon integral de la oratoria.

Conviene aclarar en este punto qué rasgos personales consideramos necesarios para constituir un ejemplo de la elocuencia contemporánea. Son estos tres: orador, rétor y moralista. El primero expresa la acción, el segundo la reflexión y el tercero la intención.

- Orador: se distingue por la capacidad discursiva, con fluidez en diversos canales (oralidad y escritura), registros (de la informalidad a la solemnidad) y fines (del elogio de circunstancias al discurso). La virtud oratoria es acción y sociabilidad para comunicar emoción y convencer.
- Rétor: aporta la faceta reflexiva de la elocuencia, que desarrolla con el conocimiento de las fuentes o con el examen de su práctica discursiva, de lo que deja constancia en trabajos académicos o en relatos autobiográficos sobre su faceta de orador.
- Moralista: término con el que no referimos aquí al apologeta de una doctrina, conforma el tercer y definitivo componente de la elocuencia, que es la intención o propósito de la comunicación. La actitud moral que adopta el orador lo libera de seguir o halagar al grupo y lo hace responsable de su obra. En definitiva, le otorga autoridad.

De estas tres facetas, la del orador asume el rol de arquetipo, de portavoz de las otras. Hasta tal punto la notoriedad de lo actoral ensombrece el papel de las vertientes metalingüística y ética que puede creerse en su autosuficiencia. «La política es el jardín de los charlatanes», manifiesta Bernard Shaw, otro ejemplo de oratoria contemporánea (Laborda, 2013, págs. 70-83).

A la actividad política del orador podemos añadir otras que se manifiestan en el estrado. La locuacidad del charlatán engaña sobre una capacidad oratoria que requiere fluidez y adecuación (Laborda, 2014, pág. 14). El locutor o la estrella de los medios

de comunicación son una variedad leve de esta confusión. El rol de gladiador de debates encarna la modalidad severa. Arthur Schopenhauer (1831) describe sardónicamente esta deformación oratoria en *El arte de tener siempre razón*, un compendio de estratagemas para vencer sin escrúpulos.

La vertiente retórica o reflexiva sobre la actividad comunicativa es particularmente brillante entre los académicos, porque es afín a su mundo o puede centrarse en ese campo de estudio su labor universitaria o divulgativa. Mauricio Beuchot, en *La retórica como pragmática y hermenéutica* (1998), distingue como ejemplos de esta labor a Aristóteles, Cicerón, Boecio, fray Luis de Granada o Blaise Pascal, entre otros. La dedicación a las humanidades favorece la producción de reflexiones y obras valiosas, que orientan sobre aspectos como la fundación de la retórica por Aristóteles, la habilidad natural de Cicerón, los tópicos según Boecio, el sentimiento en F. de Granada o la sutileza de Pascal. Esas manifestaciones especializadas son fuente de riqueza teorética, que mana no solo de ensayos o tratados sino de obras más personales, narrativas o aforísticas.

La tercera vertiente, la de la moralidad, es determinante para constituir un orador y lograr una influencia real. Mark Twain consigue su fuerza con el atractivo del humorista y la sagacidad del moralista. Se define a sí mismo como un predicador, no en el sentido religioso ni puritano, sino ideológico. «El humor es sólo una fragancia, una ornamentación», que necesita de una posición moral para perdurar, afirma (Twain, 1917, pág. 346). La moralidad es una forma de significar la perspectiva con que se interviene y el conocimiento que el orador necesita tener de sí mismo. La comunicación retórica es, por encima de todo, un procedimiento de pensamiento. Parte del concepto de que la realidad es una construcción social del conocimiento. Las personas

aportan versiones de esa realidad. La enseñanza de esa diversidad conceptual es que la perspectiva moral determina los juicios. La argumentación y el relato son formatos para explorar la legitimidad de los diversos puntos de vista.

A las tres vertientes del comunicador elocuente —orador, rétor, moralista— hay que añadir una restricción a nuestra búsqueda. Excluimos aquellas personalidades que desempeñan un cargo en instituciones políticas. El liderazgo y la capacidad de estadistas puede ser incontestable, pero esa función altera demasiado su figura. El poder político es un estadio que distorsiona nuestro estudio. De ahí que nos parezca prudente escrutar la labor de ciudadanos de a pie. El prestigio de estos civiles surge de factores sociales, académicos o políticos, pero no de institución alguna destinada a promover carisma con el poder.

3. Vida y razones de Küng

Nuestra elección del teólogo Hans Küng (Sursee, Suiza, 1928) se debe a que cumple de manera sobresaliente los tres requisitos del orador que hemos perfilado arriba. Nos habría gustado invitar al lector a imaginar una respuesta personal a la pregunta sobre quién podría representar un ejemplo de la elocuencia contemporánea. Dar una respuesta en el mismo título del artículo condiciona la lectura, pero esta exposición reveladora puede animar a quien tenga ante sí estas palabras a indagar sobre otros ejemplos y, lo que es más importante, las características de su oratoria.

El prestigio de H. Küng por su activismo intelectual y su proyecto de una ética mundial da cuenta de una personalidad extraordinaria. La presentación aquí de su figura es ajena a su profesión

religiosa y a su oposición al modelo oficial de la Iglesia católica. Nuestro comentario no participa de la controversia entre Küng y el Vaticano ni opina sobre las ideas que están en discusión.

Resulta delicado tratar de cuestiones tan importantes como la conquista de la libertad personal y la polémica sobre principios éticos, aunque ello sea un medio para dilucidar aspectos formales de oratoria. En efecto, resulta delicado pero es necesario tratar de asuntos serios, trascendentes para la población y dramáticos para sus protagonistas, si esperamos conocer qué sucede en la realidad del discurso público.

Hans Küng nació en la ciudad suiza de Sursee en 1928, en el seno de una familia católica conservadora. Estudió filosofía y teología en el Colegio Germánico de Roma y la Universidad Gregoriana Pontificia. Fue ordenado sacerdote en 1954 y ofició su primera misa en el Vaticano. Se doctoró brillantemente en París con una tesis sobre teología evangélica (Küng, 1957). Entre 1957 y 1959 se dedicó a la pastoral en parroquias de Lucerna. A partir de 1960 fue catedrático de teología en Tubinga, en Alemania, donde ha impartido docencia hasta su jubilación, en 1996.

Fue determinante en su vida la participación en un acontecimiento que supuso un cambio copernicano del catolicismo. El papa Juan XXIII lo nombró perito en 1962 para que asistiera al concilio Vaticano II como consejero teológico. Por entonces comenzó a criticar aspectos tradicionalistas de la doctrina católica, un empeño en el que ha perseverado con numerosas publicaciones y apariciones en los medios de comunicación. Sus libros *Ser cristiano* (1974), *¿Existe Dios?* (1978) y *¿Vida eterna?* (1982) encontraron enorme eco entre creyentes y no creyentes. En 1979 el Vaticano le retiró la licencia eclesiástica para ejercer la enseñanza. No obstante, la universidad pública de Tubinga lo mantuvo en su claustro con una cátedra de teología ecuménica.

Por un designio que parece propio de una trama teatral, su vida ha seguido un curso muy cercano al del teólogo Joseph Ratzinger. Ambos fueron consejeros en el Concilio Vaticano II. También compartieron aulas y departamento en Tubinga. Pero su concepción de la religión y de la vida no ha podido ser más antitética. El antiguo colega de Küng alcanzó el rango de cardenal, presidió la Congregación de la Fe, la entidad sucesora de la Inquisición, y finalmente fue investido papa con el nombre de Benedicto XVI. A diferencia de Ratzinger, que ha recorrido todos los escalafones de la Iglesia, la carrera de Küng, que podía haber sido brillante, no prosperó en este sentido por una opción deliberada a favor de su libertad intelectual y de su llamada ética. Su convicción se alió con una época propicia e inclemente a la vez, en la que halló el *kairós*, la oportunidad de realizarse.

El estudio de las religiones mundiales llevó a Küng a redactar el *Proyecto de una ética mundial* (1990) y a promover la Fundación Ética Mundial, de la que es presidente desde 1995. Küng se cuenta entre los pensadores más relevantes de nuestro tiempo, con críticas a la infalibilidad papal (1970), la desigualdad de la mujer en el cristianismo (2001) y el porvenir de la iglesia (2011). El coraje moral con que ha desarrollado su labor como humanista, sin renunciar a su sacerdocio, ha forjado el carisma de esta personalidad. Tras una larga vida de actividad, cuando Hans Küng se pregunta cómo presentarse, con qué figura se reconoce, asegura que es un profesor, un intelectual.

La treintena de obras suyas, algunas de las cuales han tenido audiencias abrumadoras e insólitas para el género del ensayo, avalan esta asunción. De ellas nos ha parecido oportuno destacar sus dos relatos autobiográficos. Con más de setenta años cumplidos publica sus memorias *Libertad conquistada* (2002) y *Verdad controvertida* (2007). Aunque sea a vuela pluma, de las memorias nos importa señalar sus valores retóricos como discurso y modelo de comunicación elocuente.

4. Justificación del relato autobiográfico

¿Por qué habla de su vida Hans Küng? Esa es la primera cuestión que desea contestar el autor en la entrega inicial de sus memorias. «Todo podía haber sido distinto», afirma en la reveladora frase con que inicia su narración (2002, pág. 9). En este preámbulo el autor no solo aporta un discurso elocuente sobre sus motivaciones, sino que desarrolla un esquema retórico de justificación propio del *ars epistolandi* renacentista (Kristeller, 1980, pág. 22).

En las mil quinientas páginas del conjunto —*Libertad conquistada* y *Verdad controvertida*—, de lectura fascinante, cuenta con serenidad, precisión y respetuosa franqueza una peripecia de siete décadas. El brillante estudiante del Colegio Germánico de Roma, que parecía destinado a ocupar puestos de la jerarquía eclesiástica, imprimió un giro a su vida al asumir el papel de librepensador que practica su religión con un sentido crítico insólito. El desamparo de esos tiempos tempestuosos le ha deparado, como emotivamente reconoce, un consuelo en el apoyo de muchas personas.

Por si hubiera alguna duda sobre su intención testimonial, Küng afronta su biografía con gratitud y «con espíritu de lucha, que no hay que confundir con ganas de pelea» (2002, pág. 9). Afirma que en los enfrentamientos que ha vivido se ha visto implicado sin buscarlos, pero tampoco sin evitarlos. ¿Fue un designio cruel? No, se trató de «una causa grande en la que creo», declara, «por la que merece la pena luchar» (2002, pág. 9). Con la autobiografía el autor intenta perfilar los contornos de una persona que ha intentado servir a esa causa.

Küng ha pulsado la hora tumultuosa de la historia en la segunda mitad del siglo XX. Traspasada esa frontera, concibe el momento en que escribe su relato, a principios del XXI,

como nuevamente propicio para promover su afán ecuménico. Supone que se dan «las bases para una nueva época mundial y eclesial». Pide que el hecho de hablar de sí mismo no se vea como una arrogancia.

En lo tocante a la objetividad, reconoce que la historia de su vida, como en toda historia, es historia interpretada. Pero alega con firmeza que, en tanto que autobiografía, «es historia interpretada por mí mismo y tiene, por ello, su propia autenticidad». Con ello desea evitar leyendas y prejuicios sobre su persona. Sin falsa modestia, se concibe como alguien que aparece en la historia de la Iglesia y de la teología.

Como sea que teme a los historiógrafos oficialistas, que «silencian lo que no les conviene y endulzan los conflictos» (2002, pág. 10), toma la palabra para establecer su punto de vista. Küng conoce el dilema entre el narrador fascinante, que toma con libertad los hechos, y el historiador que se compromete a relatarlos sin licencias. Por lo tanto, desestima expresamente el consejo literario que Umberto Eco refiere de Baudolino, un personaje novelesco que para divertir no duda en mentir e inventar historias. A Küng no le tienta la vanidad del narrador trepidante; desea ajustarse a lo que ha vivido.

En realidad, su relato cronológico tiene una finalidad argumentativa que no versa sobre sí mismo sino sobre las religiones y la consecución de una ética mundial que las vincule. Habla de él, pero concibe su vida como la expresión existencial y particular de su época. La exposición de lo privado es para Küng un medio obligado y apasionado de conocer con ecuanimidad una realidad controvertida. El mérito de esa escritura franca e introspectiva con que el autor narra sus vivencias consiste en la composición clara y perspicaz de un análisis histórico de los acontecimientos ideológicos que ha conocido.

5. La forja del orador

La trayectoria vital de Hans Küng ofrece múltiples aspectos y episodios que están vinculados a la elocuencia y la teoría retórica. Para ofrecer una visión amplia y comprensiva, escogemos tres facetas: la formativa, la académica y la agonística. La formativa atañe a la época de estudiante en centros eclesiásticos de élite en Roma, hasta la investidura como doctor. La faceta académica refiere recursos de su actividad profesoral en la universidad alemana de Tubinga, como residente, y en otras universidades como invitado. Finalmente, la faceta agonística expone elementos discursivos de su activismo reformista ante el Vaticano, en un escenario tan dramático como es una gigantomaquia.

Para comenzar con la faceta formativa, recordamos un pasaje ciceroniano sobre la forja del orador. La tradición retórica cuenta en un lugar principal con la contribución de Cicerón, que establece un modelo de orador. Según él, la acción comunicativa, en general, y la forja del orador, en particular, preceden a la sistematización de la retórica. En *Sobre el orador* (55 a. C.), la obra más extensa y ambiciosa de las que compuso, sostiene esta curiosa ordenación temporal y de causa. «La elocuencia no ha nacido de la técnica retórica, sino la retórica de la elocuencia», afirma Cicerón (I 145), es decir, que el orador precede a la sistematización de la retórica. La capacidad reflexiva de Hans Küng sobre su propia oratoria convierte sus memorias en archivo para elaborar un capítulo de la historia de la elocuencia.

Cicerón considera que el orador ideal ha de destacar en tres vertientes, que son:

- las cualidades innatas,
- conocimiento de la técnica retórica y una amplia cultura,
- la práctica como medio para alcanzar la maestría.

Esta tripartición de las cualidades del orador aparece en *Sobre el orador* (*De Oratore*) con los términos de *natura*, *ars* y *exercitatio*, esto es, dotes naturales, conocimiento de la técnica retórica y un adiestramiento perseverante con la escritura y la oralidad (I 113-133). Con la alfabetización general desde la revolución industrial, este programa de estudios es una realidad común en la enseñanza de niños y jóvenes. Con más motivo lo es en el caso de los estudios superiores, con los que se consigue corrección, fluidez y conocimientos de los oradores.

La formación de Hans Küng es una muestra de ello. Su estancia de interno en el Colegio Germánico, según el reglamento jesuita, supuso observar durante años dos principios: el estudio durante todo el día (*studium per totum diem*) y silencio durante la noche (*silentium religiosum*) (2002, pág. 71). El estricto orden y el exigente plan docente fueron los límites, de soledad casi monástica, de un escenario para la excelencia.

De esta época menciona un episodio del que extrajo una máxima retórica. Paradójicamente, su fuerza mana del silencio. Resulta que Küng ha recibido una amonestación escrita del director porque ya no le considera el «alumno ejemplar» que ha sido. En vez de aceptarla resignadamente, algo que podría utilizarse para su expulsión, se dirige a su despacho para rebatir los reproches. El director insiste en que firme el documento para dar por concluida la entrevista. La reacción del estudiante, con silenciosa resistencia, da indicios de la presencia de ánimo que mantendrá en conflictos mayores.

> «Pero yo sigo sentado: con la mirada ligeramente hacia abajo, como más tarde practicaré en la meditación budista. En silencio, silencio, silencio, firmemente decidido a no salir de la habitación del rector si éste no renuncia antes a que yo firme su carta. Pero también él calla y calla y calla.

> Un duelo, en silencio, como nunca he vivido ni antes ni después. Me parece que dura una eternidad. Sólo sé una cosa: el que primero vuelva a hablar, ha perdido. Y por eso me mantengo. Y... es *él* quien empieza. Resultado: no tengo que firmar la carta» (Küng, 2002, pág. 118).

Küng debe a su experiencia de estudiante cierto aprendizaje sobre cómo pensar, actuar y resistir ante las imposiciones. En especial, habrá de demostrar una gran resistencia ante el expediente del Santo Oficio, marcado con «el número de protocolo 399/57i, en el que se han recogido, desde el año de mi doctorado (1957), algunas cosas referentes a mis escritos y a mis conferencias en Europa y en Estados Unidos, especialmente sobre la censura previa y el Índice», manifiesta en la autobiografía (2002, pág. 484). Por desgracia, estas cuestiones son solo el inicio de un memorial de agravios para la jerarquía eclesiástica.

La aspiración de Küng, acorde con el programa formativo que ha asimilado, es el dominio del arte de la palabra. En su primera misa, que celebra en 1954 en el Vaticano para la guardia suiza, formula el ruego de que «Dios le abra la puerta de la palabra», parafraseando una epístola del nuevo testamento. Con la capacidad discursiva del *ars predicandi*, que sin duda ha adquirido muy bien, elogia en su homilía un mensaje político del cristianismo. «La monarquía de Cristo quiere decir democracia», afirma, porque «gobernar significa servir» (2002, pág. 148). El nuevo oficiante se da cuenta de que su tono, inusual en el Vaticano, expresa su verdadero pensamiento.

A la estratagema del silencio y el dominio del discurso Küng añade la pericia de la dialéctica. Sobre esta capacidad para el debate resulta ilustrativa la defensa que hace de su tesis doctoral ante un tribunal en parte adverso. La tesis trata del pensamiento teológico del protestante suizo Karl Barth (1886-1968), que promueve el encuentro de las iglesias cristianas. Küng presiente que

el especialista en Barth y miembro del tribunal, Henri Bouillard, le someterá a un examen exacerbado por capricho personal. Para asegurar su defensa elabora un argumentario exhaustivo y preciso. «Analizo en qué pasajes de mi trabajo puede haber lugar para la correspondiente objeción», reconoce Küng (2002, pág. 179 y ss.). Anota a continuación una respuesta en la que incluye ideas publicadas por el propio Bouillard. Un «trabajo nada fácil, pero que vale la pena», reconoce Küng. Quizá convenga añadir que, a pesar de su conveniencia, es del todo inusual una preparación de la defensa tan meticulosa como la que se observa en este caso.

Küng narra con rigor de historiador la sesión de defensa de su tesis. El epígrafe del pasaje, «Una batalla ganada», anuncia el éxito tras un desarrollo belicoso. Presentarse ante un tribunal de cinco doctores es una situación que carga de responsabilidad al investigador. Tras la exposición de Küng vienen las preguntas, a las que no es fácil responder. Destacan las numerosas objeciones de Bouillard, exactamente las que Küng había previsto. «Con un disfrute creciente, aunque disimulado, los demás miembros del tribunal ven cómo allí un joven teólogo suizo aguanta todos los ataques del experto en teología afamado en Francia, atreviéndose incluso a contraatacar en lo que se refiere a la interpretación de Barth», asegura Küng (2002, pág. 183).

Los asistentes comprueban que es capaz de «repeler los ataques, bien provisto de munición de respuesta». Al ser finalmente investido doctor en teología (Küng, 1957), con la calificación de *summa cum laude*, contempla como en un sueño los doce últimos años que ha dedicado al estudio, tres en Lucerna, siete en Roma y dos en París. La alegría por el éxito no es completa, porque «uno puede estar muy solo después de la batalla». La soledad es una servidumbre amarga y corriente en la vida del estudiante, pero da paso a una madurez abierta a nuevas posibilidades.

6. La faceta de profesor y rétor

Cubierta la etapa formativa, pasamos a reseñar la de académico. Al poco, en 1959, Küng recibe la invitación para ocupar una cátedra de teología en la universidad alemana de Tubinga. Este reconocimiento precoz es solo una parte de la recompensa. La otra es la libertad de cátedra. En efecto, que se trate de una universidad pública le supondrá a Küng dos décadas como docente de teología católica y, tras su inhabilitación en 1979 por el Vaticano, no ya su expulsión sino dos décadas más en el mismo centro como profesor de teología ecuménica.

El informe rectoral de su admisión destaca lo siguiente de la tesis doctoral:

> «Gracias a una interpretación del todo inusual ha supuesto un gran estímulo para el diálogo entre las confesiones, y con ello no sólo ha causado gran sensación sino que ha merecido también la adhesión de importantes teólogos».

Vaticinando visonariamente un futuro halagüeño a Küng, en el informe se lee también:

> «Esperamos que la capacidad juvenil para adentrarse en problemas centrales demostrada hasta ahora, que hace prometedor el fenómeno entero de Küng, se mantenga también en el futuro en el terreno de la historia o en el más reducido de la teología fundamental» (2002, pág. 266).

El ingreso de Küng en la función de docente coincide con la edición de su segundo libro —le ha precedido la tesis—, *El concilio y la unión de los cristianos* (1960). Ha tenido ocasión de mostrar el manuscrito al cardenal Montini —Pablo VI desde 1963— y de reparar en la distancia que lo separa de la Curia. Küng propone reformas litúrgicas, políticas y de derechos civiles. Recomienda el

uso de la lengua vulgar en los oficios, en vez del latín. Propone descentralizar el poder y transferirlo a los obispos, para espanto vaticano. Solicita la supresión del Índice de libros prohibidos, mecanismo de censoras y la aceptación del papel activo de los laicos. La intención de estas medidas es conseguir la reunificación de las confesiones cristianas. Por último, no es pequeño atrevimiento también la invitación a los católicos a reconocer una parte de la culpa en la división de la Iglesia.

El éxito del libro es inmediato, con ediciones en muchas lenguas, ventas sensacionales y unas ciento cincuenta recensiones. «Este libro con toda su energía y detalle lleva al lector de forma incomparable a la cima de los retos del papa y de las necesidades del mundo», afirma una revista católica. Entre los protestantes la impresión es aún mayor:

> «La casi cósmica división entre Roma y el resto se trata con una libertad de espíritu y una honestidad lúcida sin precedentes».

Sin embargo, en paralelo y en sentido contrario crece el expediente 399/57i —«i» de Índice—, que en secreto se le ha abierto en el Santo Oficio.

La publicación de las tesis reformistas de Küng es una faceta de la labor académica, que se nutre de docencia y de la discusión pública de sus estudios. La irrupción en la arena pública es impresionante. La universidad católica de Boston invita en 1963 a Küng a pronunciar una conferencia en su campus. Hasta ese momento los cursos con grupos reducidos, en la tranquila ciudad de Tubinga, ha sido un ámbito en el que se siente cómodo porque funciona como una extensión de su vida universitaria, pero le inquieta el salto a un gran auditorio. Se trata de un reto oratorio sobre el que razona que si los colegas americanos tienen el valor

de invitar a «un joven inexperto, entonces éste tiene que tener el coraje de aceptar la invitación» (2002, pág. 395).

Afronta el compromiso americano con una meticulosa preparación de su discurso, en el que proclama la idea de la libertad como guía evangélica. Si para Küng la libertad es un don y una tarea del creyente, el mayor mal no es la amenaza contra esta desde fuera, como por ejemplo un régimen dictatorial, sino desde dentro de una institución opresiva. En las conferencias que pronuncia por Estados Unidos aboga por la libertad de conciencia, de palabra y de acción.

A Boston le sigue un circuito de grandes auditorios, como los de Chicago, Washington o San Francisco, con una media de tres mil oyentes —y un aforo máximo de ocho mil—, que le dedican una ovación cerrada al final de cada sesión. Küng, que acaba de conocer la vitalidad de los circuitos de conferencias americanos, propios de la oratoria industrial como aquellos en los que se formó magistralmente Mark Twain, vuelve a Europa tan impresionado como esperanzado en su proyecto moral (2002, págs. 395-405).

No puede sorprender que años después, en el quinto centenario de la universidad de Tubinga, en 1977, su gobierno escoja a Küng para pronunciar la lección conmemorativa. Los profesores han hecho una petición sobre un asunto y un orador. No quieren escuchar una disertación de epistemología o historia de la institución, sino del problema de la existencia del hombre y de Dios.

> «El único al que creemos capaz de hacer eso en un lenguaje que entendamos quienes no somos teólogos no es éste o el otro, sino Hans Küng»

Esto es lo que aseguran sus colegas mientras callan contrariados en el obispado (2007, pág. 499).

Los acontecimientos extraordinarios no son una excusa para que Küng se despreocupe de su dedicación académica. Supone para él una actividad cotidiana de importancia, en la que distingue varias vertientes. En su calidad de profesor, imparte clases con puntualidad y preparación. Suele añadir la novedad de los libros publicados en el temario de sus cursos, cuya docencia alterna durante unos años con Joseph Ratzinger.

Como contrapartida, reconoce que de las clases obtiene pistas «para clarificar las propias ideas y para descubrir a estudiantes con talento» (2007, pág. 304). A su vez, como investigador dirige la revista de teología de la facultad y participa en comités editoriales. Las reuniones de facultad, con sus controversias económicas y laborales, o los encuentros itinerantes para coordinar publicaciones son las facetas más desasosegantes de su vida académica.

La universidad y las actividades culturales permiten a Küng tener contacto con destacados intelectuales, como Paul Feyerabend, Noam Chomsky o Konrad Lorenz. Küng asegura que en encuentros con personalidades tiende «menos a hablar de mis temas que a escuchar y aprender» (2007, pág.199). Le interesa la inteligencia y la originalidad de sus contertulios. Esa actitud tendrá más adelante una denominación. En una época en que la «interdisciplinariedad» aún no está de moda, se ocupa de que su mundo no conste solo de religión y que su ciencia sea solo de «teología». Le apenaría que el esfuerzo intelectual le hubiera convertido en un gran especialista que desconoce la hora histórica de su mundo, es decir, en «idiota especializado».

El cambio y la superación de los límites en que le educaron son rasgos de este intelectual. Al compararse con Joseph Ratzinger, afirma sin ambages que su colega no ha cambiado intelectualmente. «¡Sencillamente se ha quedado anclado! », dice de Ratzinger, «anclado en la teología latinas antiguas y medie-

vales, las de Agustín y Buenaventura; anclado en la ambición política de ascenso por la escala del poder jerárquico». Ni siquiera como teólogo le reconoce en su escasa obra una contribución consistente. En este juicio sobre las respectivas trayectorias, Küng ironiza sobre la razón que tiene Ratzinger «cuando afirma que no es él quien ha cambiado, sino yo» (2007, pág. 190). Para Küng en ello se cifra la razón del intelectual, en no quedarse anclado, en avanzar.

7. Activista en la gigantomaquia

Pasamos ahora a tratar de la tercera faceta oratoria de Küng, la del activista o «intelectual público», como se define. La disputa por la verdad es el elemento que cohesiona el relato de Hans Küng en el segundo volumen de su autobiografía, *Verdad controvertida* (2007). En ella rememora la dura etapa de prohibición vaticana de docencia y comunicación como teólogo. Entiende que hay una diferencia entre su comportamiento y el de la curia que lo censura. Busca una verdad argumentada, que esté al servicio no ya de unas ideas sino de las personas, no ya de la ideología sino de la comunidad. Y duda de que quienes le atacan desde la jerarquía eclesiástica se afanen en la búsqueda de la verdad, porque se teme que la lucha de estos es en realidad por el poder (Küng, 2007, pág. 309 y ss.).

La presencia pública de Küng abarca pronto todos los ámbitos de la comunicación social. Se inicia satisfactoriamente con treinta y cinco años como protagonista en las ruedas de prensa para los medios gráficos y audiovisuales. En la gira por universidades norteamericanas de 1963 atiende a tres docenas de periodistas y tres

cámaras de televisión. No tiene experiencia ni formación sobre cómo debe comportarse. Para desenvolverse se vale de una idea sencilla, que años más tarde relacionará con una máxima retórica:

> «Hago, sencillamente, una cosa: centrarme absolutamente en lo que tengo que decir».

Es lo que se conoce como discurrir según el espíritu reformista del concilio. Küng podrá verse décadas después cuando le regalan la película de aquella rueda de prensa en Boston. Así se describe como orador (2002, pág. 396):

1) Tiene muy reflexionado el asunto del que quiere hablar.
2) Usa a veces un inglés un poco torpe.
3) Se expresa de forma convincente y enérgica con argumentos y humor.
4) Se comunica con sinceridad y de forma directa, «sin remilgos académicos ni unción clerical».

Al visionar aquella película, un Küng que puede ser el padre de aquel que dio la rueda de prensa se sorprende y sonríe de la naturalidad con que defendía su tema. *Rem tene, verba sequentur*, 'atente al tema, seguirán las palabras'. Con esta máxima clásica de Catón el Viejo le explica el fenómeno decenios más tarde su amigo Walter Jens, según Küng, «el único profesor de retórica de Alemania». A pesar de la ínfima dotación de especialistas en oratoria, personas como Küng demuestran que han surgido excelentes oradores. Ello nos persuade de que, como afirma Cicerón, «la elocuencia no ha nacido de la técnica retórica, sino la retórica de la elocuencia». Esto se aplicaría a Hans Küng, si hacemos salvedad de lo que supuso su larga y excelente formación universitaria.

Desde el principio de su actividad, los medios de comunicación han sido el recurso necesario para la campaña de reformas de Küng. «La oposición requiere publicidad», proclama con concisión. Una voz puede oponer resistencia a un poder global si se apoya en la industria de la conciencia.

> «La oposición a la Curia romana, que actúa de forma global, depende necesariamente de los medios de comunicación social, igual que en la Francia absolutista anterior a la Revolución francesa la oposición fue preparada por escritores como Montesquieu, Voltaire y Rousseau» (Küng, 2007, pág. 325).

Los medios han sido el puente para llegar a la opinión pública y para promover su «¡no una revolución, pero sí una reforma radical». Es una reforma por la libertad teológica y los derechos civiles de los fieles y contra los bastiones tradicionales del dogma, la moral y la disciplina.

Los detractores de Küng le reprochan que su mensaje sea un producto mediático, una publicidad que elabora con habilidad porque domina el «oficio periodístico». Una frivolidad de este tipo no encaja con la trayectoria del teólogo. «Nunca he buscado la publicidad por la publicidad misma», asevera Küng, sino un medio para avivar la controversia pública. En ella no busca notoriedad sino el debate por «la verdad, a la que hay que hacer valer con veracidad», no con oscurantismo. El teólogo suizo resume así, en tres puntos, su capacidad oratoria (2007, pág. 325):

> «Fundamentos doctrinales: veracidad de razones extraídas de la Escritura y de la historicidad católica.
>
> Comunicación científica: prestigio público basado en publicaciones científicas.

Registro verbal: credibilidad mediante una argumentación diáfana y una expresión clara.»

Solo un juicio banal podría tomar la trayectoria oratoria de una vida por astucia periodística y juego de vanidades. No obstante el brillante resultado, conseguir credibilidad ante la opinión pública es una prueba de obstáculos solo para alguien con reflejos de comunicador. Así, Küng nos confiesa lo siguiente:

«En los medios de comunicación sociales he de asumir con demasiada frecuencia un rol determinado y contentarme con breves declaraciones que a mí mismo me dejan insatisfecho, puesto que no expresan de forma adecuada mis verdaderos planteamientos».

El estudio y las clases, las publicaciones académicas y el ensayo, los reportajes cinematográficos y los debates televisivos, las conferencias y los artículos de prensa son medios que ha cultivado Hans Küng con rigor y elocuencia para cumplir una tarea de portavoz de la disidencia. Así lo manifiesta en este pasaje en que apela al espíritu dialogante en una comunidad colegial entre eclesiásticos.

«Nunca he pretendido hablar en nombre de la Iglesia católica oficial; esa no es mi tarea. Pero sí que he pretendido y pretendo —como teólogo católico dentro de la Iglesia católica— ser portavoz de los justificados deseos de católicos sin cuento. ¿Cuándo entenderán por fin los representantes del económicamente bien lubricado y perfectamente administrado aparato eclesiástico el silencioso éxodo de cientos de miles de católicos —cada vez menos asistentes a misa, menos bautizos, menos matrimonios, menos parroquias con su propio párroco— como una señal de alarma que ha de inducir a la autorreflexión crítica? En realidad, sobre ello debería poder hablarse amistosamente según el espíritu de la antigua colegialidad» (Küng, 2007, pág. 604).

Como muestra de la dificultad que comporta ser un portavoz de la disidencia, mencionamos un episodio breve y mortificante, en el que aparecen todos los personajes de la obra. En 1979 Küng hizo balance del primer año de papado de Juan Pablo II en un artículo de prensa que no era complaciente. Del revuelo que le siguió se produjo un ataque frontal contra la integridad intelectual y moral del teólogo. Consternado por las reacciones, se defiende con otra declaración. Luego Küng escribe una carta explicativa a su antiguo colega y ahora cardenal Ratzinger. En el párrafo de despedida, con perspicacia retórica Küng no descuida la oportunidad para justificarse y para hacerle una petición clara, si es que no se trata de una reconvención.

> «Me gustaría pedirle que comprenda que no tenía más remedio que responder a estos ataques con la misma claridad. Al mismo tiempo, le suplico de corazón, señor Ratzinger, que deje de imprimir este tono personal a las controversias, puesto que nada de esto, qué duda cabe, hace bien a la Iglesia» (Küng, 2007, pág. 605).

En este pasaje aparecen personajes dignos de una novela histórica: Juan Pablo II y Joseph Ratzinger, que después se convertirá en Benedicto XVI. De haber dado su aprobación, estos papas y algunos más habrían aparecido en la novela sobre la vida de Hans Küng que se proponía escribir Morris West (2007, pág. 677). No quiso Küng ser alimento de novela, pero sí ha querido redactar un relato autobiográfico.

En este episodio que vale como una muestra, el protagonista mantiene una relación respetuosa con el cardenal pero, a la vez, de franca y firme igualdad intelectual. De las pruebas que ha sufrido y de cómo las ha afrontado con el discurso ha dejado testimonio en los volúmenes de su autobiografía. En ella destaca la prosa brillante, la exposición documentada y la capacidad de comunicación existencial con el lector. Relata la lucha de un orador y de un profesor en una gigantomaquia.

8. El intelectual público

Los estudios sobre la elocuencia se enriquecen con las aportaciones de oradores contemporáneos. A los historiadores de la lingüística les interesa tanto la labor teórica como el ejemplo práctico de esos oradores sobresalientes. La interpretación de su magisterio considera las facetas solidarias de la reflexión y del ejemplo. Son facetas que emergen como figuras recortadas sobre el contexto de las causas históricas y de su función social.

Hemos propuesto tres rasgos distintivos de la personalidad elocuente para construir un canon integral. Son los rasgos de orador, preeminente porque es primario y que se desenvuelve en la esfera de la acción; el rétor, que incorpora la reflexión teorética y también la prudencia de consultor; y, en tercer lugar, el moralista, aquel que asigna a su oralidad y conocimiento una intención de influencia en los valores de la vida comunitaria.

La faceta oratoria es acción y sociabilidad para comunicar emoción y para convencer. La vertiente retórica puede reflejarse en trabajos académicos y relatos autobiográficos sobre su faceta de orador. Y la faceta moral libera al orador de seguir al grupo, le hace responsable de su obra y le da autoridad. El canon comprehensivo que así se construye huye del cliché teatral del charlatán o del gladiador verbal, porque atribuye a la comunicación una función creativa en sus medios, moral en su finalidad y reveladora en sus resultados. El orador ejemplar de hoy combina su eficiente práctica discursiva con la capacidad para reflexionar sobre los recursos y la finalidad social de la oratoria.

El estudio de oradores contemporáneos deslumbra con las figuras de Mark Twain (1835-1910), Ramón Gómez de la Serna (1888-1963) y Hans Küng (1928), por citar solo tres autores que encadenan eslabones de medio siglo, hasta la actualidad.

Son ejemplos memorables que, por su creatividad y valor social, alcanzan la categoría de modelo. Volvamos por un momento la mirada a un tiempo clásico.

En el orden de valores que predica del orador Cicerón en *De Oratore*, primero está el don innato, luego la capacidad de trabajo reflexivo y finalmente la teoría retórica, que corrige vicios e incrementa las virtudes. Es obvio que este esquema clásico no se compadece del que rige en nuestro tiempo, abonado con una enseñanza general y, en el caso de Hans Küng, una formación universitaria esmerada. La *paideia* dispone en primer lugar o como primera causa la formación del joven y consigue una *psicagogía* o formación integral.

En el caso de H. Küng, formado en centros de la élite eclesiástica, la elocuencia sigue al conocimiento y a una práctica curricular excelentes. Lo relevante de la cuestión es que no basta la técnica para constituir el *éthos* o personalidad carismática del rétor. Küng ha desarrollado una labor amplia como profesor, autor científico y de ensayos, intelectual y polemista en los medios de comunicación.

Su enfrentamiento a la autoridad vaticana, en defensa de la reforma del concilio Vaticano II y del ecumenismo, le ha supuesto la sanción de sus superiores. Su dimensión retórica se ha desarrollado en tres ámbitos, la formación académica, la actividad profesoral y el activismo en defensa de la libertad de pensamiento y de acción en el seno de la Iglesia católica. El conocimiento de la historia le ha permitido relacionar sus juicios con hechos contemporáneos, para divulgar un pensamiento crítico que no adora la tradición y sirve a las personas.

Hans Küng representa un modelo brillante de capacidad retórica, con la que ha construido y expresado una personalidad compleja. Es una personalidad de cuya amalgama de religioso, científico, profesor y político ha sido testimonio su incesante e insobornable

actividad oratoria. Le distingue la elegancia y eficacia de discurso emotivamente contenido y aquilatado argumentalmente. Reconoce que para convencer debe hallar el tono adecuado:

> «ni monótono y aburrido, ni agresivamente provocador, sino impregnado de disciplinada pasión o de apasionada objetividad» (2007, pág. 608).

El secreto del tono adecuado está en el perfil del orador. El papel con que se presenta Küng no es el de político populista, piadoso líder religioso o gurú de la psicoterapia, sino «sencillamente como un profesor universitario» y un abogado de las personas que «se hacen preguntas, dudan y sufren». Su rol es el de «intelectual público», alguien comprometido no solo con la denuncia de problemas sociales sino con la búsqueda de soluciones (2007, pág. 708).

Hans Küng aspira a ser un orador que se mueve, como lo fue su admirado Tomás Moro (2002, pág. 271; 2007, pág. 105). Aspira a ser un intelectual público que apela a la inteligencia y a la ética de los oyentes para resolver juntos lo que denigra su dignidad. Si en *Bruto* podemos leer una historia de la elocuencia romana compuesta por Cicerón, en las memorias de Hans Küng, *Libertad conquistada* (2002) y *Verdad controvertida* (2007), disponemos de un relato valioso y deslumbrante para la historia de la elocuencia contemporánea.

Bibliografía

Beuchot, Mauricio (1998). *La retórica como pragmática y hermenéutica*. Rubí, Barcelona: Anthropos.

Cicerón (55 a. C.). *Sobre el orador*. Madrid, Gredos (2002).

Cicerón (46 a. C.). *Bruto*. Madrid: Alianza, 2000.

Cortés, Luis; Muñío, José Luis (2012). *Mejore su discurso oral*. Almería: Editorial Universidad de Almería.

Gómez de la Serna, Ramón (1948). *Automoribundia*. Buenos Aires: Sudamericana.

Laborda, Xavier (1996). *Retórica interpersonal*. Barcelona: Octaedro.

Laborda, Xavier (2013). *El anzuelo de Platón. Cómo inventan los lingüistas su historia*. Barcelona: UOC.

Laborda, Xavier (2014). *Inteligencia comunicacional. El orador sexy*. Barcelona: Plataforma.

Küng, Hans (1957). *La justificación: doctrina de Karl Barth y una interpretación católica,* Barcelona: Estela (1967).

Küng, Hans (1960). *El concilio y la unión de los cristianos*. Santiago de Chile: Herder (1962).

Küng, Hans (1970). *¿Infalible? Una pregunta*. Buenos Aires: Herder (1971).

Küng, Hans (1974). *Ser cristiano*. Madrid: Trotta (2008).

Küng, Hans (1975). *Veinte tesis sobre ser cristiano*. Madrid: Cristiandad (1977).

Küng, Hans (1978). *¿Existe Dios? Respuesta al problema de Dios en nuestro tiempo*. Madrid: Trotta (2005).

Küng, Hans (1982). *¿Vida eterna?* Madrid: Trotta (2007).

Küng, Hans (1990). *Proyecto de una ética mundial*. Madrid: Trotta (2006).

Küng, Hans (2002). *Libertad conquistada. Memorias*. Madrid: Trotta (2007).

Küng, Hans (2007). *Verdad controvertida. Memorias*. Madrid: Trotta (2009).

Küng, Hans (2011). ¿Tiene salvación la Iglesia? Madrid: Trotta (2013).

Kristeller, Paul Oskar (1980). «La retórica en la cultura medieval y renacentista». *La elocuencia en el Renacimiento* (pág. 11-31). James J. Murphy (ed.). Madrid: Visor (1999).

May, Georges (1979). *La autobiografía*. México: FCE (1982).

Murphy, James J. (ed.) (1980). *La elocuencia en el Renacimiento*. Madrid: Visor (1999).

Schopenhauer, Arthur (1831). *L'art de tenir sempre la raó*. Barcelona: Empúries (2005).

Twain, Mark (1897). *Viaje alrededor del mundo, siguiendo el Ecuador*. Barcelona: Laertes (1992).

Twain, Mark (1917). *Autobiografía*. Madrid: Espasa (2003).

Capítulo IX
Maestro de lingüistas: Anthony Burgess

1. La búsqueda del ejemplo

El retrato del lingüista ideal y a la vez concreto, real, es una tarea insólita y quizá imprudente, de la que cabe esperar controversia y decepción. Es preciso, por lo tanto, justificar la oportunidad de este propósito. Por la vía del ejemplo —un lingüista— se llega a un conocimiento indirecto e intuitivo de una realidad general y abstracta —la lingüística. Son notorias las teorías de grandes corrientes y los méritos de sus promotores, una fuente en que hallamos un conocimiento árido y abstruso, a diferencia del curso vital de una autoridad. De la lingüística como realidad particular y a la vez general habla a su modo la personalidad de alguno de sus representantes. A la pregunta de «¿quién eres tú?», esa figura escogida de entre centenares de nombres nos responde en primera persona. Su experiencia compone una perspectiva con que ilustra, vivaz y contradictoriamente, en qué consiste su disciplina.

Los lingüistas forman un elenco nutrido y brillante de académicos, en los que se puede apreciar las cualidades que se requiere para producir y aplicar la ciencia. Muchos de ellos han aportado su autobiografía intelectual en obras colectivas (Davis y O'Cain, 1980; Koerner, 1991, 1998, etc.). No figuran en estos repertorios biográficos los dos lingüistas más influyentes en la segunda mitad del siglo pasado: Roman Jakobson y Noam Chomsky. Es cierto que del primero se dispone una autobiografía intelectual, por la compilación de presentaciones de sus obras (Jakobson, 1984). La indicación de

Jakobson y Chomsky nos señala el atractivo camino de los mandatarios y fundadores de escuelas. Un racimo de elecciones igualmente justificadas nos presenta a William Labov y la sociolingüística, Michael A. K. Halliday y la lingüística funcional o George Lakoff y la semántica cognitiva, por mencionar solo unos ejemplos.

Cualquiera de estas personalidades merece asumir la representación de su comunidad, pero al distinguir a uno por encima de los demás se incurriría en el error de despertar suspicacias, además de ser tediosamente reiterativos. Nuestro propósito es alcanzar un punto de vista ajeno a los escrutinios previsibles, para contemplar el reflejo de la profesión en una figura externa pero implicada. Proponemos cuatro normas, las dos primeras son negativas o restrictivas y las siguientes, positivas o inclusivas.

La primera norma para la elección de una figura relevante es que no se trate de un lingüista profesional. La segunda, que es una ampliación de la anterior, prescribe que su medio de vida no esté en el mundo académico. Su justificación resulta sencilla: un profesional de la disciplina o un profesor universitario desbancarían a cualquier candidato, pero su efecto sería estéril para nuestra pesquisa.

Respecto de las cualidades que sí ha de poseer, justo es decir que entramos en un terreno delicado. La tercera norma es que sea un hijo de la lingüística, es decir, alguien formado en la perspectiva del giro lingüístico que marca el siglo XX. Finalmente, la cuarta norma refiere que sea una personalidad con una ideología moral. Quizá convenga aclarar que por «ideología moral» se desea expresar una concepción personal sobre las acciones humanas y sus efectos en la vida colectiva. Según ello el intelectual no solo está capacitado técnicamente para tratar del lenguaje, sino que concibe la ciencia y la comunicación como un medio de relación y creación social. Dicho de un modo sintético, el maestro de lingüistas posee la personalidad multifacética del intelectual integral.

2. Retrato del lingüista *amateur*

Esta búsqueda, que puede obtener múltiples resultados, es un ejercicio parabólico. La trayectoria de la indagación nos aleja de la zona de confort de la lingüística y nos ofrece la visión de nuestro campo a cierta distancia, como una realidad ajena, para volver luego a ella con algún conocimiento que ponga a prueba certezas y preferencias. Es un procedimiento para elaborar la historia de la lingüística contemporánea.

La dilación en presentar un candidato hasta este momento tiene una razón: dar la oportunidad al lector de imaginar alguna respuesta a este enigma didáctico. Lo que sigue, la identidad y méritos de una personalidad, es contingente. Su utilidad se cifra en aportar un material de contrastación de la elección del lector. El lingüista *amateur* de nuestro gusto habrá de destacar no solo por sus méritos, sino por el éxito con que le han favorecido las circunstancias. Ese éxito le ha descubierto al teatro del mundo su calidad y es una justificación provisional de su valía.

Nuestro candidato es el novelista inglés Anthony Burgess. Nació en Manchester en 1917 y fue registrado con el nombre de John Burgess Wilson. Adoptó su alias literario al publicar la primera novela, *Time for a Tiger* (1956). Se hizo famoso con la distopía *La naranja mecánica* (1962). Un entorno familiar humilde y católico confirió a Burgess el sentido crítico y de pertenencia a una minoría cultural que se plasmó en sus obras. Burgess hizo gala en sus publicaciones e intervenciones orales de un espíritu locuaz e irónico con el que crea un estilo innovador en la forma y satírico en la intención.

Burgess se licenció en filología inglesa en 1940 en la Universidad de Manchester. Para su disgusto, esa titulación solo le colocaba a la cola laboral, tras el peor licenciado de Oxford. La razón de esa

desventaja era, en su opinión, «el esnobismo protestante» del país. Al comenzar la II Guerra Mundial ingresó en el ejército. Como a otros lingüistas —R. H. Robins o M. A. K. Halliday— la guerra influyó mucho en su vida profesional. Durante seis años realizó tareas de animación cultural en música y teatro e impartió cursos de idiomas —francés, alemán, español— en Gibraltar. Tras la contienda fue profesor de inglés y teatro en centros de extensión universitaria y de secundaria. En 1954 obtuvo plaza de funcionario en el Servicio Colonial británico y se trasladó a Malasia, donde realizó tareas de coordinación educativa.

Un desmayo en 1959 alertó a los médicos de una enfermedad por la que le daban solo unos meses de vida. Volvió a Inglaterra, dispuesto a realizar un esfuerzo literario para dejar en derechos de autor una fuente de ingresos para su esposa, Lynne Jones. Ya tenía en su haber tres novelas del ciclo ambientado en la Malasia colonial, *The Long Day Wanes*, y algunas colaboraciones periodísticas. Se propuso producir media docena de novelas, un objetivo que cumplió a pesar de la opresiva cercanía de la muerte. Realizó el alarde de componer y publicar las novelas *The Right to an Answer* (1960), *The Doctor is Sick* (1960), *The Worm and the Ring* (1960), *Devil of a State* (1961) y *One Hand Clapping* (1961).

Por fortuna, el pronóstico de los médicos fue erróneo. La fugaz vida que se había trazado como escritor profesional continuó hasta la vejez. Falleció en Londres en 1993, tras una existencia afortunada en viajes, satisfacciones gastronómicas y espirituosas, relaciones sociales, reconocimiento público, actividades académicas y, especialmente, creaciones musicales y literarias. Por estas últimas se ha convertido en uno de los principales escritores británicos de la segunda mitad del siglo XX. Su novela más famosa es *La naranja mecánica* (*A Clockwork Orange*, 1962), que ha gozado del impulso de la adaptación al cine.

La personalidad intelectual y artística de Burgess es multifacética. Las semblanzas de su persona no solo se refieren a su faceta de novelista, sino a otras muchas: ensayista, crítico, compositor, guionista, biógrafo, poeta, traductor, enseñante y finalmente, pero no la menor, lingüista. Con curiosidad y humor despliega una reflexión irónica en los géneros del relato, la crítica literaria, la literatura de viajes, la biografía y la autobiografía. Satiriza a los suyos y a sí mismo sobre prejuicios y costumbres, ideales patrióticos y egoísmos encubiertos, protestantismo y catolicismo, heroísmos infrecuentes y mezquindades comunes. En sus obras, particularmente en las de ficción, trata de temas como la colonización, la violencia, la fe, las religiones, la maldad, la lujuria, el matrimonio, el alcoholismo y, por supuesto, también la lingüística.

La lingüística y sus aplicaciones tienen una presencia clara y recurrente en la mayoría de sus obras. Es el objeto de sus dos manuales sobre lenguaje, *Language Made Plaine* (1964) y *A Mouthful of Air* (1992). También aparece de manera recurrente en otros ensayos, tales como la biografía de *Shakespeare* (1970) o sus dos autobiografías, *Little Wilson and Big God* (1986) y *You've Had Your Time* (1990). Ello se predica también de otros géneros. Así pues, la perspectiva lingüística y sus explicaciones sobre variaciones dialectales y arte poética resultan imprescindibles en escritos de crítica literaria y en la obra teatral *Blooms of Dublin*, un musical sobre el Ulysses de Joyce (1986).

En el ámbito de la novela, con una abundante producción de más de treinta títulos, Burgess descuella por cómo utiliza su formación en lingüística y su predilección por los fenómenos de la lengua. Su novela de mayor éxito, *La naranja mecánica* (*A Clockwork Orange*, 1962), despliega los efectos de alteridad y extrañeza en el uso de una jerga de jóvenes sociópatas. La invención de este recurso lingüístico es la clave del éxito y de la duradera actualidad

de la obra. Otras novelas suyas muestran esa sensibilidad ante los registros verbales, las variedades dialectales y los usos comunicativos en diferentes lenguas y comunidades. Su novela más influenciada por la lingüística es *M/F* (1971), en la que el escritor proyecta relaciones de oposición y combinación, paradigmáticas y sintagmáticas, entre personajes, para recrear un mundo que responde al modelo estructuralista.

3. Confesiones de un autor mordaz

A la muerte de Anthony Burgess, en 1993, los elogios que los escritores ofrecieron en su memoria fueron superlativos. John Updike, en un jucio cuantitativo desbordante, comparó la capacidad creativa de Burgess con la que sumarían una docena de autores. Por su parte, David Lodge, novelista y filólogo, manifestó que su colega era un ejemplo de inspiración para muchos, no en vano su obra se caracterizaba por una originalidad e inteligencia que han marcado a los escritores de su época.

Burgess solía mostrarse escéptico respecto de los discursos arrebatadoramente encomiásticos; probablemente, también de los suyos. Afirmaba su descreimiento respecto de figuras consagradas como Shakespeare, de quien escribió una biografía, en que refrenaba esas expansiones apologéticas habituales en la crítica literaria. Según Burgess, alabar desaforadamente la obra de Shakespeare era una forma de cubrir los vacíos que había sobre su vida. Reconocía la ambición y el talento del joven isabelino, pero rebatía el mito del sabio dramaturgo que da con claves filosóficas en sus dramas. Burgess (1979, pág. 13) escribe lo siguiente:

> «Las obras teatrales de Shakespeare son muy elocuentes cuando tratan de los males de la ambición social, pero no son más que obras de teatro, pasatiempos para unas horas ociosas, no testimonios meditados y sensatos de las convicciones de un autor».

Sobre Shakespeare se ha proyectado la sospecha de ser una identidad prestada a un intelectual como Francis Bacon. Burgess tiene esta teoría por un mito y para rebatirla le aplica la navaja de Ockham, es decir, una explicación más sencilla y plausible que extrae de la antropología. A su parecer, no hubo ningún filósofo encubierto ni tampoco pensamientos profundos en los diálogos teatrales. Esas sutilezas verbales más bien eran astucias de provinciano, cortesías, expresiones proverbiales y maneras clericales. Burgess aduce un argumento sociolingüístico y justifica la influencia clerical en la costumbre de escuchar el sermón de los domingos y obtener formación de esa fuente. Añade Burgess otra observación de lingüística histórica, junto con un chiste a costa de los irlandeses. Sostiene que los diálogos shakespearianos son una extensión refinada de los usos populares de aquel entonces.

> «Los ingleses de la época tudor, como los irlandeses modernos, eran grandes parlanchines».

El crítico imagina aquella comunicación «como un habla rápida y bullente, de una exactitud terrenal y una equivocidad despreocupada» (Burgess, 1970, pág. 35).

La sencillez de esta explicación, al modo de Ockham, tiene el atractivo de relacionar el encanto de los diálogos de Shakespeare con la vivacidad del habla popular. La gente desplegaba su ingenio para reconfortarse en las veladas nocturnas. Como un antropólogo, Burgess propone que consideremos aquellas charlas nocturnas como «una candileja de teatro parpadeante». Mantenerla

encendida era ya un regalo. Según este punto de vista, la escuela de Shakespeare es la vida popular. «Los cuentos, los chismorreos y los juegos de palabras pasan su vida en la penumbra», afirma Burges. De acuerdo, ¿pero cuál es la importancia de esos cuentos y juegos? La importancia radica en que, a su entender, la literatura brota de ellos.

Burgess tiene una concepción fática y lúdica del habla, coherente con una visión hedonista de la realidad. Su sensualismo filosófico desestima los modelos grandilocuentes y la literatura de verdades capitales. De modo congruente, considera que con la actividad verbal no se suple primariamente una necesidad cognitiva o expresiva sino fática, la del contacto para reconfortarse. Su máxima es que la literatura no nace de «la necesidad de narrar hechos o exponer un caso» sino de la irrefrenable costumbre de valerse del habla como asidero vital. Cabe aplicar la máxima a su propio caso de novelista y autobiógrafo.

Ha llegado el momento de tratar de las dos autobiografías de Burgess, las obras más reveladoras de su figura. La vida y los relatos biográficos —Shakespeare, Marlowe, Joyce— son un campo de exploración muy formativo. Permiten reflexionar sobre los acontecimientos conocidos pero también, y fundamentalmente, sobre el criterio con que el biógrafo los elabora narrativamente como experiencia. Burgess aprovecha la oportunidad literaria de la biografía y escribe la suya en dos gruesos títulos. En *Little Wilson and Big God* (1987, *El pequeño Wilson y el gran Dios*) relata sus primeros cuarenta años de vida. En apariencia son anodinos, pero resultan valiosos por las informaciones del futuro novelista. Este libro acoge el vigoroso y confesional relato sobre el niño que no ha conocido la ternura, el estudiante fascinado por la música y las humanidades, y el adulto sofocado por la estupidez militar, las sacudidas amorosas y la culpa por su ambivalente catolicismo.

La desinhibición y crudeza de sus confesiones, a la altura de las de Rousseau, son un rasgo que confirma el valor documental del texto, al que acompaña el literario por el acierto narrativo. Los temas de sus futuras novelas aparecen en este viaje retrospectivo de su memoria: carencias afectivas, sexo, culpabilidad, conocimientos, religión, idiomas, alcohol, vida popular…, tratados como una tragicomedia. Por su tono y punto de vista, las memorias sobre este niño Wilson, que es él, y el gran Dios constituyen una obra de la mejor tradición picaresca.

El siguiente título autobiográfico continúa en esta línea satírica, pero con la diferencia de que el protagonista asume el rol de una personalidad literaria. El relato de la segunda autobiografía se inicia en 1959, cuando le diagnostican el tumor cerebral y decide invertir el breve lapso que supuestamente le queda, no en un año sabático, sino en una carrera rápida de novelista. El título de la obra, *Ya viviste lo tuyo* (*You've Had Your Time*, 1990), declara esa agónica cuenta atrás, que afortunadamente duró más de treinta años. En esta parte de las memorias el narrador ya no es un estudiante de filología ni un anónimo profesor, sino un autor valeroso que da a la imprenta decenas de obras de ficción y ensayo. Leer *Ya viviste lo tuyo* comporta el placer de un relato inteligente y mordaz, a veces compasivo y más a menudo sardónico, en el que fluye la inquieta conciencia del escritor.

4. La lengua, con sencillez

La escritura autobiográfica de Burgess rinde un servicio al historiador porque describe los proyectos literarios y académicos que acomete, sin desatender la atmósfera cultural en que

se desarrollan. En esos trabajos resuenan el taller de su poética y los ecos de experiencias del primer volumen autobiográfico, sobre su juventud, formación académica y trabajos de docente. El lector de *Little Wilson and Big God* y *You've Had Your Time*, los dos libros sobre su vida, obtiene también un fresco apasionante y subjetivo de todo el siglo XX. Accede al punto de vista de un escritor inglés que esté muy influido por su pertenencia a la periferia geográfica, social y religiosa. De este gran archivo conceptual nos importa aquí lo que pergeña la figura del lingüista de la acción que representa Burgess, el especializado en lingüística aplicada. Es la vertiente del intelectual enamorado de las lenguas y de su belleza.

Durante diecinueve años desempeña puestos de docencia de la lengua como lengua propia y extranjera. Inglés, francés, alemán, español, malayo son algunas de esas lenguas en las que trabaja, con especial atención a las variedades dialectales del entorno y de sus alumnos. Enseña a analfabetos, escolares de secundaria y universitarios, sea en un cuartel gibraltareño, un instituto de las Midlands inglesas o un centro de profesores malayos en Borneo. Bracea contra las dificultades de cada ocasión e identifica las deficiencias de la lingüística aplicada a la enseñanza de idiomas. «Los americanos, como siempre, han tomado conciencia de los problemas» de la enseñanza de idiomas, afirma Burgess (1987, pág. 395). Reconoce que la bondad del camino que han marcado estos con la producción de libros sobre principios teóricos y prácticas para el aprendizaje. «El ejercicio intensivo es indispensable para la adquisición de nuevos hábitos lingüísticos», sostiene el profesor. Por ejemplo, la práctica de la fonética permite distinguir fonemas que un aprendiz podría tomar erróneamente por alófonos o variaciones menores, como los sonidos ingleses *i* de *fit* e *i:* de *feet*.

El convencimiento de Burgess en la utilidad de la lingüística le anima a redactar un manual sobre la disciplina, *Language Made Plain* (1964). Esta obra concisa y clara, como promete su título, debió de ser una rareza en su momento por el acierto de su tono y la selección de contenidos. No tiene la apariencia de un texto académico sino del ensayo que enseña entreteniendo y presentando la materia de manera sencilla y comprensible. Distribuye los capítulos en una parte general sobre el lenguaje y otra específica sobre las lenguas. La primera parte da pie a explicar aspectos de la lengua con una argumentación amena. Las razones y variedades de la comunicación dan paso a cuatro capítulos sobre la articulación del habla y su estudio fonético. Siguen luego las explicaciones sobre los alfabetos, en su historia y función. A continuación se trata someramente de conceptos de semántica y sintaxis, en sus respectivos capítulos. Y cierra esta parte teórica un capítulo —el número 10, añadido en la edición de 1975— sobre el estructuralismo sausureano y el generativismo.

La segunda parte de *Language Made Plain*, la más interesante, se ocupa de las lenguas en el mundo. Si en la exposición que la antecede Burgess ha plasmado sus estudios de gramática comparada en la licenciatura, en el enfoque sobre las lenguas tiene la oportunidad de ser originalmente persuasivo. Considera que el aprendizaje de idiomas es el asunto clave sobre la realidad lingüística.

> «Los ingleses, en su aislamiento, acostumbraron a ver a los extranjeros bien como seres risibles o como una amenaza sexual».

De este modo desconcertante inicia Burgess (1964, pág. 135) la defensa del plurilingüismo y el aprendizaje de idiomas. La causa de aquella «amenaza sexual» se halla, añade el lingüista, en el recurso de buscarse una novia extranjera o, en el peor de

los casos, «capitular ante el enemigo» mediante el matrimonio. Polemizando con argumentos sugestivos, como el de las relaciones eróticas, critica la actitud monoglósica de los ingleses.

Su propósito consiste en rebatir no solo el prejuicio de la autosuficiencia del propio idioma, sino también otros como la idea meramente utilitarista del plurilingüismo, la limitación de su estudio a las lenguas vivas y europeas o el inicio del aprendizaje al concluir la educación formal. Arremete aquí contra la idea de que los idiomas valgan según su utilidad inmediata, lo que descartaría las lenguas clásicas y la mayoría de las lenguas vivas. Burgess apunta alto y propone que un británico formado sea capaz no solo de desenvolverse en los entornos cotidianos de una lengua, como la conversación o la lectura del periódico, sino de gozar de su literatura. Debería sentirse capaz de «leer a Racine, Goethe, Dante, Lorca», aunque fuera con la ayuda de ediciones bilingües en estas cuatro lenguas.

Burgess aboga por el estudio de lenguas como el italiano y el español, tenidas por poco útiles en aquel momento. No se contenta con el corto radio de las lenguas románicas y clásicas, porque de su experiencia ha extraído una concepción más abierta. Dedica un capítulo a las lenguas eslavas, en las que demostrará cierta aplicación, y otro más al malayo y sus hermanas asiáticas.

> «El malayo y a continuación el chino no sólo me han cambiado la forma de entender la comunicación en general, sino también la forma de mi espíritu» (Burgess, 1987, pág. 363).

El profesor de inglés que aprovecha sus estancias en Malasia y Brunei para aprender una lengua no indoeuropea y sus sutilezas semánticas recibe el don de una revelación.

Burgess completa esta incursión en las lenguas del mundo y su aprendizaje con una propuesta que eleva el nivel de exigencia de las instituciones educativas. Se cifra en enseñar elementos de lingüística a todos los estudiantes de idiomas. Propone ofrecer una buena base de fonética y continuar con morfología, gramática histórica y alfabetos —cirílico, griego y árabe—, para así conocer o dominar un trío de idiomas: una lengua germánica, otra románica y otra más eslava (Burgess, 1964, pág. 139). El detalle de este plan de estudio, sin duda exigente, muestra el perfil de su autor, el de un lingüista aplicado.

El éxito que Burgess obtuvo con sus obras de ficción no le hizo olvidar sus principios científicos. Tres décadas después de publicar *Language Made Plain* volvió a la lingüística. En 1992 dio a la imprenta una versión muy ampliada de aquel primer libro en *A Mouthful of Air* ('una bocanada de aire'), expresión que procede de un verso de Yeats, y con el subtítulo aclaratorio de *Language and Languages, Especially English*. Es posible que los lingüistas profesionales no prestaran atención a esta obra, por el ensimismamiento del mundo académico. No obstante, la crítica destacó tanto la perspicacia con que escogió las cuestiones como el encanto de su exposición. Una combinación de erudición, desparpajo y amenidad puede parecer irrelevante a los especialistas, todo lo contrario de lo que sucede con los lectores.

5. Jerga de una mentalidad

El homenaje a la lingüística que con *A Mouthful of Air* hizo un escritor consagrado y al final de su vida se comprende mejor al recordarle en una amarga encrucijada. Cuando había cumplido cuarenta años, de vuelta a Inglaterra, se desmoralizó al verse sin

méritos ni contactos como para aspirar a un empleo. Su especialidad en enseñanza del inglés como lengua extranjera no le daba otra opción laboral que las colonias. Se imaginaba en un periplo penoso, de Irán a la India islámica, «hasta una muerte prematura por la mordedura de una serpiente o los ataques de los revolucionarios que iban a resolver todos los problemas» (Burgess, 1987, pág. 408).

Entre ese porvenir sin futuro como profesor y la carrera literaria que había de forjar al poco tiempo hay un factor común. Se trata de una profesionalidad basada en el uso del discurso, que ejerció en cada etapa con dedicación y arrojo. Ello le permitió dudar de que muchos de los que como él trabajan con palabras «estén suficientemente interesados por descubrir lo que son las palabras» (Burgess, 1964, pág. 7). Sostenía que no basta con juntar palabras, sino que importa conocer los sonidos, la forma y el significado. Y del siguiente modo declaraba en *Language Made Plain* su misión de proselitismo filológico:

> «Quiero estimular el interés en los elementos básicos de los que está hecha la literatura».

Es decir, deseaba promover el conocimiento de la literatura y el espíritu de una cultura mediante la lingüística. Es el objetivo que propone el programa filológico de los alejandrinos.

En el programa filológico están enrolados diferentes especialistas universitarios, como por ejemplo los lingüistas. Ahora bien, no es corriente coadyuvar a este proyecto como profesional de las palabras en el campo de la creación literaria. Mucho más raro es participar con maestría en los dos ámbitos, el académico y el artístico. El ejemplo de Anthony Burgess es uno de esos prodigios culturales. En lo tocante a la literatura, muchas de sus novelas están trufadas de referencias y sobreentendidos que tienen

que ver con las lenguas y los mundos culturales que construyen. De todas, sin embargo, descuella la novela *La naranja mecánica* (1962). A su interés se ha añadido la popularidad de la adaptación cinematográfica de Stanley Kubrick (1971) y la teatral y orquestada por el propio Burgess (1987).

El título de la novela, *A Clockwork Orange*, es una expresión *cockney* o popular de Londres que fascinaba a Burgess. Con esta imagen metafórica se expresaba extrañeza y desagrado ante algo muy raro, como la produciría una naranja mecánica. La oportunidad para utilizarla en un relato vino del cambio social que Burgess observó en jóvenes de los años sesenta, narcisistas y agresivos, con batallas campales entre *rockers* y *mods*. El problema que hubo de resolver fue asociar esos jóvenes a una jerga cuya frescura se mantuviera en años venideros. Desestimó la copia del natural, una flor presta a marchitarse, y felizmente se le ocurrió utilizar raíces del ruso para inventar una jerga. Los protagonistas, una banda de jóvenes encabezados por Álex, deambulan por un Londres futurista. Elementales y brutales, tientan los límites de la violencia hasta cometer un crimen sangriento. Un recurso expresivo de su condición es la jerga que farfullan. «La débochca Georgina se rió otra vez de mis slovos», dice para sí Álex y añade a continuación que «los dos itearon a sus vonosos juegos de palabras» (Burgess, 1962, pág. 151). La correspondencia de los términos es 'muchacha' para *débochca*, 'palabras' para *slovos*, 'ir' o 'pasar' para *itear* y 'olorosos' o 'malolientes' para *vonosos*. Burgess etiqueta la jerga con el término *nadsat*, sufijo ruso equivalente al *-teen* inglés de los jóvenes que no han cumplido los veinte años.

La novela *La naranja mecánica* es un cursillo de términos rusos. De modo gradual, pero sin concesiones a la facilidad, el lector es un estudiante de la jerga. Aprende del relato que hace el «humilde narrador», Álex, de su peripecia de sociópata. Este

describe al asistente social que le tutela como el que tiene «la función de convertirnos a los maluolos en chelovecos realmente joroschós» (Burgess, 1962, pág. 65). El recurso verbal del *nadsat* imprime verosimilitud a una trama extraña en los detalles, pero reconocible en el conflicto pasional de unos jóvenes desorientados. Álex y sus compinches se lanzan a una carrera delictiva que aparece como variación estridente de una sociedad deshumanizada. Tras la publicación de la novela, el periódico *The Times* calificó su lenguaje de jerizonga extraterrestre y al autor de frívolo que cavaba la tumba del inglés (Burgess, 1990, pág. 93). Ironías de la vida, a ningún crítico literario le gustó aquella obra, pronto convertida en clásica.

Además de la jerga juvenil de *La naranja mecánica*, Burgess realiza otro experimento lingüístico en la película *En busca del fuego* (*Quest for Fire*, 1981). A partir de una novela de J. H. Rosny, el film fantasea sobre la vida en el paleolítico. La participación de Burgess consistió en inventar una lengua congruente con el hombre de la edad de piedra. No podía ser una lengua tonal y monosilábica, como el chino, ni una colección de gruñidos y aullidos, al estilo de Tarzán. Podía parecerse algo al indoeuropeo, con un cierto grado de complejidad en las desinencias nominales y verbales, con una comunicación de frases enteras en vez de palabras aisladas. Además de la invención de la lengua, como guionista Burgess hubo de tener en cuenta que no habría subtítulos ni doblaje, de modo que el espectador debía ser capaz de comprender los diálogos por la situación.

Para ensayar las escenas de la película, Burgess confiesa que en esta ocasión fue comedido.

> «Hube de refrenar mis tendencias docentes, porque los actores no iban a ser filólogos de profesión» (Burgess, 1990, pág. 462).

Es de suponer que se juzga con cierta indulgencia. Lo cierto es que hubo de batirse a fondo para convencer a los participantes de que las palabras no tenían una relación natural sino arbitraria con las cosas. En colaboración con el antropólogo Desmond Morris, dotó a la comunicación de un repertorio de gestos coherente con la concepción lingüística que sustentaba el guión. La novelización sobre el buen salvaje prehistórico de *En busca del fuego* fue un éxito artístico y comercial.

6. Profesional de las palabras

Anthony Burgess se ha dirigido siempre a una audiencia especial, atenta al encanto del lenguaje y receptiva para conocer experiencias nuevas. Tuvieron estas características las novelas *La naranja mecánica* y *M/F* —la de inspiración estructuralista— y el guión de *En busca del fuego*. También son conceptualmente exigentes sus autobiografías, *Little Wilson and Big God* y *You've Had Your Time*, además de diversos ensayos sobre Shakespeare y Joyce. La faceta docente de su primera etapa profesional se reactivó temporalmente después como profesor visitante en Princeton y en la Universidad de Nueva York.

El novelista tardío que fue, ya en la segunda mitad de su vida, no renunció a impartir la doctrina plurilingüe de sus manuales de lingüística, *Language Made Plaine* y *A Mouthful of Air*. Veamos una muestra de ello. El espía británico que protagoniza la novela *Vacilación* (*Tremor of Intent*, 1966) da cuenta de la animadversión de sus compatriotas respecto de las lenguas.

> «Los británicos siempre han visto con malos ojos el talento para las lenguas, y tienden a asociarlo con espías, empresarios de teatro, camareros o refugiados judíos» (Burgess, 1966, pág. 28).

En consecuencia, «el políglota no puede ser un caballero». Su cualificación no cuenta porque es desdeñable. Por definición, también se aplicará este juicio al profesional de la lingüística aplicada.

Anthony Burgess recibió formación de filólogo y lingüística bajo el paradigma comparatista. Aprendió de la escuela germanista de la Universidad de Manchester. Por lo tanto, asimiló muy bien la fonética, una rama que con tanto afán promovió Henry Sweet y la Philological Society of London. El estudio fonético de los sonidos, la distinción de las variedades dialectales y los usos de la foniatría para la salud vocal son aspectos que cuidó Burgess en sus clases y composiciones.

A esta capacitación lingüística se añade la filológica, que se manifiesta en el interés por la historia de la lengua y de la literatura. Burgess se ocupa de la historia, pero también de la actualidad de la literatura. Algunas de sus obras tienen una función didáctica, como *English Literature: A Survey for Students* (1958, 1974). Otras son una aportación original al canon narrativo moderno, como en *Ninety-Nine Novels: The Best in English since 1939* (1984). Esta antología de noventa y nueve títulos de la narrativa en inglés, que cubre cuarenta y cuatro años de historia, destila el oficio de un prolífico crítico literario.

Un último aspecto de la figura de Burgess es su dedicación a las lenguas, por profesión y vocación. Esta predilección está en la línea de la School of Oriental and African Studies, una institución londinense orientada al estudio de lenguas, en que se han formado los más destacados lingüistas británicos.

La biografía de Burgess no recoge solo una historia de un autor brillante. Es también una fuente aleccionadora sobre ciencia y lenguaje, en el sentido de que la vida de un intelectual exhibe las características de la ciencia que le faculta, la lingüística. El perfil de Burgess es un fiel reflejo de la lingüística concebida y cultivada en el Reino Unido, probablemente una de las más

solventes hoy. Heredera de los estudios clásicos y la gramática comparada, la lingüística británica ha trazado un camino equilibrado y diverso. Al fundamento fonético de Henry Sweet se sumó la función social del lenguaje de John Firth y se consolidó una tradición propia. Con estos ejes teóricos ha prosperado una lingüística empírica, formal y aplicada. Destaca en el desarrollo de las disciplinas formales y funcionales, la investigación empírica y, finalmente, las especialidades de la lingüística aplicada.

En el ejemplo de Anthony Burgess se reconoce la filiación con estos rasgos de la lingüística. Reconoció un papel fundamental a la teoría lingüística. Experimentó sobre el terreno y asimiló esquemas de lenguas diversas. Y con tanta aplicación como ingenio se especializó en la lingüística aplicada a la enseñanza de idiomas. El mérito de estos efectos se ha de atribuir a la formación recibida y a la experiencia propia. Como ha sucedido con la mayoría de lingüistas, lo que aprendió Burgess en la universidad le sirvió solo para iniciar un aprendizaje autónomo en un periplo intelectual inconcebible e inacabable. En pago del bien que obtuvo de sus maestros, Burgess ha legado una obra excelente en múltiples géneros, con algunos títulos particularmente estimables por los lingüistas.

El valor de esos ensayos y novelas emana de un principio intelectual: las cuestiones de estilo están al servicio de las ideas. Tratan de las acciones humanas y de sus efectos morales en la vida colectiva. Constituyen una ideología moral que rige las exposiciones y los relatos. Esta ideología concibe la ciencia y la comunicación como medios de relación y creación social. Según la poética de Burgess, una buena novela es una casa formalmente estructurada en la que viven personajes al amparo del libre albedrío. El relato traza una parábola para contener un lienzo de vida. Es la vida moldeada en una forma con que el autor ofrece al lector una visión de la luz, una iluminación filosófica que parece nueva y sorprendente.

La originalidad expresiva de *La naranja mecánica* es una cuestión formal. Pero su función no es estética sino la de lanzar una idea moral. La intención de la historia es señalar que la brutalidad de unos jóvenes delincuentes puede ser el pretexto para una brutalidad socialmente más peligrosa, la de unos gobernantes despiadados que priven a los ciudadanos del libre albedrío, de la libertad y responsabilidad moral. La fascinación de este relato estremecedor no tiene sentido sin el propósito de comunicar esa reminiscencia filosófica. Como las novelas tratan de «las maneras en que los seres humanos se comportan», aduce Burgess, «tienden a implicar un juicio de la conducta, lo que significa que la novela es lo que la sinfonía o la pintura no son, es decir, una forma cargada de moralidad» (Burgess, 1984).

Los lingüistas pueden aprender sobre principios y fines de este fustigador del academicismo. Burgess señala con ironía la ineficacia de esos profesores universitarios que desdeñen las obras de autores independientes por la sencilla razón de que estos cumplen lo que prometen: ser inteligentes, originales y entretenidos. Para no arrogarse la razón en su crítica de la institución, afirmó que estaba encantado hasta con las más enérgicas muestras de desacuerdo, porque «alcanzamos los valores solo por medio de la dialéctica». Este maestro de lingüistas llegó a la profesión como lo hizo Shakespeare en el teatro, es decir, como un joven de la periferia geográfica y cultural. Como lingüista aplicado, Burgess no pudo competir con colegas refinados en el juego académico que se estilaba. En respuesta a esta crisis de decepción, inventó su propio juego, auspiciado por las musas de la filología y la literatura. Ganó a placer con las virtudes de la inteligencia, la originalidad y la amenidad. Al final del juego, como si hablara al viejo profesor de lengua que había sido, se dijo: «Ya viviste lo tuyo». Y nos enseñaste lo tuyo, magíster.

La enseñanza de esta exposición sobre la obra de Burgess está asociada al elogio, por persona interpuesta, de los lingüistas. Es un recurso seguro, aunque también laborioso, tomar como ejemplo a una figura agraciada por el éxito, bajo el que brillan mejor sus méritos. La justificación de la exégesis de Burgess se halla en que el prestigio de su figura ha nacido como una pavesa a la intemperie. Al tomarle en cuenta se va a contracorriente de la predilección habitual por las figuras académicas e incluso del culto a la personalidad. Su candidatura a la galería de humanistas no es una cuestión de homenaje a su valía. Tampoco se debe a su condición de magnífico representante de una lingüística equilibrada, basada en la investigación empírica y la proyección profesional. La elección de Anthony Burgess trasciende su identidad porque representa, por la vía del ejemplo, la capacidad y dedicación de decenas de millares de profesores de lingüística aplicada, personas anónimas, salvo por el recuerdo particular que uno guarda de sus profesores y de sus alumnos.

Bibliografía

Burgess, Anthony (1962). *La naranja mecánica*. Madrid: Unidad Editorial (1999).

Burgess, Anthony (1964, 1975). *Language Made Plain*. Londres: Fontana-Collins (1975).

Burgess, Anthony (1966). *Vacilación*. Barcelona: Acantilado (2009).

Burgess, Anthony (1970). *Shakespeare*. Barcelona: Península (2006).

Burgess, Anthony (1971). *M/F*. Londres: Penguin (2004).

B**urgess, Anthony** (1984, febrero). «Introduction to *Ninety-Nine Novels*». *The New York Times*.

Burgess, Anthony (1987). *Petit Wilson et Dieu le Père*. París: Grasset (1996). (Versión en español, *El pequeño Wilson y el gran Dios*. Barcelona: Planeta, 1988).

Burgess, Anthony (1990). *Ya viviste lo tuyo*. Barcelona: Grijalbo (1993).

Burgess, Anthony (1992). *Mouthful of Air. Language and languages, especially English*. Londres: Hutchinson.

Davis, Boyd H.; O'Cain, Raymond K. (eds). (1980). *First person singular: papers from the Conference on an Oral Archive for the History of American Linguistics*. Amsterdam: John Benjamins.

Jakobson, Roman (1984). *Une vie dans le langage. Autoportrait d'un savant*. París: Éditions de Minuit.

Koerner, E. F. Konrad (ed.) (1991). *First person singular II: autobiographies by north american scholars in the language sciences*. Amsterdam: John Benjamins.

Koerner, E. F. Konrad (ed.) (1998). *First person singular III: autobiographies by north american scholars in the language sciences*. Amsterdam: John Benjamins.

Capítulo X
Eco y el historiador profético

1. La búsqueda del historiador perfecto

La búsqueda del historiador porfético o perfecto es una forma de designar la excelencia de la historiografía como objetivo científico. Quizá incluya, también, una aspiración artística. Con esta búsqueda concluimos en este capítulo el paseo por el jardín de la memoria. La búsqueda plantea dilucidar qué historiador o, mejor aún, qué historiografía puede cumplir ese objetivo. Para ello corresponde considerar la trayectoria de la disciplina y de los historiadores que la representan en cada etapa. Probablemente el enunciado de esta búsqueda recuerde el título del ensayo de Umberto Eco, *La búsqueda de la lengua perfecta* (1993). Sin duda, esta asociación resulta apropiada, ya que su libro constituye un capítulo brillante de la historiografía.

La historia de la lingüística se construye con múltiples relatos. Es una obra colectiva en la que intervienen historiógrafos desde hace más de un siglo. El ensayo de Thomsen fue una referencia iluminadora durante sesenta años, hasta que la madurez de la lingüística estructural abrió nuevos horizontes a los historiadores. La novedad de la siguiente etapa fue la gran acogida que obtuvieron los manuales de historia de la lingüística. De entre la plétora de historiadores del estructuralismo destaca Robert H. Robins y su *Breve historia de la Lingüística* (1967). Robins había escrito ya en 1951 un ensayo preliminar, referido a la lingüística del mundo clásico. A su obra general aportó el sólido conocimiento de las

raíces grecolatinas y una perspectiva cultural de la historia muy sugestiva. La exposición de Robins recorría las épocas con equilibrado reparto de comentarios. A la simetría temporal del guión, que supone un rasgo inédito hasta su trabajo, añadía un riguroso análisis de los detalles. No en vano su nombre se ha inscrito como arquetipo de los historiadores de la lingüística.

En los años noventa se produjo una nueva inflexión, que dio paso a otra etapa de la historiografía. En esta tercera etapa, contextual y hermenéutica, se ha puesto el énfasis en la metodología y en una perspectiva compleja del pensamiento lingüístico. La búsqueda del mejor historiador puede ser un cometido asequible, si nos guiamos por el criterio de la repercusión interna y también social. La respuesta bien puede ser un autor que no hemos mencionado en ninguna lista de las tres épocas, la fundacional (Thomsen, 1902), la estructural (Leroy, 1964) y la contextual (Auroux, 1989). Cada etapa ha aportado logros y se ha adaptado a los cambios de la propia lingüística. Este proceso tiene el valor de ilustrar sobre la función inquisitiva de la historia y su naturaleza dinámica. El horizonte que se ha desvelado en cada etapa alimenta un corpus de obras y unos criterios de estudio.

2. Académico y celebridad

Un salto temporal de noventa años, del momento fundacional de Thomsen, nos sitúa en la tercera etapa de la historiografía. Su presentación en sociedad se produjo en diciembre de 1992, en La Coruña, a cargo de Umberto Eco. Sucede que se celebró en la capital gallega el quinto Congreso de la Sociedad Española de Semiótica y Eco presentó, ante una audiencia multitudinaria, una

ponencia sobre sus investigaciones sobre la interpretación histórica. Fue un acto con repercusión popular, abierto al público, que se congregó como si fuera una fiesta. Constituyó el acontecimiento social del congreso, pero su trascendencia científica no se reveló entonces.

Se acostumbra a presentar la polifacética figura de Umberto Eco (Alessandria, Piamonte, 1932) como filósofo, medievalista y lingüista. Con su tesis doctoral, *El problema estético en santo Tomás* (1956), inició el desarrollo de lo que ha sido el eje de sus investigaciones, la historia del pensamiento sobre el signo. A partir de su *Obra abierta* (1962) se convirtió en el teórico de la semiótica. Pero el ensayista es también novelista: *El nombre de la rosa* (1980), *El péndulo de Foucault* (1988), *La isla del día de antes* (1994), *Baudolino* (2000), *La misteriosa llama de la reina Loana* (2004) y *El cementerio de Praga* (2010). La consideración de la narrativa de Eco es relevante porque se relaciona con la idea de una historiografía diversa, como encrucijada de géneros.

Eco disertó sobre la lengua perfecta en el congreso. Su búsqueda es la crónica de una utopía apasionante que se ramifica en los tiempos como un laberinto inagotable. Tiene una tradición milenaria, desde la lengua prebabélica hasta los lenguajes formalizados y artificiales. Para desconcierto de los admiradores del novelista, Eco no trató de historias de intriga, sino de teorías lulianas, cabalísticas y racionalistas.

Ofreció en La Coruña la primicia del libro *La búsqueda de la lengua perfecta en la cultura europea* (1993). La búsqueda es «el sueño de una lengua capaz de hermanar a todos los hombres» (Eco, 1994b, pág. 79). Es un viaje desde los pasajes bíblicos de la lengua adámica y la confusión de Babel, hasta las lenguas *a posteriori* del barroco. Aparece engarzada una nómina de modelos: el diálogo socrático del *Crátilo*, la teoría agustiniana sobre una lengua insólita que no está hecha de palabras sino de cosas, el proyecto de Dante

de una lengua vulgar difusora de luz, la indagación en la estructura mágica del hebreo, los principios de los modistas sobre una gramática metafísica, la creación de códigos por los proyectistas del XVII, las tareas de desciframiento del jesuita Kircher y los enciclopedistas y su proyecto de una semántica universal.

La exploración histórica de Eco recoge, de un modo original, reflexiones sobre el origen del lenguaje, la gramática universal y la relación entre palabras y cosas. El tema de la indagación es el don de lenguas o, dicho de otro modo, la matriz lingüística, la capacidad de inventar códigos y lenguas. Su finalidad es conseguir una herramienta para dos propósitos: el conocimiento certero, por una parte, y la comunicación eficaz y universal, por otra. Su contenido es una narración que abarca la historia de la humanidad, entre el origen mítico y la actualidad informática. Como buscara siglos atrás el arte combinatorio de Llull, los proyectistas del siglo XVII intentan formular una lengua filosófica y de concordia. La invención de lenguas requiere de sus creadores una actividad metalingüística insólita, pues se trata de reflexionar sobre lo más abstracto y más primitivo de una lengua, la «*forma locutionis*, que constituye una gramática universal» (Eco, 1994b, pág. 83). Entre estos eruditos destaca la figura del jesuita Athanasius Kircher (1601-1680), al que admira Eco, que reunió el deseo de la claridad filológica y la fascinación por los símbolos egipcios y chinos. Sus errores fueron, a juicio de Eco, una semilla de aciertos que germinaron mucho después. El sueño de una lengua capaz de hermanar a todos los hombres es una fantasía fundada en la leyenda de Babel: las creaciones son imperfectas y la aplicación social parece imposible. Sin embargo, la historia ha sido provechosa para el conocimiento lingüístico y ha tenido efectos positivos en ámbitos como la lógica, la notación química, la clasificación zoológica o el lenguaje informático.

Eco señala la paradójica y fecunda vinculación entre el proyectismo y la investigación sobre el indoeuropeo, el otro «fantasma ideal», la lengua matriz.

> «Este fantasma ya no es un punto del pasado al cual es necesario volver, sino la llave que permite explicar la historia y la evolución de las lenguas vivas» (Eco, 1994b, pág. 84).

Es categórica la conclusión que extrae del paso de la lengua perfecta al «fantasma ideal» del indoeuropeo. Precisamente, en esa segunda mitad del siglo XVII Eco identifica «el nacimiento de la lingüística científica moderna y contemporánea».

La aportación de Eco en el Congreso de 1992 es fundamental por la perspectiva inédita que abrió a la historia de la lingüística. Es cierto que todos los autores que citó eran conocidos y que la historiografía precedente contaba con estudios relevantes. Ello resulta claro si reducimos la lista a Llull, Dante, Kircher y Wilkins. Pero la relación que estableció entre estos autores es la trama original sobre la que estaba organizando una historia extensa de las ideas sobre el lenguaje. A pesar de que había un continuidad respecto de sus trabajos precedentes, el esbozo de historia de la semiótica que Eco presentó fue una revelación.

3. La historiografía, en el laberinto

El canon de Eco está construido con estudios de diversas épocas. Son artículos, conferencias o capítulos que ha redactado desde los años ochenta. Su obra más reciente, *Dall'albero al labirinto* (2007), es una recopilación crítica de trabajos anteriores. El título

unifica los contenidos con un lema afortunado: «del árbol al laberinto». El mérito de este título es que divulga, mediante la analogía del árbol y el laberinto, el dilema de la historiografía. Propone una forma de escribir la historia en la que distinguimos cinco rasgos nuevos. Son los rasgos de la especialización, la ampliación de autores, la diversidad de documentos, el énfasis metodológico y, finalmente, la multimodalidad expositiva. Con estos atributos acredita su pertenencia a una nueva etapa de la historiografía.

Digamos sobre estos rasgos, en primer lugar, que la historiografía de la tercera etapa tiene un carácter especializado. Su objetivo no es abarcar toda la historia ni todas las contribuciones relevantes. Escoge un segmento temporal o una temática. Eco adopta la selección temática, a propósito de la confusión de las lenguas con el objetivo de la búsqueda o la creación de la lengua perfecta.

Sobre la ampliación del corpus de autores, cabe apuntar que la especialización temática constituye un canon particular. Aplica unos criterios que ponen en valor períodos, autores y obras. El efecto más llamativo es la ampliación del rango de autores, puesto que inscribe en la historia de la lingüística, por ejemplo, a Athanasius Kircher y Marino Mersenne, implicados en el proyectismo del siglo XVII. Eco incorpora, también de esa época, al cardenal y estadista Giulio Mazarino o, ya de nuestro tiempo, a los escritores George Orwell y Jorge Luis Borges.

En tercer lugar, respecto de la ampliación de la tipología documental, hemos de añadir que el reconocimiento de autores inéditos en la historia de la lingüística va aparejado a la ampliación de la tipología de obras que estudia. La propuesta de Eco incluye el ensayo filosófico y la literatura. El rasgo de la amplia tipología documental manifiesta el dinamismo del programa historiográfico. Al mismo tiempo, plantea un escenario tan diverso y extenso como complejo.

En relación con el énfasis metodológico, Eco comparte con autores de la tercera etapa los rasgos expuestos. Todos confluyen en la intención metodológica de la historiografía actual. Considerando este rasgo en las etapas de la lingüística, la fundacional de Thomsen constituyó el paradigma filológico, con la gramática como metalenguaje y el historicismo como modelo científico. En la segunda etapa, a partir de los años sesenta, se atribuyó al paradigma epistemológico la investigación historiográfica, con el metalenguaje de la semiótica y el referente de la gramática universal. Ya en la etapa actual, se ha hecho énfasis en los criterios metodológicos, con el modelo de la hermenéutica o teoría de la interpretación histórica. Implicado en el escenario presente, Eco contribuye al paradigma metodológico o contextual de un modo singular, con un ameno y crítico discurso sobre su producción.

Finalmente, hay que señalar el rasgo de la multimodalidad. El discurso de la historia es la narración no ficcional con una finalidad científica. No obstante esta estructura narrativa, en los ensayos historiográficos resultan más aparentes los patrones de la exposición y la argumentación. Eco subvierte el panorama científico y desarrolla su actividad historiográfica mediante el ensayo y el relato de ficción. Como razón de esta relación cabe señalar la íntima afinidad entre la investigación de *La búsqueda de la lengua perfecta* (1993) y la novela histórica *La isla del día de antes* (1994). La combinación de estructuras o patrones discursivos en la producción de Eco supone un hito. Es la entrada de la historiografía lingüística en la multimodalidad discursiva.

Los rasgos del programa de Eco —especialización, nuevos autores y tipos de documentos, metodología y multimodalidad— conforman un escenario inédito. Al considerarlos por separado, observamos que cada uno de ellos es propio de la ter-

cera etapa de la historiografía. Pero lo más llamativo del examen es que la articulación de estos compone un paradigma interpretativo original. Tales rasgos remiten a una historiografía de la complejidad, que investiga el laberinto de la historia.

4. Decálogo del arte

En los ensayos y las novelas de Eco emerge el modelo del laberinto. Un relato que se ramifica en múltiples historias es un laberinto. Por esa razón el relato tiene una gran capacidad para representar la complejidad de lo real. La narración puede ser modelo de conocimiento historiográfico. Como se sugiere en el capítulo final, «El narrador ante el emperador», las parábolas de Nasrudín, un personaje de la tradición sufí, son una fuente de reflexión; propician una indagación sobre los límites temporales y la naturaleza de la lingüística como ciencia. Pues bien, a su vez, las ficciones de Eco muestran cómo se puede hacer afirmaciones filosóficas al narrar en *La isla del día de antes* una parábola de las exploraciones marítima y lingüística.

La propia historia de la lingüística es una empresa de exploraciones que tiene una afinidad con la biblioteca de Babel, la biblioteca universal: busca abarcar el esquema del universo histórico. El modelo de la historiografía como laberinto es el relato de su exploración. El historiador descubre en los pasajes del laberinto un jardín cuyas sendas se bifurcan a menudo. Como el lector ante un texto narrativo, el historiador se ve obligado a efectuar elecciones continuamente. Precisamente su discurso es la memoria del recorrido, de los criterios y de los hallazgos. Se trata del historiador de Babel, cuyas cualidades pueden estipularse en un

decálogo, que proponemos a continuación. Así interpretamos la historiografía que ha de llegar.

1) El historiador de la lingüística se ocupa no solo de la lingüística, sino de sus relaciones con la filosofía, la literatura o el arte, entre otras disciplinas.

2) El historiador frecuenta los géneros del ensayo historiográfico y de la narración.

3) Concibe la narración de ficción como una fuente de conocimiento.

4) Concibe la historia como una dimensión de obras abiertas y como un proceso interpretativo.

5) No es un especialista de la historiografía, sino que la cultiva como extensión de otras investigaciones.

6) Aplica los estudios históricos a diversos ámbitos de la lingüística, sobre los que proyecta una perspectiva histórica.

7) Desarrolla la historia de la lingüística no como aval de su doctrina, sino como exploración científica.

8) Sus estudios tratan de cuestiones que afectan a los paradigmas cívico, epistemológico, gramatical y contextual de la historiografía.

9) Está interesado no solo en publicar qué descubre, sino también en explicar cómo investiga y cómo escribe.

10) Es original y refunda la historiografía, porque escribe tanto para los lectores contemporáneos como para los futuros.

A tenor del decálogo, se infiere que la cualificación y el compromiso del historiador es muy exigente. Del historiador se espera que comunique con entusiasmo su labor y contagie el interés por la historiografía, tal como lo haría una celebridad social con dotes de orador.

La pregunta inicial sobre cuál es el historiador perfecto nos ha conducido a este punto final. El destino de la historiografía no es adoptar la voz de una personalidad como guía ni modelo. Su destino es reconocer las múltiples voces y la diversidad de recorridos con que se construye la historia. A este respecto, la lingüística puede adoptar como guía la máxima del novelista Italo Calvino, que concibe los libros como laberintos. Dijo Calvino que «leer es ir al encuentro de algo que está a punto de ser y aún nadie sabe que será». Este puede ser el lema de la historia de la lingüística perfecta.

Al proyectar el lema sobre un horizonte ético, reconocemos el cometido más importante del historiador, que es su responsabilidad. El historiador contrae una responsabilidad con los materiales del pasado y con las personas cuya vida podría afectar mediante su trabajo (Law, 2003, pág. 281). Para recordar su compromiso ético, el historiador se inspira en la dignidad de las raíces del árbol, que con sobriedad y tesón hacen fructificar sus ramas.

Al comienzo de estas páginas hacíamos referencia a aquella concepción obsoleta de la historia como una catedral, que se edifica sillar sobre sillar para durar por los siglos. Esa concepción es compatible con un relato histórico al estilo de un río, que recorre desde las fuentes originales hasta el próspero presente de la ciencia en que desemboca. En ese escenario de símbolos de la catedral y el río habitan unos personajes épicos, unos héroes del pensamiento. Son el filósofo Platón, el gramático Dionisio de Tracia o el filólogo Schlegel, por ejemplo, entre otros muchos. Son unos agentes del relato soberbios y admirables. Sin embargo, desde una perspectiva crítica, la del espíritu de la duda y de la revisión, los agentes determinantes de esta construcción discursiva de relatos científicos son los propios historiadores, los profetas que miran hacia atrás.

5. Tener algo que desear

Con un conocimiento magistral de la naturaleza humana, Baltasar Gracián recomienda en *Oráculo manual* «tener algo que desear para no ser felizmente desgraciado». La historia de la lingüística está en condiciones de proporcionar al lector satisfacción de esa oportunidad, aunque sea de un modo paradójico y como reacción a un vacío o a sus propios defectos. Ocurre que el lector puede detectar con facilidad negligencias y olvidos en este tipo de páginas. Es posible que sienta entonces el deseo de conocer relatos que están por contar o son palabras que han envejecido mal.

El compendio de diez relatos que se recoge en el presente volumen es un motivo para tener algo o mucho que desear. Al principio este libro estaba concebido como una historia de la lingüística compuesta por más de una docena de mitos y profecías. La sensatez editorial, sin embargo, ha llevado las cosas a un término más moderado, suficiente para ajustarse a la idea de Lukacs de la historia. Decía este historiador que es un mito la idea de que acumulando relatos de pasajes del pasado, como sillares de cantero para la catedral, se construya y se encierre la historia.

Una opción opuesta a ese mito consiste en construir un teatro de símbolos y de espejos de la razón. Según ello, se trata de escribir una selección de relatos sobre épocas, autores y paradigmas diferentes. En expresión renacentista, este recurso expositivo se denomina teatro, por la semejanza con un escenario para la representación del arte o el conocimiento. El teatro o compendio de piezas narrativas que nos habría gustado exponer no cabe completo aquí. Digamos, pues, unas palabras sobre esas otras piezas, diseminadas pero disponibles en publicaciones de lingüística, con las que se completaría un círculo más amplio de mitos y profecías.

El relato que hemos hecho en otro lugar sobre Samuel Pepys y su diario secreto nos lleva a considerar los progresos a mediados del siglo XVII en lenguas universales, un antecedente de la encriptación de mensajes y de la programación informática.[1] Pasando a otro trabajo, la pregunta sobre cuál es el mejor orador del siglo XIX merecería muchas respuestas, pero si se estudia la obra de Mark Twain se descubre una figura poliédrica, hecha de ingenio literario, sátira crítica y reflexión sobre el oficio de hablar en público.[2]

La desencaminada vinculación que estableció N. Chomsky entre Descartes y la gramática de Port-Royal es un capítulo polémico que tiene el interés de animar a una revisión de la tarea del historiador. En ese artículo se analizan los contenidos de la gramática de Arnauld y Lancelot, así como las afinidades que tiene con autores de una corriente denominada cartesianista.[3] Una fuente de conocimiento original de la lingüística procede de las biografías intelectuales de sus autores. Una compilación de biografías elaborada por T. A. Sebeok da a conocer cómo hablan los discípulos de sus maestros, en turnos de palabra marcados por el cambio generacional.[4]

Un museo de esculturas y cuadros de la Universidad de Barcelona, de finales del siglo XIX, exhibe los intelectuales fundamentales de la historia del pensamiento español. Las claves de esa selección instruyen al visitante sobre el funcionamiento de

1. «Lingüística y ciencia del siglo XVII, en el diario de Samuel Pepys» (2005). *Sintagma* (n.º 17).
2. «La oratoria de Mark Twain, en la historia de la elocuencia» (2006). En: A. Roldán y otros eds. *Caminos actuales de la Historiografía Lingüística*. Murcia: Sociedad Española de Historiografía Lingüística.
3. «La gramàtica de Port-Royal i la visibilitat de la història de la lingüística» (2014). *Llengua & Literatura*, (n.º 24, pág. 55-85).
4. «La historiografía biográfica de T. A. Sebeok en *Portraits of linguists*» (2016). *Tonos Digital* (n.º 31).

los elencos de personajes históricos.[5] Por otra parte, un ciclo de conferencias en 1972 en Madrid, convenientemente publicadas en un libro testimonial, tiene el valor de un desfile de prestigiosos lingüistas españoles por la tarima de la historia, en un momento de transición de la filología a un nuevo paradigma.[6]

Casi coincidiendo en el tiempo con esas conferencias, un congreso internacional de arquitectos celebrado en Castelldefels estuvo dedicado a los signos y las teorías de la lingüística. Se interesaron por la semiótica peirceana y el generativismo, pero concluyeron perplejos que no sabrían cómo aplicar la lingüística al diseño arquitectónico.[7] Mientras, la producción editorial sobre lingüística de los años setenta se atrevía a relacionarla con la economía y la política. El prestigio de la lingüística como modelo de las ciencias tuvo un efecto de mitificación inaudito, que se descubre como extravagante cuando décadas después se revisan esas obras.[8]

Una de las empresas más ambiciosas de la lingüística —y, a la vez, más frustrante— es la de la filosofía del lenguaje. Se adentró por ese camino a finales de los años sesenta con la colaboración entre filósofos pragmatistas como J. Searle y generativistas como J. Katz, pero desembocó poco después en un intento de los lingüistas por imponer un modelo formalista que resultó fallido.[9] Finalmente, para completar la relación de escritos no incluidos, un relato en que intervienen G. Bateson y E. T. Hall aporta una

5. «Historiografía lingüística y canon monumental» (2011). *Tonos Digital* (n.º 21).
6. «Tradición oral y simbolismo de la lingüística. Las conferencias Comunicación y lenguaje: Madrid, 1974» (2016). *LinRed* (n.º 14).
7. «Esplendor social de la Lingüística y el Simposio de Arquitectura de 1972 en Castelldefels» (2009). *CLAC* (n.º 39).
8. «La lingüística en su mito, como paradigma e ideología» (2017). *CLAC* (n.º 69).
9. «La conciencia filosófica de la lingüística» (2015). *Estudios de Lingüística del español* (n.º 36).

lección de todo lo contrario, de aciertos, por la colaboración de especialistas en el grupo de Palo Alto y la aplicación de sus investigaciones antropológicas y lingüísticas a necesidades clínicas y de la vida corriente.[10]

Que la historia no encaje en la idea de una catedral permite conciliarse con el consejo de Gracián sobre la importancia de tener algo que desear, según su máxima número 200 de *Oráculo manual*. Y nos disuade de hacer un acopio grande de relatos en un volumen que, por otra parte, incumpliría el mandato graciano de «no cansar». Si todo se redujera a poseer, escribe el filósofo barroco, solo habría decepción y descontento. Por el contrario, es provechoso para la inteligencia que queden cosas que aprender, porque se vive de esperanza y de renovada curiosidad.

10. «La vieja "Nueva Comunicación" de Bateson y Watzlawick. Enseñanzas de una corriente interdisciplinar y aplicada» (2017). *Tonos Digital* (n.º 33).

Bibliografía

Auroux, Sylvain (ed.) (1989-2000). *Histoire des idées linguistiques*, Liège: Margada Editeur (vol. 1, *La naissance des métalangages en Orient et en Occident*).

Eco, Umberto (1963). *Diario mínimo*. Barcelona: Península (1964, 1988).

Eco, Umberto (1965). *Apocalípticos e integrados*. Barcelona: Lumen (1968).

Eco, Umberto (1975). *Tratado de Semiótica General*. Barcelona: Lumen (1977).

Eco, Umberto (1980). *El nombre de la rosa*. Barcelona: Lumen (2000).

Eco, Umberto (1981). «Dall'albero al labirinto». En: Achille Bonito Oliva (ed.). *Luoghi del silenzio imparziale. Labirinto contemporaneo* (págs. 39-45). Milán: Feltrinelli (1981).

Eco, Umberto (1983a). *Apostillas a El nombre de la rosa*. Barcelona: Lumen (2000).

Eco, Umberto (1983b). *La biblioteca de Babel. Decàleg*. Palma de Mallorca (1986). En: *L'Espresso* (13 de noviembre de 1983).

Eco, Umberto (1983c). «El antiporfirio». En: Gianni Vattimo, Pier Aldo Rovatti, (eds.). *El pensamiento débil* (págs. 76-114). Madrid: Cátedra (1988).

Eco, Umberto (1984a). *Semiotics and the philosophy of language*. Amsterdam: Macmillan Press.

Eco, Umberto (1984b). «Prólogo a P. Santarcangeli». *El libro de los laberintos* (págs. 13-17).

Eco, Umberto (1990). *Los límites de la interpretación*. Barcelona: Lumen (1992).

Eco, Umberto (1992). *El segon diari mínim*. Barcelona: Destino (1994).

Eco, Umberto (1993). *La búsqueda de la lengua perfecta en la cultura europea*. Barcelona: Crítica (1994).

Eco, Umberto (1994a). *La isla del día de antes*. Barcelona: Plaza & Janés (1997).

Eco, Umberto (1994b). «La búsqueda de la lengua perfecta en la cultura europea». En: J. M. Paz Gago (ed.). *Semiótica y modernidad* (págs. 79-94). La Coruña: Universidad de La Coruña.

Eco, Umberto (1994c). *Seis paseos por los bosques narrativos- Harvard University, Norton Lectures 1992-1993*. Barcelona: Lumen (1996).

Eco, Umberto (1996). «Los signos del poder». En: Cardenal Mazarino. *Breviario para políticos*. Barcelona: De Bolsillo (2007).

Eco, Umberto (1996). *Cinco escritos morales*. Barcelona: Lumen (1998).

Eco, Umberto (1997). *Kant y el ornitorrinco*. Barcelona: Lumen (1999).

Eco, Umberto (2000). *Baudolino*. Barcelona: Lumen (2001).

Eco, Umberto (2002). *Sobre literatura*. Barcelona: RqueR editorial (2002).

Eco, Umberto (2004). *La misteriosa llama de la reina Eloana*. Barcelona: Lumen (2005).

Eco, Umberto (2007). *Dall'albero al labirinto. Studi storici sul segno e l'interpretazione*. Milán: Bompiani.

Eco, Umberto (2009). *El vértigo de las listas*. Barcelona: Random House-Mondadori y Lumen.

Eco, Umberto y otros (1987). «Ill messagio persuasivo». En: *Le ragioni della retorica*, actas del congreso «Retorica, verita, opinione, persuasione» (Cattolica, 22 de febrero-20 de abril de 1985, editadas por Gabriella Fenocchio, págs. 11-27). Módena: Mucchi Editore.

Eco, Umberto; Colombo, Furio; Alberoni, Francesco; Sacco, Giuseppe (1973). *La nueva Edad Media*. Madrid: Alianza Editorial (1973, 1984).

Eco, Umberto; Carrière, J. Claude (2009). *Nadie acabará con los libros*. Barcelona: Lumen (2010).

Gracián, Baltasar (1647). *El arte de la prudencia. Oráculo manual*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy (1993).

Law, Vivien (2003). *The History of Linguistics in Europe from Plato to 1600*. Cambridge: Cambridge University Press.

Leroy, Maurice (1964). *Las grandes corrientes de la lingüística*. México y Madrid: Fondo de Cultura Económica (1969).

Lozano, Jorge (1987). *El discurso histórico*. Madrid: Alianza Universidad.

Paz Gago, José María; Fernández Roca, José Angel; Gómez Blanco, Carlos Juan, (eds.) (1994). «Semiótica y modernidad». En: *Actas del V Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica* (La Coruña, 3-5 de diciembre de 1992). La Coruña: Universidad de La Coruña.

Robins, Robert H. (1951). *Ancient & mediaeval grammatical theory in Europe, with particular reference to modern linguistic doctrine*. Port Washington (N. Y.): Kennikat Press.

Robins, Robert H. (1967). *Breve historia de la lingüística*. Madrid: Paraninfo (1974).

Roldán, A. y otros (eds.) (2006). «La oratoria de Mark Twain, en la historia de la elocuencia». En: *Caminos actuales de la Historiografía Lingüística*. Murcia: Sociedad Española de Historiografía Lingüística.

Santarcangeli, Paolo (1967, 1984). *El libro de los laberintos*. Madrid: Edicione Siruela, (1997).

Thomsen, Wilhelm (1902). *Sprogvidenskabens historie; en kortfattet fremstilling*. Universidad de Copenhague (G.E.C. Gadd). Traducción al castellano de Javier de Echave-Sustaeta: *Historia de la Lingüística*. Madrid: Labor (1945).

XAVIER LABORDA GIL

LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA EN DIEZ MITOS Y PROFECÍAS

COMUNICACIÓN

La historia de la lingüística ofrece respuestas a las inquietudes de nuestro tiempo mediante la revisión de sus principios y autores. Narra episodios protagonizados por maestros, sabios, editores y profetas: los maestros nos forman en el uso del discurso con la retórica; los sabios establecen las teorías científicas; los editores transmiten el tesoro cultural con la ayuda de la gramática, y los profetas son los historiadores, que descifran el sentido de las épocas. La clave de la historia de la lingüística es la interpretación de sus episodios como símbolos proyectados sobre nuestro tiempo. Su mérito es librarnos del egocentrismo del presente.

Con este libro aprenderás sobre:

✓ historia de la lingüística; ✓ retórica; ✓ historiografía; ✓ mito; ✓ sofistas; ✓ Babel; ✓ biblioteca de Alejandría; ✓ Platón; ✓ Aristóteles; ✓ Gracián; ✓ Shaw; ✓ Küng; ✓ Burgess; ✓ Eco

Xavier Laborda Gil

Profesor de Comunicación en la Universidad de Barcelona. En sus cursos se ofrecen discursos sobre historia y oratoria como fuente de sentido crítico y de libertad.

EDITORIAL UOC